# LA GUERRILLA URBANA EN ESPAÑA

BELIBASTE LA HORMIGA

SABATE

antonio téllez

Colección LA HORMIGA

**Antonio TÉLLEZ**

# LA GUERRILLA URBANA EN ESPAÑA : SABATÉ

BELIBASTE

Portada: Claude Vénézia

© Primera édición en español
Belibaste, 25, rue des Boulangers — París 5e

© Antonio TELLEZ

Fecha: Julio 2017
NUM ADQ: 00007

se recomienda la reproducción total o parcial
difunde libremente

Biblioteca Internacional Anarquista (BIA)

*Guerra a la violencia: éste es el móvil esencial del anarquismo. Desgraciadamente, con mucha frecuencia, contra la violencia no existe otro medio de defensa que la violencia. Pero, incluso entonces, no es violento el que se defiende, sino el que obliga a los otros a tenerse que defender; no es violento el que recurre al arma homicida contra el usurpador armado que atenta a su vida, a su libertad, a su pan. El asesino es el que pone a otros en la terrible necesidad de matar o morir.*

*Es el derecho a la defensa, que se convierte en sacrificio, en sublime holocausto al principio de solidaridad humana, cuando el hombre no se defiende a sí mismo, sino que defiende a los otros en su propio perjuicio, afrontando serenamente la esclavitud, la tortura, la muerte.*

Errico MALATESTA

# PROLOGO

En nuestro mundo, que alguien llamó la sociedad espectáculo, la violencia está por todas partes, marginada del lado de los inadaptados y criminales, normal cuando la ejerce el Estado porque entonces ya no es violencia, es el legítimo derecho del poder.

Pero hay otro tipo de violencia, más moderno como forma del terror, un terrorismo sin violencia aparente.

Esta otra violencia, bruscamente arrojada del primer plano del espectáculo, está viva en lo cotidiano, es la esencia misma de la vida social en un mundo centrado en la explotación económica y la dominación política, es la bayoneta que custodia las urnas, es la cadena de montaje, es la tasa discriminada por clases sociales de la mortalidad infantil, es la jubilación que preludia la muerte después de una vida uncida al deseo insatisfecho y a la ilusión para después, es la mujer convertida en bien de uso en un mercado que convierte en oro y en chatarra todo lo que toca.

Cualquier protesta contra la violencia institucionalizada (huelgas, libertad sexual) provoca, tarde o temprano, una reacción brutal del Sistema —democrático o comunista— que ataca para sal-

varse. La violencia de la represión está legitimada por el Estado: la tortura no se muestra, el genocidio se niega.

La violencia del oprimido —desde la palabra un poco tímida del que comienza a comprender hasta el brazo armado del guerrillero— es la respuesta necesaria a un mundo represivo donde el terrorismo diario aplasta la vida, la imaginación, hasta el nivel del desconocimiento o de la legitimación de la violencia del Estado.

La violencia contra el capitalismo del mundo «libre» y del mundo «socialista» tomó varios aspectos y contornos concretos: negación de la jerarquía, del trabajo, de la propiedad ... aparición de la guerrilla.

La lucha social tiene que crear una sociedad nueva para todos con toda la violencia necesaria. El papel de los revolucionarios no es dominar la fuerza sin conciencia sembrando la muerte entre los inocentes, como lo hacen los fascistas.

Cuando aparecen guerrillas, no pueden adoptar una estructura centralizada a la imagen de los órganos de lucha militar del Sistema (Vietnam), o limitarse a la toma del poder (Cuba), porque en ambos casos desembocan en un nuevo sistema de opresión siendo los explotadores los antiguos guerrilleros.

La violencia, por su uso y su empleo, puede llegar a dominar a los individuos y hacerles creer en una especie de estatuto especial. Ya es el germen de los militantes «excepcionales», de los «elegidos», que pueden constituir una capa, un partido que se impondría a los demás, para reconstruir un régimen de explotación clasista.

La guerrilla en sí no es una panacea. No puede separarse del movimiento de las masas. Lo ayuda formando sus cuadros de defensa, sin recibir por ello privilegios. La guerrilla tiene que ir aunándose con la acción de todos.

Así, en la España de la postguerra, numerosos compañeros anarquistas trataron de continuar el inolvidable aliento de la guerra civil. Sabaté es un ejemplo, entre otros, de este esfuerzo. Pero su impulso, ignorado y despreciado por el exilio en Francia, le condujo a la muerte, con sus compañeros.

Nos toca a todos cerciorarnos de la inevitabilidad de la respuesta violenta al sistema que nos oprime, así como de los peligros latentes que existen.

LA HORMIGA

# PROPOSITO

De la lucha contra el régimen del general Francisco Franco se desconoce casi totalmente la actividad de los grupos de acción de la resistencia libertaria.

La oscura pero persistente labor de miles de hombres que se fijaron como meta, como única misión, destruir un sistema de oprobio, que dieron su vida en un combate desesperado, cuya característica más angustiosa fue la de estar siempre solos, se ignora, pues no suele escribirse la historia de los combatientes anónimos que se rebelaron contra la sociedad con el propósito de modificar fundamentalmente sus estructuras, de echar los cimientos donde construir un nuevo mundo.

De esos combatientes hemos elegido a Francisco Sabaté, prototipo del hombre de acción, del hombre íntimamente convencido de que la lucha es un ejemplo, del hombre que en aras de sus convicciones ofrenda su vida.

La existencia de Francisco Sabaté se diferenció de otras miles en que, antes de perder su vida, desplegó una acción incesante durante más de treinta años. Otros que, como él, se lanzaron a la lucha, la perdieron el primer día. Otros todavía, estuvieron

en la brecha durante unos años. Sabaté, excepcionalmente, sobrevivió durante tres decenios de riesgos constantes.

No tenemos la pretensión de considerar este libro como una biografía, son trazos que se limitan a diseñar la semblanza de un hombre, datos tenues que tendrán que reforzarse; la biografía de Sabaté está por escribir.

La lucha contra Franco continúa, muchas actividades, muchos nombres, se han tenido que contornear porque los protagonistas todavía viven, siguen en primera línea, o perecen en las mazmorras españolas. Por eso somos conscientes de que nuestras páginas quedarán un tanto descoloridas, pues una de las actividades más interesantes, más consecuentes, fue la de organización y todavía no es el momento de poderla relatar.

Pero, los problemas que aquí se evocan, con mayor o menor amplitud, todavía persisten y es justo darlos a conocer. Nuestro propósito es descorrer un poco el velo sobre actividades casi ignoradas. Hoy día se conocen más cosas de los guerrilleros urbanos argentinos, brasileños o uruguayos que de los españoles, a pesar de haber sido ellos los creadores antes de que su nombre fuera inventado. Nuestro propósito es, pues, dar a conocer un aspecto ignorado de la lucha contra la tiranía y el temple de algunos de los hombres que la animaron.

Francisco Sabaté fue un fuera de la ley, siempre. Ya muy joven se desolidarizó de nuestra sociedad, en cuerpo y alma, y quiso participar como arquitecto en la creación de otra más justa, más humana, donde los valores del individuo no fueran constantemente pisoteados. Para conseguirlo, Sabaté no dudó en infringir constantemente el orden establecido. Desa-

cató todos los códigos y todos los usos. No pudo elegir los medios para llevar a cabo su acción; estuvo obligado a recurrir a los que él poseía: su coraje, su inteligencia y voluntad.

Sabaté tuvo una virtud indiscutible, demostrar que el individuo nunca se encuentra en una situación de impotencia absoluta y que la posibilidad de rebelarse y de defender una idea que se considera justa es siempre posible hasta en las condiciones más desfavorables, que son, precisamente, las que él encontró para desarrollar su acción.

A.T.

I

# SABATE

Manuel SABATE pertenecía a la Guardia Urbana[1] de Hospitalet de Llobregat, población de unos 70 000 habitantes, que prolonga la gran urbe barcelonesa por el sur sin discontinuidad.

La esposa de Manuel, Madrona LLOPART, era la clásica mujer española, abnegada y trabajadora, dedicada enteramente a las labores del hogar y al cuidado de su familia.

El matrimonio tuvo cinco hijos, cuatro de ellos varones, de los cuales figurarán en nuestro relato tres: José, el primogénito, nacido en 1910; Francisco, nacido el 30 de marzo de 1915; Manuel, nacido en 1927. El cuarto, Juan, y su hermana María, nunca tomaron parte en las actividades de sus hermanos.

Francisco, más conocido por el diminutivo catalán de su nombre, *Sisco*, *Sisquet* o *Quico*, ya de niño daba

(1) Guardia municipal que, dependiente de los ayuntamientos y a las órdenes del alcalde, tenía a su cargo la ordenación del tráfico y la aplicación de los reglamentos de la policía urbana.

pruebas de tener un carácter recio, entero, seguro de sí, difícil de doblegar. Sus padres, bastante ignorantes de lo que eran en la época los *reformatorios* y mal aconsejados, decidieron confiarlo como interno al Asilo Durán de Barcelona cuando sólo tenía 7 años. Esta institución, regentada por frailes, era en realidad un establecimiento penitenciario para menores. El Asilo Durán fue un crisol de rebeldes. Por él pasó también Mariano Rodríguez Vázquez que, más tarde, durante la Guerra Civil española (1936-1939) y conocido con el diminutivo de *Marianet*[1], iba a ser el Secretario general de la *Confederación Nacional del Trabajo*[2], la más importante de las centrales sindicales de España.

La vida carcelaria del Asilo Durán[3], con sus humillaciones y castigos corporales, sólo podía servir para fortalecer el carácter ávido de justicia y de libertad que

---

(1) Nació en Barcelona en 1909. Murió ahogado cerca de París, en La Ferté-sous-Jouarre, cuando se bañaba en el Marne, el 18 de junio de 1939. Véase el libro de Manuel Muñoz Diez: **Marianet, semblanza de un hombre**, Ediciones C.N.T., México, 1960.

(2) La C.N.T. se creó en el Congreso Nacional Obrero celebrado en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona del 30 de octubre al 1º de noviembre de 1910, firmemente orientada por las ideas bakuninistas de la Primera Internacional.

(3) Durante la Guerra Civil (1936) el Asilo Durán fue devastado y la comunidad que lo regentaba represaliada. Terminada la contienda, los religiosos adquirieron la finca **Torre Vilana**, situada en uno de los barrios más aristocráticos de Barcelona, donde las instalaciones fueron modernizadas pero donde se perpetuó el sistema pedagógico del antiguo edificio.

Sobre este establecimiento docente puede leerse el libro de Michel del Castillo, **Tanguy**, Ed. Julliard, París 1957, donde se describe con el nombre de **Asile Dumos. Centre de Redressement.**

tenía *el Quico*[1]. Un buen día trepó a un árbol del recinto y con una soga improvisada franqueó el muro de la institución. Por sus propios medios regresó a su casa. Abrazado a las rodillas de sus padres les suplicó que no le volvieran a encerrar, no sin advertirles que si no le hacían caso se escaparía de nuevo y para siempre. Entre súplicas y amenazas *el Quico* prometió ser *buen chico*.

Por aquel entonces la educación en España era la última de las preocupaciones de los gobernantes. Las escuelas públicas era escasas y las escuelas privadas, en manos de monjas y maristas, eran de pago y escapaban a las posibilidades de los trabajadores, sobre todo si pertenecían a la categoría de familia numerosa como la del *Quico*.

Los maestros públicos era mal considerados socialmente y no en balde se decía: *pasar más hambre que un maestro de escuela,* circunstancia poco favorable para despertar vocaciones.

La escuela de decenas de miles de niños era la calle y, luego, el taller, donde ingresaban, como aprendices, a los 10 años o antes aún.

*El Quico* no fue una excepción de la regla y entró a trabajar en un taller de fontanería. Lo mejor del aprendizaje eran los cachetes y las afrentas, que *el Quico* sentía profundamente y soportaba de mala manera.

Francisco Sabaté se afilió muy pronto, antes de proclamarse la República el 14 de abril de 1931, al Sindicato de Oficios Varios de Hospitalet, perteneciente a la

---

(1) Algunos periodistas —después de su muerte— interpretaron caprichosamente esta denominación considerándola equivalente de «chico», «pequeño». Sabaté era, sin embargo, de estatura superior a la media (1,76 m), de constitución robusta y de una agilidad sorprendente.

*Confederación Nacional del Trabajo,* a cuya organización *el Quico* fue fiel toda su vida, sino en disciplina por lo menos en espíritu.

La República de trabajadores fue cualquier cosa menos lo que su nombre indicaba. Heredó de la Monarquía todos los vicios y todas las instituciones que corroían internamente al país: el Ejército pretoriano, amante de pronunciamientos y que odiaba profundamente cualquier institución democrática; la Iglesia absolutista, con sus innumerables órdenes religiosas de mentalidad oscurantista y reacia a cualquier obra de cultura y de progreso; el Feudalismo de la tierra, con su retahila de terratenientes y aristócratas que sumían en la más espantosa miseria a más de media España; toda una Burocracia cerril y corrompida, etc.

La proclamación de la República fue motivo de manifestaciones populares que saludaban gozosas el advenimiento de una nueva era. Pero... ya dos días después, el 16 de abril, Miguel Maura, Ministro de la Gobernación, declaraba a los periodistas :

— *Me interesa que hagan ustedes constar en sus periódicos, que no estoy dispuesto a que continúe una hora más el bullicio en las calles. ¡Es demasiada expansión la que se toma la gente! ¡Todo esto está degenerando en un escándalo populachero inaceptable!* [1]

La nueva República tomaba inmediatamente posición contra el *populacho* que durante tantos años venía propugnando una profunda transformación en la vida económica y social de España.

No cabe describir aquí con detalle la agitación social que vivió España durante el período republicano, pero

(1) Palabras citadas por el periodista Cánovas Cervantes en su libro: **Proceso Histórico de la Revolución Española,** Ed. Solidaridad Obrera, Barcelona, 1937.

para dar una ligera idea del espíritu revolucionario del pueblo que más tarde sería el primero en oponerse a la fulgurante expansión del fascismo en Europa, citaremos el movimiento insurreccional del 18 de enero de 1932, en la comarca minera del Alto Llobregat y Cardoner (Pirineos catalanes). En Figols y Sallent los anarcosindicalistas suprimieron la propiedad privada y la moneda y proclamaron el Comunismo Libertario. El movimiento obrero fue aplastado en cinco días. El último baluarte de la revolución, Cardona, caía el 22 de enero.

La represión fue cruel en toda Cataluña. El día once de febrero por la madrugada zarpaba de Barcelona el barco *Buenos Aires* con ciento cuatro militantes confederales deportados a Bata (Guinea continental española), entre ellos Buenaventura Durruti Dumanger[1] y Francisco Ascaso Abadía[2]. Mientras tanto, en muchas localidades se aplicaba la *ley de fugas*[3] y las víctimas obreras poblaban los cementarios y las cárceles.

La protesta del pueblo contra las deportaciones y las violencias policíacas se concretaba en múltiples huelgas

---

(1) Durruti, una de las más recias figuras del anarquismo español, nació en León el 14 de julio de 1896. Murió en el frente de Madrid, en el sector de la Ciudad Universitaria, el 20 de noviembre de 1936. Véase el libro de Abel Paz: **Durruti**, Ed. Le Cercle, París, 1972.

(2) Ascaso, compañero de acción inseparable de Durruti, murió en Barcelona el 20 de julio de 1936, en el asalto del cuartel de Atarazanas que se había sublevado.

(3) La ley de fugas fue un engendro del general Severiano Martínez Anido, Gobernador de Barcelona, que se aplicó a partir de 1920. Era un medio expeditivo de eliminación legal de los dirigentes y militantes destacados de las organizaciones obreras: las autoridades ponían en libertad a los presos de las cárceles o a los detenidos en las comisarías y cuando los liberados se dirigían a sus casas eran asesinados a mansalva en la calle, ametrallados por la espalda. En el parte figuraba: «Intento de fuga».

en toda España, e incluso surgían nuevos movimientos insurreccionales, como el del 14 de febrero en Tarrasa, donde ondeó la bandera rojinegra en el Ayuntamiento.

Por aquellas fechas los campesinos de Hospitalet también se habían declarado en huelga para protestar contra las condiciones feudales a que estaban sometidos. Los terratenientes no transigían, la huelga se prolongaba y el hambre se instalaba en los hogares de los braceros.

Un día, *el Quico* y otro joven decidieron participar a su manera en la defensa de los campesinos. Atacaron a uno de los terratenientes más importantes de la localidad y le desvalijaron. El dinero lo entregaron al Comité de huelga para que fuera distribuido entre las familias más necesitadas.

Pero la reacción intervenía, a su vez, abiertamente en la lucha. El 10 de agosto de 1932 estallaba un movimiento sedicioso encabezado por el general José Sanjurjo y Sacanell[1] —director del Cuerpo de Carabineros y ex director de la Guardia Civil[2]— en Madrid y Sevilla. En la capital de España fracasó el asalto que dieron los sublevados a los ministerios de la Guerra y Comunica-

---

(1) Sanjurjo, marqués del Rif, era el Jefe del **Alzamiento** Nacional de 1936. Nacido en 1872, falleció el 21 de julio de 1936 en Portugal, en un accidente de aviación, cuando se trasladaba a España. Su muerte dio paso al general Francisco Franco.

(2) La Guardia Civil, como su nombre no indica, es un Cuerpo Militar uniformado que depende directamente del Ministerio del Ejército y del Ministerio de la Gobernación. En 1940 absorbió el Cuerpo de Carabineros. Fundada en 1844 por el segundo duque de Ahumada para combatir al bandolerismo, se vio confiar rápidamente toda clase de misiones de orden gubernativo, policial, judicial y fiscal. La Guardia Civil contaba en 1969 con unos 60 000 hombres.

ciones y, en Sevilla, donde se declaró la huelga general, los anarcosindicalistas se lanzaron de nuevo a la calle, esta vez ¡oh ironía! para sofocar la *cuartelada* y en defensa de esa República que tanta saña ponía en perseguirles.

Fue por esa época de agitación social permanente cuando Sabaté constituyó, con otros jóvenes, el primer grupo de acción que denominaron *Los Novatos*. El más viejo de los componentes era José, el hermano del *Quico*, con 22 años. *Los Novatos* se afiliaron a la Federación Local de la *Federación Anarquista Ibérica* (F.A.I.)[1]. El grupo desplegó inmediatamente una gran actividad.

El 8 de enero de 1933 estallaba en España un nuevo movimiento revolucionario inspirado por la F.A.I. para protestar contra la política de persecución obrera, sistemática y tenaz, que caracterizaba al gobierno de Manuel Azaña y Díaz. El movimiento fue decapitado inmediatamente y no prosperó. En Zaragoza y Barcelona fueron detenidos numerosos dirigentes obreros, incluso antes de que comenzara la revolución proclamada a los cuatro vientos. Pero la llamarada de protesta tuvo repercusión en muchas regiones. En Ribarroja y otros pueblos de Levante se proclamó el Comunismo Libertario y otro tanto sucedió en Andalucía.

En Casas Viejas, aldea de Cádiz, la República actuó entonces con un salvajismo pocas veces igualado. Un campesino de 70 años, Francisco Cruz[2], más conocido por

---

(1) La F.A.I. fue constituida en Valencia en 1927, durante la Dictadura del general Miguel Primo de Rivera.

(2) Del exterminio de Casas Viejas logró escapar, aunque herida, María Silva Cruz, denominada **La Libertaria**, nieta de Francisco Cruz e hija de Juan Silva, otra de las víctimas. María Silva fue asesinada por los franquistas en agosto de 1936, en la carretera de Jerez, en Medina Sidonia.

*Seisdedos,* no se quiso rendir a los Guardias de Asalto. Se parapetó con toda su familia, y los libertarios que como él ansiaban un régimen de justicia social, en una humilde casucha. Los mercenarios de la República los exterminaron, mujeres y niños comprendidos, de acuerdo con las órdenes del Jefe del Gobierno, Manuel Azaña[1]: *Ni heridos ni prisioneros, tiros a la barriga.* El balance fue impresionante: 24 muertos, ni un solo herido ni detenido.

En el verano de 1933, el grupo de Sabaté acudió a una de tantas reuniones que celebraban los hombres de la F.A.I. Uno de los puntos predilectos de concentración —que por cierto *el Quico* y sus compañeros utilizaban con frecuencia para ejercitarse en el manejo de armas y explosivos— era la *Fuente del Oso,* en un monte próximo a Esplugas, partido judicial de San Feliu de Llobregat. Cuando más animada era la discusión, los compañeros que vigilaban los accesos al lugar comunicaron la llegada de dos autocares llenos de Guardias Civiles y de Mozos de Escuadra[2] de la Generalidad. Los asambleístas se dispersaron: unos huyeron fácilmente a través de una pineda cercana, otros, para dividir a las fuerzas, corrieron veloces por terreno descampado. Entre estos últimos figuraba *el Quico.* La persecución duró más de media hora, a tiro limpio, pero los *faistas* no tuvieron que lamentar ninguna baja. Ese fue el bautismo de fuego del grupo *Los Novatos. Solidaridad Obrera,* órgano confederal, publicaba el día siguiente un artículo en primera plana titulado : «A tiro limpio con los pinos».

---

(1) Azaña nació en Alcalá de Henares en 1880. Falleció en Montauban (Francia) el 1º de noviembre de 1940, después de haber presentado la dimisión de su cargo de Presidente de la República.

(2) Milicia catalana constituida inicialmente con mozos del campo para luchar contra malhechores y forajidos.

Se preparaban entonces las elecciones del 19 de noviembre de 1933 y la C.N.T. preconizaba la abstención en el voto. Durante todo el período preelectoral la *Confederación* hizo una propaganda inmensa, clausurada en un gigantesco mítin organizado en la Plaza de Toros Monumental de Barcelona. Conocidos militantes de la C.N.T.-F.A.I. participaron en él, entre ellos Buenaventura Durruti. La consigna fue: «Frente a las urnas, la Revolución Social».

Las derechas ganaron las elecciones y el solemne compromiso que había contraído la C.N.T. con el pueblo fue cumplido.

El día 8 de diciembre de 1933 la revolución se ponía de nuevo en marcha en Barcelona, Zaragoza, Valencia, Granada, etc., pero el epicentro revolucionario fue la región de Aragón y Rioja, donde en numerosos pueblos se izó la bandera rojinegra y se proclamó el Comunismo Libertario.

El grupo de *Los Novatos,* que se había preparado intensamente para participar en la revolución, se lanzó impetuosamente a la calle donde colaboró a dominar rápidamente a la fuerza pública de Hospitalet y se adueñó de los centros oficiales: con los archivos municipales se hicieron hogueras descomunales...

Este movimiento insurreccional quedaba sofocado el día 14, pero después de causar muchos muertos y heridos en las filas obreras. La represión fue implacable y miles de cenetistas fueron condenados a presidio.

En Zaragoza, sede del Comité Nacional de la C.N.T., era detenido éste y un Comité Revolucionario del que formaban parte Buenaventura Durruti, Cipriano Mera

Sanz[1] e Isaac Puente Amestoy[2]. Los hermanos Sabaté lograron escapar a la represión, pero las cárceles españolas albergaron a lo mejor de la militancia cenetista.

Esta represión no impidió que se declararan múltiples huelgas de inusitada violencia, como el pueblo de Zaragoza que, en esa primavera de 1934, sostuvo una que duró 36 días. La miseria se había enseñoreado de los hogares de los huelguistas. *Solidaridad Obrera* abrió una suscripción popular para organizar el traslado a Cataluña de los hijos de los huelguistas, para aliviarles en su miseria y ayudarles a triunfar. La suscripción tuvo un éxito considerable y en pocos días afluyeron a la administración de *Soli* sumas bastante considerables para la época.

El pueblo barcelonés se preparaba para recibir la primera expedición de niños zaragozanos que debían llegar en unos autocares alquilados especialmente y una multitud se había concentrado frente a los talleres del diario confederal para acoger a las criaturas. Pero el Gobierno de la Generalidad decidió impedir este acto de solidaridad. Después de desviar a los autocares, hizo cargar a la fuerza pública contra los manifestantes, entre

---

(1) Cipriano Mera nació en Madrid el 4 de noviembre de 1897. Cuando terminó la Guerra Civil se refugió en Africa del Norte pero, el 18 de marzo de 1942, el Gobierno del mariscal Philippe Pétain lo entregó a las autoridades franquistas que habían hecho una demanda de extradición. Mera fue condenado a muerte el 26 de abril de 1943, pero su pena fue conmutada por la de cadena perpetua el 15 de diciembre de 1944. El 1º de octubre de 1946 benefició de un indulto y salió en libertad provisional, pasando a Francia el 11 de febrero de 1947. Se puso a trabajar de albañil y se jubiló en 1971, a los 74 años de edad.

(2) Médico alavés y teórico anarquista, fue asesinado por los franquistas en julio de 1936.

los que abundaban mujeres y niños, matando a un obrero e hiriendo a varios. El diario *Solidaridad Obrera* fue suspendido [1]. Los niños de los huelguistas fueron conducidos a un asilo y las demás expediciones prohibidas. Finalmente, los padres de los chicos tuvieron que ir a Barcelona para sacar a sus hijos del asilo y llevárselos de nuevo a Zaragoza.

A la vista de todo ello, la Regional Catalana decidió, en signo de protesta, declarar la huelga general en la capital del Principado, y la decisión debía divulgarse mediante un manifiesto público.

Francisco Sabaté y otro joven fueron los encargados de ir a recoger dicho documento. El lugar de la cita era el bar *La Tranquilidad* del céntrico barrio del Paralelo barcelonés. Cuando los dos amigos llegaron al punto convenido, unos compañeros les indicaron que el manifiesto les sería entregado en otro bar de Montjuich. Cuando estaban esperando en el nuevo punto de cita llegó la policía y detuvo a todos los presentes.

*El Quico* vivió entonces —aunque corta— su primera experiencia carcelaria: una noche en el calabozo de la comisaría de Pueblo Seco, un día en el Palacio de la Justicia donde se le tomó declaración y dos en la Cárcel Modelo.

Las autoridades no pudieron inculpar a los detenidos por *reunión clandestina* como se proponían y todos salieron en libertad a las 72 horas.

---

(1) **Solidaridad Obrera** sufrió la primera suspensión gubernativa el 24 de abril de 1933. Desde entonces, hasta el 5 de octubre de 1934, un día antes de la insurrección de la Generalidad, el diario fue suspendido tres veces, una vez durante 104 días. Por otra parte, sus ediciones fueron recogidas 34 veces. Véase el libro de Manuel Villar: **El Anarquismo en la insurrección de Asturias**, Ed. Nervio, Buenos Aires, 1936.

Cuando estalló la insurrección del 6 de octubre de 1934, victoriosa 15 días en Asturias donde se hizo la unidad de todas las fuerzas de izquierda bajo la consigna U.H.P.[1], pero que fracasó en Cataluña donde tuvo un carácter *nacionalista* sin la menor intervención de la C.N.T.-F.A.I., el grupo de *Los Novatos* se dedicó a recuperar las armas que abandonaban por las calles y cloacas los hombres de la Generalidad. Estas armas fueron las que ayudaron en buena parte a aplastar la sublevación fascista en Cataluña en julio de 1936.

Cuando *el Quico* fue llamado a quintas en 1935, antimilitarista convencido, no se presentó y fue declarado prófugo. Fue por estas fechas cuando Sabaté efectuó el primer acto de *expropriación* importante con el objeto de alimentar la caja del Comité Pro-Presos, en detrimento de un banco de Gavá, pueblo de unos seis mil habitantes, del partido de San Feliu de Llobregat, próximo a Barcelona.

También fue entonces cuando *el Quico* conoció a Leonor Castells Martí, la que durante tantos años sería su compañera de vicisitudes. A los seis meses aproximadamente de hacer vida común, España ardía por los cuatro costados: había llegado el 18 de julio de 1936.

(1) ¡Uníos Hermanos Proletarios!

II

# LA GUERRA CIVIL

Al estallar la sublevación fascista el 18 de julio de 1936, que los militantes de la C.N.T.-F.A.I. esperaban a pie firme, Francisco y José formaban parte de los Grupos de Defensa y del Comité Revolucionario de Hospitalet. Estos grupos, por su cuenta y riesgo, se anticiparon al pronunciamiento y días antes se presentaron en los domicilios de las personas que, por su filiación, más verosímilmente secundarían el alzamiento. De esta manera pudieron recuperar algunas armas y cortar de raíz cualquier intento de sublevación en la localidad. El 19 de julio dominaron fácilmente la situación en Hospitalet y acudieron en ayuda de los compañeros de Barcelona.

Una vez sofocada la rebelión en Cataluña, la mayor parte del grupo de Sabaté salió hacia el frente de Aragón, el 24 de julio, con la columna que mandaba Buenaventura Durruti, secundado por Enrique Pérez Farrás, consejero militar.

El día 27 de agosto, José y Francisco partieron también al frente de Aragón con *Los Aguiluchos*, la primera columna organizada por la C.N.T.-F.A.I. al

margen del Comité de Milicias[1]. Esta columna fue organizada por Juan García Oliver, y sus efectivos pasaron luego, al formarse el Ejército Popular, a integrar dos divisiones confederales al mando de Miguel García Vivancos y Gregorio Jover Cortés. José Sabaté fue nombrado jefe de centuria en la Columna y a su vez *el Quico* responsable de 20 hombres.

La actividad de los dos hermanos en el frente no fue ni más ni menos que la de otros miles. *El Quico*, anticipándose a los *barbudos* cubanos de Sierra Maestra, dejó de afeitarse y de cortarse el pelo con el propósito de no hacerlo hasta que el triunfo del pueblo fuera total en España. Hasta finales de diciembre no volvió a Barcelona de permiso. Por cierto que, al apearse del coche en la Plaza de España, su barba y sus melenas causaron sensación. Todo el mundo pensaba que era un *soviético*. *El Quico* quizá no se rio nunca tan a gusto como en aquella ocasión al ver que milicianos de diversas nacionalidades se dirigían a él chapurreando el ruso.

Cabe señalar aquí una anécdota sobre Francisco Sabaté que, años más tarde, cuando la Guardia Civil segó su vida, sirvió para que la prensa franquista le tildara de *ladrón de automóviles*.

En la época, las fuerzas del frente, sobre todo las confederales, sufrían una penuria permanente de armas

---

(1) El Comité de Milicias, después de vencida la sublevación, fue el único poder efectivo en Cataluña. El Gobierno de la Generalidad, aunque existente, sólo gozaba de un poder simbólico. El pueblo acataba las órdenes que procedían directamente de las organizaciones antifascistas. En el Comité de Milicias figuraban representantes de la **Esquerra**, de los partidos de **Acción Republicana**, de la **Unión de Rabasaires**, de los partidos marxistas (P.S.U.C. y P.O.U.M.), de la C.N.T. y de la F.A.I.

y de medios de transporte. Era costumbre destacar grupos a la retaguardia para que *requisaran* vehículos, que por cierto abundaban en los organismos oficiales, y volvieran con ellos al frente donde eran incorporados a las unidades.

A Sabaté, que era entonces armero en la 126 Brigada, 28 División (Ascaso), le correspondió un día efectuar esa *misión especial* con algunos amigos del 4º Batallón, entonces en el frente de Huesca (Almunia). Sabaté *requisó*, pues, un flamante *De Soto* del Ministerio del Aire y con él regresó a la Brigada. Sus amigos le acogieron con risas y chascarrillos, pues veían que tan magnífico coche iba a ser rápidamente localizado si se ponía en servicio. Pero *el Quico* ya tenía su idea sobre el particular y sin hacer caso de la rechifla general puso manos a la obra: con un soplete oxídrico recortó la carrocería del *De Soto* y luego le acopló la caja de una camioneta fuera de servicio. Unas manos de pintura y el flamante turismo quedó transformado en una impecable furgoneta. Posteriormente *el Quico* fue trasladado a la 25 División (ex Columna Ortiz) y con él, en calidad de armero, se llevó *su* furgoneta.

A mediados de 1937 se inició la gran ofensiva comunista para apoderarse de los mandos del ejército. La consigna de Moscú era: «Quien domine el Ejército dictará la orientación política del país». Esta consigna fue acatada a rajatabla por los amanuenses españoles y para llevarla a cabo recurrieron a todos los medios.

Fue entonces cuando comenzaron a salir de España grupos de jóvenes hacia la Unión Soviética para seguir cursillos acelerados de pilotos. *El Quico* decidió hacerse aviador, pues pensaba muy en serio que era conveniente pertenecer a un Arma que tenía que ser decisiva en el desenlace de la guerra, pero el Ejército del Aire estaba

ya totalmente controlado por el *Partido Comunista*[1]. Para ser piloto se necesitaban avales de las *Juventudes Socialistas Unificadas* (J.S.U.)[2] o recomendaciones *especiales* que catalogaran al aspirante como *persona grata*. Para salirse son la suya, *el Quico* pensó incluso —no había otra posibilidad— afiliarse a las J.S.U., pues para él «el hábito no hacía al monje». Quería ser un piloto «libertario» entre los pilotos que, él sabía, iban a ser los que combatirían la revolución a sangre y fuego. Sabaté no pudo llevar a cabo su idea porque, como veremos seguidamente, se vio arrastrado de tal manera por un torbellino de acontecimientos que cualquier propósito hubiese resultado baldío.

En la primera quincena de enero de 1938 el ejército «nacional» desencadenó una potente contraofensiva en el frente de Teruel y Sabaté formó parte de las fuerzas republicanas que salieron a reforzar el sector —las Brigadas Mixtas 116, 117 y 118, afectadas al Cuerpo de Ejército XX—. Estas fuerzas iban destinadas al pueblecito de Corbalán, cerca de Teruel, y debían servir de unidades de reserva. Sin embargo, antes incluso de llegar a su

---

(1) Jesús Hernández, en su libro: **Yo fui un Ministro de Stalin**, dice: «El 70 por ciento de la totalidad de los mandos del Ejército era patrimonio de los comunistas. Armas tan decisivas como Aviación y Tanques eran coto cerrado de los comunistas».

(2) Las Juventudes Socialistas Unificadas eran un organismo híbrido que se creó, por orden de Moscú, el 4 de abril de 1936 con las Juventudes Comunistas, Socialistas, de la Unión Socialista y del Partido Catalán Proletario. Los cabecillas de esa unificación de juventudes al servicio del Kremlin, fueron Trifón Medrano, de las Juventudes Comunistas —fallecido en Bilbao en 1937 siendo miembro del Comité Central del P.C.— y Santiago Carrillo, de las socialistas, que después de ser ministro en el exilio llegó a Secretario general del P.C. de España.

acantonamiento, el Estado Mayor republicano se vio obligado a dispersarlas en primera línea para contener el empuje «nacional».

Entre los métodos utilizados por los comunistas para tener en sus manos todo el Ejército, uno de los más corrientes era la destrucción de las fuerzas confederales. Una táctica generalizada era enviar a las unidades anarcosindicalistas a los lugares de más peligro, casi siempre en ataques descabellados, que equivalían lisa y llanamente a un asesinato colectivo, para que fueran sistemáticamente exterminadas.

En una de estas operaciones de *liquidación*, una compañía confederal, con mandos comunistas, después de varios insensatos ataques, perdió el 80 por ciento de los efectivos. La indignación de las fuerzas fue tan grande que hasta el Estado Mayor se vio obligado a tomar cartas en el asunto y el capitán y el comisario de la compañía, un tal Ariño, fueron llamados a Comandancia para dar explicaciones. Pero Sabaté y otros tres amigos también deseaban pedirles cuentas y para ello se apostaron en un lugar del camino por donde los dos mandos chinos[1] debían pasar forzosamente al regresar del Estado Mayor. Fue el comisario Ariño el primero en aparecer y cuando nuestros amigos le cortaron el paso, temeroso, quiso echar mano a la pistola para abrirse paso. *El Quico*, ni corto ni perezoso, le descerrajó un tiro y lo dejó tendido para siempre en la nieve.

Una vez de vuelta al Batallón, nuestros cuatro amigos comprendieron que iban a ser fusilados y para evitar tan radical riesgo decidieron desertar y marcharse a Barcelona. Teruel ya se había perdido. El Ejército Popular

---

(1) Remoquete despectivo con el cual se denominaba a los comunistas durante la Guerra Civil.

había sufrido tal descalabro que, unido a las grandes pérdidas de la batalla del Ebro, meses más tarde, dio por liquidada la guerra.

Los cuatro se marcharon a Barcelona, sin olvidar el *De Soto* furgoneta.

*El Quico* se presentó en el Comité Regional de la C.N.T. donde informó de lo ocurrido y pidió que se le afectara a otra unidad confederal. La cosa era posible pero no inmediatamente y tuvo que esperar algún tiempo en la capital catalana. Durante su estancia en la Ciudad Condal, el Comité de Defensa de las Juventudes Libertarias (JJ.LL.), encargó a Sabaté varias misiones arriesgadas, una de ellas liberar a un compañero que pertenecía a las Patrullas de Control[1] y que había sido herido en una refriega con las fuerzas de la Generalidad. La *Checa* esperaba que estuviera suficientemente restablecido para someterle a los consabidos «interrogatorios». Sabaté, con Jaime Parés Adán, llamado *el Abisinio* por su pelo moreno y crespo, y otros compañeros, realizaron félizmente la operación.

También intervino para liberar —cuando eran trasladados de la Cárcel Modelo al castillo de Montjuich— a cuatro compañeros detenidos a raíz de los sucesos de mayo de 1937[2].

---

(1) Las Patrullas de Control fueron creadas en Cataluña el 10 de agosto de 1936 con efectivos proporcionales de las diversas organizaciones antifascistas. Cerca del 50 % eran de la C.N.T. Su creación tuvo por objeto «la defensa del orden revolucionario». Fueron disueltas el 4 de marzo de 1937 en virtud de una disposición del Gobierno de la Generalidad que tendía a desarmar a los organismos revolucionarios de retaguardia en beneficio exclusivo de los cuerpos armados estatales.

(2) El 3 de mayo de 1937, al las tres de la tarde, por orden del Consejero de Gobernación, Artemio Aiguadé, miembro

Otro hecho de Sabaté en esta época fue un atentado contra el fascista Justo Oliveras de Hospitalet.

Al estallar la sublevación fascista, Oliveras, potentado sin escrúpulos, pudo salvar la vida con hábiles estratagemas. Cabe señalar que en Hospitalet se fusilaron a muy pocas personas. Oliveras permaneció escondido durante algún tiempo. Una agencia de transportes de su propiedad le fue expropriada. Meses después, cuando la juventud del pueblo estaba en el frente y cuando todo el mundo se entregaba con fervor a las tareas revolucionarias, Oliveras juzgó que el peligro había pasado y volvió a la circulación. Entonces, su primera idea fue recuperar con creces lo que la revolución le había arrebatado y se dedicó descaradamente al estraperlo en gran escala, explotando a la gente con los productos de primera necesidad que sólo él hubiera podido decir como se procuraba.

*El Quico,* que no se regía por las leyes que generalmente acata sumisamente la colectividad, repitió el acto justiciero que había cometido meses antes en el frente, esta vez en la retaguardia, y se presentó un día en el comercio de Oliveras cuando éste bajaba el cierre. Un amigo le aguardaba en la puerta. Cuando Sabaté salió a la calle Oliveras ya no podía volver a explotar a nadie. La muerte del estraperlista nunca fue atribuida a Sabaté.

---

de la **Esquerra Catalana,** una patrulla de Guardias de Asalto, al mando del comandante Rodríguez Salas, Comisario de Orden Público de Cataluña, miembro destacado del P.S.U.C., intentó asaltar la Central Telefónica de Barcelona, controlada y ocupada por los militantes de la C.N.T.-F.A.I. Los ocupantes contestaron a tiros. En pocas horas Barcelona se cubrió de barricadas y se entabló la lucha entre los anarcosindicalistas y la fuerza pública controlada por los comunistas. Los militantes del P.S.U.C. se unieron a los cuerpos armados oficiales.

Otro suceso de aquel entonces en que intervino Francisco Sabaté tuvo trágicas consecuencias para un amigo del grupo *Los Novatos:* Francisco Aleu, más conocido como *el Nano de Sans.*

Cierto día Sabaté tropezó con un conocido de Hospitalet, padre de familia, que había sido movilizado. Era un hombre que estaba desesperado ante la idea de tener que abandonar a sus hijos. Sabaté, enemigo encarnizado de la militarización, amargado al ver los derroteros que tomaba la guerra e indignado por la actitud claudicante del anarquismo español ante la hegemonía comunista impuesta por Moscú, decidió ayudarle para que no tuviera que incorporarse a filas. Para ello pensó en facilitarle una cartilla militar falsa que le permitiera permanecer en la retaguardia.

Un amigo del *Quico,* que disponía de una pequeña imprenta, se comprometió a imprimir los documentos falsos. Pero quiso el azar que un día se presentara la policía por sorpresa en la imprenta y descubriera el trabajo de falsificación. El impresor estuvo obligado a confesar quien le había encargado el trabajo. La policía le forzó a convocar por teléfono a sus *clientes* con cualquier pretexto. Sin sospechar en lo más mínimo que se trataba de una celada, dos compañeros fueron a ver lo que pasaba. Uno de ellos, *el Nano de Sans,* cuando pisaba el umbral de la imprenta recibió una descarga que lo mató en el acto. El compañero que le acompañaba, del grupo *Los Novatos,* consiguió huir con un balazo en una pierna, pero en los bolsillos del *Nano de Sans* la policía encontró una fotografía del *Quico* y sus señas.

La policía montó el servicio pertinente para detener a Sabaté y, siguiéndole la pista, «le echaron el guante» un día cuando salía del cine. Encañonado por varios

*naranjeros*[1], Sabaté, aunque armado, no pudo esbozar el menor ademán de defensa. Había caído en manos del *Servicio de Información Militar* (S.I.M.)[2] que le buscaba sin descanso para pedirle cuentas por la muerte del comisario Ariño.

Conducido a la Comisaría de Sans, los agentes del S.I.M., que conocían todos los antecedentes de Sabaté, le prepararon una jugarreta para reirse a su costa. En la oficina colindante dejaron bien visible, sobre una mesa, un *naranjero*. Le quitaron las esposas y le hicieron penetrar en la habitación. Como habían previsto, *el Quico* cayó en la trampa. Al ver el *naranjero* se abalanzó inmediatamente hacia él y con el arma encañonó a los guar-

---

(1) Subfusiles ligeros que utilizaba generalmente la Fuerza Pública.

(2) El S.I.M. fue creado, a iniciativa de los consejeros soviéticos, por decreto del 15 de agosto de 1937, precisamente cuando el Gobierno Negrín estaba dedicado de lleno a la tarea de exterminar al P.O.U.M, al **Movimiento Libertario** y las colectividades agrícolas de Aragón (de inspiración netamente anarquista). La constitución de este organismo fue obra del ministro socialista Indalecio Prieto.

La misión específica del S.I.M. era contrarrestar la actividad de los servicios de espionaje franquistas, pero en realidad, desde su constitución, fue una simple sucursal de la G.P.U. (**Gosudarstvennoe Politicheskoe Upravlenie**, Dirección Política del Estado, rebautizada en 1934 N.K.V.D. pero que todo el mundo designaba por su viejo nombre) y en sus mazmorras sufrieron tortura y muerte muchos antifascistas.

Tanto en las unidades del frente como en la retaguardia los agentes del S.I.M. se dedicaban a la labor proselitista en beneficio del **Partido Comunista**, con argumentos que iban hasta la eliminación física de los recalcitrantes.

Sobre el S.I.M. puede consultarse el libro de José Peirats: **La C.N.T. en la Revolución Española**, Capítulo XXXVI del Tomo III, Ed. C.N.T., Toulouse, 1953.

dias que le rodeaban. Su gesto fue acogido con una carcajada general y fue entonces cuando comprendió que tenía en las manos un arma descargada. Ese día recibió una de las palizas más fenomenales de su vida.

Enterado el Comité Regional de Cataluña que Sabaté había sido detenido, tuvo que poner en juego toda su influencia para que fuera trasladado a la Cárcel Modelo y evitar que *el Quico* fuera asesinado en cualquier *Checa* sin otra forma de proceso [1].

Ya en la cárcel, la única idea de Sabaté fue la de evadirse. Debajo de su celda existía un sótano accesible y cada vez que las circunstancias lo permitían se introducía en él para excavar una mina. Durante semanas estuvo haciendo un trabajo de topo. Con paciencia infinita iba construyendo la galería que debía conducirle a la libertad, perforando los gruesos muros del edificio y hasta de los cimientos. Cuando ya tenía el trabajo casi terminado, la dirección de la cárcel decidió montar una sólida reja en el acceso que daba al sótano. Así quedaba la galería fuera del alcance de Sabaté. Pero la resignación era un sentimiento desconocido para *el Quico*. ¿Tanto trabajo para nada? ¡Quiá!

Como ya hemos dicho, el sótano se encontraba debajo de su celda y Sabaté se dedicó a abrir un paso directo y lo consiguió. Ahora ya podía proseguir su trabajo de zapador clandestino. A través de las cloacas —un día por poco se ahoga en una de ellas— y atravesando muros, creyó en cierto momento que sus esfuerzos iban a ser recompensados. Según sus cálculos, sólo una pared de cemento le separaba de la libertad. Cuando

---

(1) Sobre algunas de las tropelías y crímenes cometidos por los comunistas contra los antifascistas durante la Guerra Civil puede consultarse el libro de Rudolf Rocker: **Extranjeros en España**, Ed. Imán, Buenos Aires, 1938.

consiguió atravesar el último obstáculo vio que había desembocado en una cisterna abandonada que existía dentro de la cárcel. Sin amilanarse, buscó otra vía de escape y, perforando el techo de una alcantarilla, un rayo de luz le dio en la cara. Esta vez había conseguido su propósito. *El Quico* esperó que llegara la noche para agrandar el agujero y salir a la calle, pero el mismo día una ronda descubría el trabajo de demolición que con tanta paciencia había realizado Sabaté.

*El Quico* fue conducido ante el director. Este le dijo:

*—Me habían advertido que tuviera mucho cuidado con usted, pero no creía que fuera para tanto. Lo que ha hecho es verdaderamente asombroso y si no lo veo no lo creo. Pero... usted me comprenderá... mi obligación consiste precisamente en impedirle recomenzar.*

Sabaté fue trasladado a la cárcel de castigo de Vich.

Sus fracasos de Barcelona no habían hecho mella en sus propósitos de evasión, pero entonces decidió recurrir a otra táctica. *El Quico* recibía en la cárcel abundante ayuda exterior, tanto en dinero como en comida. Pensó que lo más práctico era sacar partido de la avidez de lucro de sus guardianes, y así, empezó a distribuir generosas propinas a los carceleros por el menor servicio. Un día, a cambio de dinero, pidió que le dejaran abrazar a su compañera. Se lo permitieron. A partir de ese día las visitas de su mujer fueron cada vez más frecuentes, hasta que los carceleros, acostumbrados a verla regularmente, ni tan siquiera la cacheaban como era obligatorio. Fue el propio oficial de la cárcel quien propuso a Sabaté, mediante cierta «compensación», que cuando quisiera podría pasar unas horas con su compañera en una celda aislada. Sabaté aceptó y fue el propio oficial quien instaló una colchoneta en una celda vacía. A partir de entonces pudo ver a su mujer completamente a solas.

Cuando nuestro amigo vio el clima de confianza que había logrado crear en la cárcel, le dijo a Leonor:

— *La próxima vez me traes una pistola y una bomba de mano.*

Dicho y hecho. Cuando *el Quico* tuvo las armas en su poder, expuso su plan de fuga a otros tres compañeros que aceptaron compartir la aventura.

El día fijado para la evasión, Sabaté llamó como de costumbre al ordenanza —un moro ex boxeador llamado Alí— y cuando se presentó en la celda nuestros amigos cayeron sobre él y lo inmovilizaron después de breve lucha. No obstante, la resistencia de Alí provocó bastante ruido. Un oficial acudió para ver lo que pasaba y Sabaté lo recibió pistola en mano. El hombre no opuso la menor resistencia y después de quitarle la pistola lo maniataron y amordazaron. Una vez terminada esta operación preliminar, cerraron con llave a unos presos comunes que estaban en la misma celda para no comprometerles en la fuga.

Entre los candidatos a la evasión había un italiano que trabajaba en las oficinas de la cárcel y que por consiguiente conocía perfectamente la disposición de la misma y los requisitos necesarios para poder salir de ella. Los cuatro amigos se dirigieron cautelosamente a las oficinas, donde, pistola en mano, neutralizaron a dos guardias y a un oficial que jugaban al tute. Este último, por cierto, era el que había posibilitado las discretas visitas de la compañera de Sabaté. En las oficinas se apoderaron de otras dos pistolas. Cuando ya habían inmovilizado a los guardias se presentó el director de la cárcel con su esposa, que era francesa y estaba embarazada. Sabaté, pistola en mano, explicó al director que no tenía la intención de ejercer la menor violencia contra nadie, pero que estaba decidido a salir de la cárcel y que,

para conseguirlo, no retrocedería ante nada. Todos fueron encerrados en un sótano al que daba acceso la oficina.

Lo más difícil quedaba por hacer: atravesar el piquete de guardia de la puerta de la cárcel y para ello se necesitaba una autorización especial firmada por el director. Con los papeles encontrados en la propia oficina Sabaté fue a hablar con él:

*—Sabemos que nos jugamos la vida —dijo «el Quico»— y estamos decididos a todo. No intente tendernos una trampa porque no se lo perdonaremos. Firme los papeles correctamente pues su vida responde de las nuestras.*

El director fue comprensivo y las cosas se hicieron normalmente. Uno de los presos se dirigió al piquete de guardia con el papel firmado y nadie le puso el menor impedimento. Sabaté y los otros dos hicieron lo mismo minutos después [1].

La fuga tardó bastante en ser descubierta, cuando se distribuyó el rancho de la tarde...

¡Sabaté otra vez en Barcelona! Menuda sorpresa la del Comité Regional de la C.N.T.

Era necesario que Sabaté desapareciera algún tiempo de la circulación, pues si era detenido de nuevo nada podría salvarle del pelotón de ejecución. Le aconsejaron que se trasladara a una colonia de niños de la C.N.T. que existía en Masqueta, del partido judicial de Igualada. La colonia estaba a cargo de un compañero de toda confianza, Batista, y allí podría permanecer algún tiempo con toda seguridad.

---

(1) Los dos españoles que se fugaron con Sabaté, muy jóvenes, fueron enviados por el Comité Regional a la 133 Brigada de la 24 División, de la cual desertaron y fueron fusilados por los comunistas antes de que pudieran llegar a Barcelona.

Sabaté aceptó la idea pero, para evitar posibles contratiempos durante el trayecto, pensó que sería más prudente hacer el camino a pie, unos 45 km. Así, pues, emprendió el viaje junto con un hermano de su mujer.

Caminando de noche, nuestros dos amigos penetraron sin darse cuenta en el recinto de un polvorín. Se tumbaron a descansar unas horas. Cuando al despuntar el día iban a proseguir el camino se dieron cuenta de la posición delicada en que se encontraban. Las alambradas que les rodeaban les pusieron en alerta. Era conveniente salir de la ratonera en que tan tontamente habían penetrado... Poco habían andado cuando una patrulla de carabineros les dio el alto. El aspecto de los dos fugitivos no inspiraba mucha confianza que digamos: sucios, mal afeitados, blusón de cuero y macuto al hombro... Los carabineros decidieron llevar a Sabaté y a su cuñado a la comandancia más cercana, no sin que ambos protestaran enérgicamente. Sabaté les dijo que estaban de permiso y que se habían extraviado yendo hacia el pueblo.

Ante las palabras vehementes de los dos prisioneros uno de los carabineros se decidió a preguntarles:

—*¿Es qué tenéis documentación?*

—*¡Naturalmente!* —exclamó Sabaté que es lo que esperaba— *Es por ahí que debiais haber empezado.*

—*¡Venga... veamos esos papeles!...*

Sabaté abrió la cremallera del blusón de cuero y sacando la pistola amartillada que llevaba en el cinto contra la barriga, disparó todo el cargador contra los cuatro carabineros desprevenidos. Una vez más libre, pero esta vez a costa de matar a cuatro hombres que cumplían con su deber.

Sabaté parecía predestinado a no poder vivir un día tranquilo. Hasta cuando buscaba premeditadamente paz

y descanso los líos salían a su encuentro, como por arte de magia. Pero esta vez eran tantos y tan graves los problemas que se habían amontonado sobre él que no era cuestión de buscar refugios provisionales en ninguna parte.

Después de liberarse de los cuatro carabineros y huir rápidamente para no caer en manos de otra patrulla, Sabaté recordó, demasiado tarde, que había abandonado su macuto, en el cual iban unos libros comprados antes de salir de viaje en el Ateneo Libertario de Hospitalet. Dentro de uno de los libros iba el recibo correspondiente expedido a su nombre. Es como si hubiera dejado su firma en la guerrera de la *Hijos de Negrín* [1].

Para más seguridad, los dos amigos se separaron y Sabaté se encaminó de nuevo hacia Barcelona. Como veremos a través de nuestro relato, en los momentos de más peligro él veía siempre su tabla de salvación en Barcelona.

En una estación cerca de Martorell, *el Quico* tomó el tren de la Ciudad Condal. Pero esta vez, él, que adoptaba siempre tantas precauciones, se confió demasiado, pues no pensó que ya pudieran esperarle en la capital del Principado. Tranquilo, pero siempre alerta, descendió en la estación de Francia. Cuando ya había pisado el andén observó gran despliegue de fuerzas que examinaban atentamente a todos los viajeros y que exigían la documentación. Sin perder un instante volvió

---

(1) Juan Negrín López, Jefe del Gobierno, fue el «Hombre de Moscú» y el juguete del **Partido Comunista** de España. Fue él quien reorganizó el Cuerpo de Carabineros (100 000 hombres) y de ahí el nombre popular con el que fueron inmediatamente bautizados. Negrín nació en Tenerife, Canarias, en 1887. Falleció en París el 15 de noviembre de 1956.

a subir al coche de viajeros y saltó a contravía. Pero su gesto, por muy discreto que fuera, y a pesar de la gente, fue divisado por unos guardias que se lanzaron en su persecución. A través de las vías y trenes logró hacer perder la pista a sus seguidores, pero ya fuera de la estación vio como otras patrullas se desplegaban para intentar cortarle el paso hacia la ciudad.

Entonces, en Barcelona, estaban de moda los coches de caballos, que suplían a los taxis debido a la escasez de gasolina. La buena estrella hizo que en ese momento, cuando más apurado estaba Sabaté, pasara uno de esos faetones con gente dentro. Cuando cruzó delante del lugar donde *el Quico* se había disimulado, éste saltó velozmente al pescante y se sentó al lado del cochero.

Este, con el cañón de una pistola contra las costillas, pasó por entre las fuerzas que acordonaban la estación.

Esta vez *el Quico* se incorporó, sin más percances, a la 121 Brigada de la 26 División (Durruti), donde, entre compañeros, siguió luchando contra el fascismo. Ya en las postrimerías de la guerra, participó en la desesperada resistencia en el Montsech —premiada con la medalla del valor— donde secciones enteras perecieron sepultadas en los parapetos por efecto de la metralla enemiga.

Con su División se replegó a lo largo del río Segre, hacia la Sierra de Cadí, donde se tenía el propósito de ofrecer una resistencia numantina, proyecto que fue desautorizado por el alto mando y también por los Comités confederales que evacuaban hacia Francia.

El 10 de febrero de 1939 las fuerzas de la 26 División penetraban en Francia por el sector de Puigcerdá. Eran las últimas unidades organizadas que abandonaban Cataluña. Sabaté, con sus compañeros de División, fue internado en el campo de Vernet d'Ariège.

Pero *el Quico* no estaba hecho para vivir entre alambradas y al poco tiempo se fugó del campo de concentración. Cabe señalar aquí una actitud inesperada de ese hombre sin ley ni miedo: después de rodar algún tiempo por los Pirineos, hambriento y físicamente deshecho, pues estaba enfermo de los pulmones, regresó voluntariamente al campo de concentración —esta vez a la enfermería— y aceptó el destino de los alambres de púas. Francia le intimidaba:

—*¡Eso de hablar* —decía— *y que no te entiendan; eso de oir hablar y no saber lo que te dicen!...*

III

# LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

El 3 de septiembre de 1939 estallaba, oficialmente, la segunda guerra mundial. Una de sus primeras consecuencias en Francia fue abrir las puertas de los campos de concentración en los cuales el ejército republicano derrotado libraba desde hacía meses una batalla muy poco gloriosa contra el hambre, la sarna, los piojos y la disentería.

Miles y miles de españoles fueron incorporados a la producción, generalmente a las empresas que trabajaban directamente para la economía de guerra, como fábricas de municiones, de aviación, polvorines, etc., o en actividades anexas, como presas, carreteras, etc.

Unos 50 000 fueron organizados militarmente en Compañías de Trabajadores. Otros, después de ser examinados como en un mercado de esclavos —entonces la carne de cañón abundaba y los agentes de reclutamiento rechazaban sin remisión a todo aquel que presentaba una cicatriz sospechosa o una simple muela careada— eran alistados en la Legión Extranjera o en los Batallones de Marcha. Estos últimos debían ser utilizados como fuerzas de choque en el frente del Este.

Sabaté salió del campo en el mes de diciembre de 1939 y fue destinado, como montador, a la construcción de una fábrica de pólvora en Angulema.

Para los franceses la guerra comenzó realmente el 10 de mayo de 1940. Durante más de ocho meses los dos campos beligerantes se habían observado mutuamente y nadie imaginaba entonces el huracán de hierro y fuego que iba a devastar sus países.

A partir de la fecha citada los acontecimientos adquirieron una rapidez alucinante. El 14 de junio, las tropas alemanas del XVIII Ejército de von Küchler penetraban en París por la puerta de la Villette. Eran las 5 h 30 de la madrugada. La ofensiva se había iniciado exactamente 36 días antes en la frontera holandesa. La bandera con la cruz gamada ondeaba en la torre Eiffel y en el Arco del Triunfo.

Al hundirse el frente francés Sabaté intentó huir, pero al comprobar que los *panzers* alemanes corrían más que él, decidió reintegrarse a la ciudad charentesa. Establecida luego la ilusoria división territorial *zona libre - zona ocupada* (la segunda ocupaba todo el litoral Atlántico hasta la frontera española, donde llegaron las primeras unidades alemanas el 27 de junio) Sabaté entró a trabajar en una fábrica que construía gasógenos. En 1941 nacía su primera hija, Paquita.

Surgían entonces los grupos de refractarios que se lanzaban al monte para escapar al trabajo obligatorio en Alemania y constituían los primeros grupos de *maquisards*. Sabaté entró en relación con esos primeros resistentes. No conocemos exactamente las peripecias de este período de clandestinidad, pero lo cierto es que, detenidos algunos franceses, acusados del incendio de un bosque donde había un campamento alemán, uno de ellos

llevaba encima una fotografía de un grupo en el cual figuraba Sabaté. De nuevo, pues, había terminado la *tranquilidad.*

Sabaté, acompañado de su familia, llegó a Perpiñán, no sin dificultades, en 1943. Sin trabajo ni documentación, tuvo la buena fortuna de tropezar con el alcalde de Prades —hombre leal, que sentía verdadero afecto por los refugiados españoles— y obtuvo de él una documentación en regla.

Resuelto este problema, Sabaté, con la frontera española clavada en la retina, comprendió que la lucha continuaba, no se sintió vencido, y a sí mismo se prometió reanudar el combate un instante interrumpido. Para realizar su idea nada mejor que instalarse en aquellos parajes.

*El Quico* compró unas cuantas herramientas de fontanero y se dedicó a reparar pequeñas averías por las casas de campo de los Pirineos. Así, trabajando, conoció todos los recovecos de la región. Luego, para arrancar a la montaña el secreto de sus pasos, se incorporó temporalmente a un grupo de guías que pasaban fugitivos de los nazis a España y cuando ya no precisaba a nadie para ir o volver de Barcelona, arrendó el *Mas Casenove Loubette,* en el ayuntamiento de Coustouges, a un kilómetro de la línea fronteriza.

Fue en esta propiedad donde se instaló con su mujer e hijita e inmediatamente se dedicó a poner en cultivo las tierras abandonadas que correspondían a la finca. El trabajo de la tierra le hizo pensar en lo magnífico que sería poder crear una colectividad agrícola a tiro de fusil de España y, este sueño, que acarició muchos años, incluso intentó realizarlo con algunas personas que le defraudaron completamente.

De momento, con un borriquito que había adquirido, realizaba penosamente los trabajos del campo en una especie de pedregal ingrato. Sus esfuerzos eran observados irónicamente por sus vecinos, por cierto bastante alejados pues las casas de campo más próximas se encontraban a medio kilómetro. Pero Sabaté estaba obligado a ir algunas veces a Céret, Arles-sur-Tech, Saint Laurent de Cerdans e incluso Perpiñán para conseguir material o semillas para su nueva actividad y a todo el mundo exponía apasionadamente sus ilusiones y esperanzas.

La gente de la región conocía perfectamente, o creía conocer, lo que se podía obtener de aquella tierra y acogía con escepticismo el entusiasmo de Sabaté: Otros —decían— lo habían intentado antes que él y fracasaron.

Pero *el Quico* no solamente era testarudo, sino que era hombre de iniciativa y trabajador hábil. Adquirió una vieja bomba de ocasión y, siempre secundado por su borriquito, instaló las canalizaciones necesarias y consiguió llevar el agua hasta la propia casa de campo. Al cabo de algún tiempo, el improvisado agricultor pudo enseñar ufano, a los más incrédulos, los melones que había cultivado en ese pedregal fertilizado de la vertiente francesa de los Pirineos.

En esos quehaceres andaba ocupado hasta que un día, en Perpiñán, tropezó con alegria con *el Roset*, compañero de armas, con el que había convivido y luchado en la 26 División. Este encuentro fue decisivo en la vida de Sabaté, pues le iba a orientar definitivamente hacia otros derroteros que nada tenían que ver con la fontanería o la agricultura. El mismo afán que había unido a Sabaté y *el Roset* bajo el fuego fascista, ya en noviembre de 1936 en la batalla de Almudébar, provincia de Huesca, los unía ahora para proseguir clandestinamente la lucha contra Franco.

IV

# ESPERANZAS

El Primer Congreso de Federaciones Locales del *Movimiento Libertario Español* en Francia (M.L.E.) se celebró en París en mayo de 1945. Fue una gran manifestación obrera, la más importante, sin duda, de las celebradas por la emigración española.

En este comicio se salvaron los escollos de la lucha de tendencias —eso se creía entonces— [1] y prevaleció el criterio de intensificar la lucha en España y consagrar a ella todos los recursos. Al efecto, en los meses que siguieron, se enviaron al Interior varias delegaciones.

Para conducir la primera delegación oficial a España, el Comité Nacional nombrado en el Congreso recurrió a Sabaté, que entonces ya se había convertido en guía consumado

La delegación se componía de tres compañeros, entre ellos Angel Marín, miembro del propio Comité Nacional.

---

(1) Entre enemigos y partidarios de la colaboración gubernamental.

Sabaté, acompañado de Jaime Parés Adán, *el Abisinio,* viejo amigo de España con quien se encontró en Toulouse, llevó a los tres delegados sanos y salvos a Barcelona, donde llegaron a primeros de octubre de 1945.

La misión principal de esta comisión era la constitución de un Comité de Enlace permanente entre España y el Exilio, de acuerdo con el Comité Nacional del Interior, cuyo secretario era entonces César Broto Villegas.

Este viaje a España, que no figuraba inicialmente en los planes de Sabaté y que aceptó por ser una demanda expresa de la Organización, quiso utilizarlo para asentar las bases de futuras actividades en España tendientes a fomentar una nueva insurrección que derrocara al franquismo.

Lo primero que necesitaba *el Quico* eran medios económicos para comprar armas y agenciar «bases de operaciones». Junto con *el Abisinio* realizaron dos atracos en Hospitalet. Las víctimas fueron Juan Panellas Torras, persona acaudalada, y Manuel Garrigó Pujador, industrial floreciente. Estas incursiones permitieron crear un fondo inicial de 90 000 pesetas. Una máquina de escribir que se llevó la entregó a uno de los miembros de otra delegación del M.L.E. que acababa de llegar a Barcelona conducida por el veterano guía Francisco Denís, conocido por *Catalá.*

Con este primer dinero Sabaté pudo regresar a Francia a buscar un grupo de acción que había constituido y que le esperaba en la frontera. En menos de 15 días hizo el viaje de ida y vuelta y llegó a Barcelona acompañado del *Roset,* el andaluz Manuel Pareja —que posteriormente constituiría otro grupo de acción—, y otros dos compañeros.

Este grupo, junto con *el Abisinio,* elaboró un plan de trabajo con la mayor reserva posible, pues, como veremos

más adelante, debía andarse con pies de plomo para escapar a los servicios de información del comisario Eduardo Quintela Bóveda[1].

La actuación planeada no tardó en dar sus frutos. El hecho más sobresaliente fue la liberación, de acuerdo con el Secretario de Defensa del C.R. de la C.N.T., que era italiano, de un grupo de presos. Se trataba de tres compañeros harto comprometidos que iban a ser trasladados de cárcel. Con las informaciones que les procuró un joven militante, Victorio Gual Vidal[2], que fueron exactas en todos sus pormenores, el grupo pudo pasar a la acción. Se encargaron de la operación: Sabaté, *el Roset* y *el Abisinio.*

Era el 20 de octubre de 1945. Sabaté y *el Roset* se acercaron a la pareja que custodiaba a los presos. Cuando llegaron a su altura encañonaron a los guardias con las pistolas. *El Abisinio,* entre tanto, permanecía al volante de un coche aparcado a pocos metros de distancia con la metralleta preparada para proteger la retirada. Cuando todo parecía resolverse de la mejor manera, el

---

(1) Quintela nació el 5 de julio de 1891. Ingresó en el Cuerpo General de Policía el 25 de octubre de 1917. Se convirtió en un verdadero experto en cuestiones anarcosindicalistas. De los 14 Comisarios Principales que se nombraron en toda España después de la victoria de Franco, Quintela fue uno de ellos.

(2) Victorio Gual fue ejecutado en Barcelona el 12 de marzo de 1947, acusado de participación en un ataque efectuado en Esparraguera (1945) contra el coche de Fadó, industrial de dicha localidad, notorio falangista, responsable de la persecución e incluso fusilamiento de varios antifascistas catalanes. Fadó, en vez de detener su automóvil cuando se le invitó a hacerlo, aceleró y escapó a toda velocidad. El grupo atacante disparó contra él pero sin causar ninguna víctima. Fadó transportaba ese día la paga de sus obreros.

guardia que estaba bajo la amenaza del arma del *Roset*, sacó la pistola y apuntó a Sabaté. Este tuvo un momento de vacilación que pudo costarle la vida, pero *el Roset*, sin perder la serenidad, disparó su pistola casi a bocajarro y el uniformado se desplomó gravemente herido. El otro guardia aprovechó la confusion para abandonar a los presos y salir por pies. Este incidente sirvió de lección a Sabaté, pues jamás volvió a cruzar la palabra con un agente antes de haberle desarmado.

Así, pues, presos y liberadores salieron corriendo hacia el coche donde les esperaba *el Abisinio*. Pero una pareja de guardias había acudido al ruido del disparo y sin titubear hizo fuego contra el grupo. *El Abisinio* disparó unas ráfagas de metralleta que enfriaron los ánimos de los guardianes del orden público y todos pudieron ponerse a salvo. La operación fue un éxito total.

Pero, mientras tanto, la policía no había tenido ninguna dificultad para identificar al autor de los atracos de Hospitalet que hemos mencionado, pues las víctimas eran personas que conocían perfectamente al *Quico* y fue sin duda ésta una de las razones que le indujeron a elegirles como primeros *inversionistas* de sus actividades. Señalaremos que Sabaté casi nunca se amparó en el anonimato. Su norma general de conducta era decir:

—*¡Soy el Quico!*

Más tarde, estas tres palabras eras suficientes para que, tanto civiles como militares, en la mayoría de los casos no ofrecieran la menor resistencia.

Si nos hemos referido a esos atracos de menor importancia, perpetrados por *el Quico* para conseguir los fondos indispensables para reunir a su grupo, es porque, como veremos, toda su actividad, tanto orgánica como

de francotirador, repercutió simpre en los compañeros que se dedicaban exclusivamente a labores de propaganda o de organización, riesgos irremediables en toda actividad clandestina y que en ningún caso se le pueden reprochar.

A partir del 30 de octubre de 1945, la policía efectuó en Barcelona múltiples detenciones y entre los compañeros que figuraban en la redada iban las dos delegaciones llegadas de Francia ya citadas.

En los registros subsiguientes a las detenciones se encontró la máquina de escribir que Sabaté había entregado y que procedía del atraco de Hospitalet. El joven que se hizo responsable de la máquina, aunque ignoraba totalmente su origen, fue barbaramente apaleado. Naturalmente, no pudo confesar nada pues nada sabía.

Pero para comprender algunos aspectos de la actuación de Sabaté es necesario puntualizar aquí la situación de la Organización en Cataluña en aquellas fechas.

V

# CONFUSION

La *liberación nacional* fue festejada en España con una orgía de sangre, furia asesina que se prolongó durante largos meses. De Barcelona a Sevilla, de la Coruña a Valencia, pasando por Madrid, la sangre de la juventud española antifascista corrió a raudales. Noche y día funcionaban los pelotones de ejecución. Un simple dedo acusador era suficiente para mandar un hombre a la muerte. A este primer período sucedió otro procedimiento de exterminación no menos eficaz y tan arbitrario como el primero: los Consejos de Guerra.

Probablemente, los vencedores pensaron que un país civilizado debía rodear sus crímenes con cierta apariencia de legalidad. Al fin y al cabo se trataba de un país que se presentaba como el defensor del cristianismo. Así, pues, a las *sacas*[1] sucedieron los procesos colectivos. Ochenta o cien personas incluidas en el mismo expediente. No importaba si los acusados no se conocían

(1) Así se llamaba a la operación de sacar a los presos de la cárcel para ser fusilados.

entre sí, o que no se hubieran visto en la vida. El relator leía los hechos más sobresalientes de sus diferentes atestados y la sentencia era comunicada inmediatamente: ¡A muerte!

¿Cuántos españoles cayeron entre 1939 y 1942? La cifra probablemente no se conocerá nunca. Cientos de miles, pero... ¿cuántos?

Ya algo ahitos de sangre, los franquistas se dedicaron a la tarea de captación de *recuperables* —hasta en Francia los buscaron— y ejercieron coacción en antiguos militantes revolucionarios con el deseo de incorporarlos a sus organizaciones, particularmente a la llamada Central Nacional Sindicalista (C.N.S.). Si tal cosa tuvieron la desvergüenza de proponer a hombres de la entereza de Juan Peiró Belis[1] y de José Villaverde[2], ambos asesinados al no conseguir que renegaran de su pasado revolucionario, no era de extrañar que lo hicieran con otros hombres de menor significación y que —también menos dignos— lograran comprometerlos.

Pues, bien, los servicios policíacos franquistas, en esta nueva fase, deseaban, más que la incorporación a la C.N.S. de antiguos militantes sindicalistas o especialistas en cuestiones obreras, el sometimiento de militantes al dictado de las autoridadades y, de ser posible, dando la impresión de que gozaban de una total independencia de criterio. Tal ocurría, por ejemplo, con los

---

(1) Nacido en Barcelona el 16 de febrero de 1887 y fusilado en Valencia el 24 de julio de 1942.

(2) Nacido en Santiago de Compostela. Detenido los primeros días de la sublevación fascista, le ofrecieron la Jefatura de propaganda de Falange Tradicionalista y de las J.O.N.S. a cambio de su vida. Al negarse rotundamente fue asesinado a primeros de septiembre de 1936 en los alrededores de la Coruña.

inspiradores del llamado *Partido Laborista*, procedentes de campos diversos, particularmente de la C.N.T. y del *Partido Sindicalista*[1], este último fundado por Angel Pestaña[2] a finales de 1932.

Estos hombres, por su pasado prestigio, sus relaciones, por conocer perfectamente el medio en el cual habían militado tantos años, representaban un serio obstáculo para el desarrollo de toda labor revolucionaria, máxime cuando en sus manos estuvieron las riendas de la Organización clandestina catalana. A base de favores, de ayudas a menudo útiles para ciertos compañeros que encontraban dificultades en su desenvolvimiento, con un *doble juego* hábil, que llegaba incluso a posibilitar libertades, sobreseimientos de causas, etc., crearon el desconcierto en los medios obreros. Bien instruidos, llegaron

---

(1) El dirigente sindicalista Sánchez Requena se prestó a encabezar el nuevo **Partido Laborista.** Requena fue Gobernador de Valencia durante la Guerra Civil y fue nombrado Comisario general de Policía de Valencia por el Consejo Nacional de Defensa del coronel Casado, en los últimos días que precedieron la caída de Madrid y el final de la la guerra, porque «resultó ser persona grata a los nacionales» —según Wenceslao Carrillo en **El último episodio de la Guerra Civil Española,** Toulouse 1945—. Fue detenido en Alicante y condenado a la pena de muerte. Su pena fue conmutada y salió en libertad provisional al cabo de unos años. Falleció en Valencia en noviembre de 1946.

(2) Pestaña nació el 14 de febrero de 1886 en Santo Tomás de las Ollas, de la provincia de León. Fue varias veces Secretario del Comité Nacional de la C.N.T. Fue uno de los delegados que visitaron en 1919 la U.R.S.S. para examinar si la Organización confederal debía afiliarse a la Sindical Roja, creada a raíz del triunfo de la revolución soviética. Durante la Guerra Civil fue nombrado, en octubre de 1937, Vicecomisario general del Ejército en representación del **Partido Sindicalista.** Falleció en Barcelona en 1937.

a convencer a muchos crédulos de que servían a la Organización, cuando en realidad eran despreciables instrumentos de la Jefatura de Policía.

Dos individuos especialmente nefastos en este sentido fueron Eliseo Melis Díaz y Antonio Seba Amorós.

Melis era un viejo militante del Sindicato Fabril y Textil de Barcelona, a cuya junta perteneció varias veces en los años 1931-1935. Colaboraba con cierta frecuencia en el órgano confederal *Solidaridad Obrera*. Era un hombre inteligente y activo y, aunque muy conocido en la Organización, no ocupó cargos de gran responsabilidad durante la Guerra Civil. Su actividad posterior permite suponer que ya entonces tenía concomitancias con el Departamento General de Seguridad. Terminada la contienda, Melis se quedó en Barcelona y muy pronto apareció al lado del comisario Quintela. La actividad *orgánica* de Melis no cesó ni un solo instante y decía que trabajaba en favor de la C.N.T. desde la Jefatura de Policía. Con sus maniobras, Melis llegó a ser Secretario de un Comité Regional clandestino y cuando fue destituido del cargo seguía interviniendo directamente en la Organización en nombre de un supuesto *grupo anarquista*.

Una de las tareas de Melis consistía, pues, en captarse la confianza de compañeros para poder ir desarticulando la Organización clandestina periódicamente, cuando su desarrollo era considerado alarmante para las autoridades.

La policía catalana puede guardarle a Melis eterno agradecimiento, pues su presencia impidió, durante años, que se constituyera una organización clandestina eficaz.

Quintela, hoy día jubilado, siempre prefirió mantener un embrión organizado de la C.N.T., con la condición de estar perfectamente informado, pues ello le permitía ir conociendo a los nuevos elementos y, sobre

todo, conocer las intenciones de sus miembros, pues lo único que preocupaba seriamente al Comisario Principal, antes Jefe de la Brigada Político Social, era la formación de grupos de acción que escaparan, como en el caso de Sabaté, al control orgánico. Los sellos de cotización —como gustosamente decía y repetía— le importaban un comino.

Antonio Seba fue un pájaro nocivo pero de menos envergadura, se limitó siempre —y ya era bastante— a ser el lugarteniente de Melis. También fue Secretario de varios Comités Regionales de Cataluña. Durante la Guerra Civil Seba fue Jefe de la 153 Brigada Mixta, ex Columna *Tierra y Libertad* antes de la militarización. Con los hombres de la 25 División tomó Belchite y en agosto de 1938 todavía participó en la batalla del Segre, frente a Balaguer.

Antonio Seba desapareció de Barcelona en febrero de 1949, a raíz de una operación de escarmiento que organizó Wenceslao Giménez Orive con el grupo de acción *los Maños*. Seba se refugió en Valencia con una bala en el cuerpo. La herida no fue de gravedad pero le hizo comprender que su virreinato había acabado.

Esta situación confusionista, difícil de aclarar en la clandestinidad, se prolongó durante largo tiempo. El mérito de haber despejado tan enmarañado panorama correspondió en gran parte a las Juventudes Libertarias, que por cierto tenían amarga experiencia sobre el particular. Uno de los primeros Comités Regionales de la *Federación Ibérica de Juventudes Libertarias* (F.I.J.L.)[1] en Cataluña fue decapitado en marzo de 1943 por obra y gracia de Melis, y uno de sus miembros, que se llamaba

(1) La F.I.J.L., organización juvenil anarquista, se creó en España en 1932.

Pallarols [1], fue fusilado el ocho del mismo mes sin formación de causa. Pallarols pertenecía a las JJ.LL. de la Torrasa.

Un aliciente para los jóvenes catalanes fue, en 1945, la organización en Francia de las Juventudes Libertarias, que celebraron su primer Pleno Nacional en Toulouse, en el mes de abril.

Para concluir estas páginas sobre la situación en Cataluña de las organizaciones libertarias y de la confusión que creaban en ellas ciertos elementos, señalaremos que Angel Marin [2], el delegado del Comité Nacional

---

(1) Este Pallarols no tiene nada que ver con su homónimo Esteban Pallarols, conocido en la clandestinidad con el nombre de **Riera**, que fue Secretario del primer Comité Nacional de la C.N.T. constituido después de la victoria franquista y que fue fusilado en marzo de 1946 en compañía del compañero Marés. Otro miembro de este C.N., José Cervera Bermell, fue condenado a largos años de presidio y falleció en Valencia el 15 de marzo de 1955 cuando sólo hacía unos meses que había salido en libertad.

(2) En una circular del Comité Nacional del M.L.E.-C.N.T. en Francia, dirigida a los Comités Regionales con fecha 29 de enero de 1946, se decía lo siguiente :

**« Desde hace días esperábamos con ansiedad la llegada de una de las delegaciones salida para España. Encontrándose ya en el Interior, teníamos noticia de que la policía franquista le iba a la zaga, pero felizmente ha podido regresar sin accidente desagradable. La delegación, además de continuar el contacto con los compañeros y completar la información, tenía el encargo expreso de localizar al compañero MARIN y de entregarle una carta de este Comité Nacional, requiriéndole para que se presentara en Francia sin pérdida de tiempo. La delegación tenía instrucciones para que, al localizar a MARIN, éste no pudiera salirse del paso con evasivas, de conocer concretamente si continuaba allí por su voluntad y con que fin y saber, en definitiva, a que**

de Francia que Sabaté acompañó a Barcelona, al caer detenido en octubre de 1945, de acuerdo con Quintela pudo relacionarse con Melis y el resultado de estas entrevistas fue que el día 15 de diciembre Marín salió a «diligencias exteriores» y nunca más volvió a comparecer por Jefatura: había conseguido *fugarse*.

---

**atenernos sobre su caso. La delegación tenía también indicaciones de facilitar a MARIN los medios para regresar a Francia con ella. La delegación ha regresado y nos dice que no ha podido entregar nuestra carta a MARIN; que no es posible ponerse al habla con él sin pasar antes por MELIS y por SEBA y que con los contactos que éstos tienen con la policía, es entregar a los compañeros que vayan allí, con este fin, en las manos de ésta.**

Angel MARIN regresó poco después a Francia. Fue excluido del Comité Nacional y nunca más volvió a ocupar ningún cargo de responsabilidad en la Organización.

VI

# ACCION

La primera misión que se impuso el grupo de Sabaté fue la de buscar puntos de apoyo y colaboradores seguros tanto en Barcelona como en los pueblos de la región y a lo largo del *camino* Francia-Barcelona. Sabaté comenzó a organizar bases que podían servir de refugio seguro a los compañeros, depósitos de armas y víveres en la montaña, etc.

Puede decirse que entre 1945 y 1946 *el Quico* recorrió palmo a palmo las montañas y pueblos de Cataluña.

El 6 de febrero de 1946, encontrándose en Barcelona, recibió un telegrama comunicándole que su compañera Leonor había dado a luz, el día anterior, a dos mellizas. Esta noticia le hizo interrumpir sus actividades y sin perder un minuto se dirigió a Francia. A pesar del mal tiempo y de la nieve abundante, en algunos lugares le llegaba a la ingle, Sabaté cruzó la frontera por Bañolas y Coustouges, llegando sin novedad a Toulouse. Su compañera se encontraba todavía en la clínica. Una de las niñas falleció a los pocos días, la segunda fue llamada Alba.

La Organización en Francia aprovechó la llegada del *Quico* para encomendarle una misión bien definida. Se trataba de introducir en Cataluña una importante partida de armas.

El día 21 de abril Sabaté salía con un grupo de compañeros, todos veteranos y aguerridos, entre ellos Ramón Vila Capdevila.

En un lugar convenido del territorio español dejaron la mayor parte del material que llevaban: metralletas, munición abundante y explosivos. Este material se encargaría de transportarlo al pueblo geronés de Bañolas una persona de toda confianza. El grupo —compuesto de cinco compañeros— proyectaba dividirse en Bañolas para reunirse de nuevo en la Ciudad Condal.

El 25 de abril, con el ómnibus de la mañana, salieron hacia Gerona dos de los compañeros; por la tarde, con el mismo medio de locomoción debían salir otros dos, y, el último, Sabaté, marcharía el día siguiente en un camión que llevaría a Barcelona todo el armamento bien disimulado.

El ómnibus de la tarde salía de Bañolas a las dos. Día de feria, en el pueblo había gran afluencia de forasteros, circunstancia favorable para el grupo, ya que así tenía más posibilidades de pasar inadvertido. Después de comer, los tres amigos salieron de la posada donde se habían alojado, Sabaté charlando con otro y Ramón Vila retrasado a corta distancia. Se dirigían a la parada del ómnibus.

Inopinadamente, una pareja de la Guardia Civil se dirigió a los dos primeros y les pidió la documentación. Sacaron sus papeles y los presentaron a los guardias.

Difícil es asegurar lo que despertó las sospechas de los guardias, acaso fueron los documentos que acredi-

taban que sus poseedores eran de Logroño y que tuvieran tan pronunciado acento catalán, lo cierto es que la pareja invitó a nuestros dos amigos a seguirles al cuartelillo. Sabaté empezó a protestar. Ramón permanecía algo rezagado y estaba a la expectativa. Varios aldeanos advirtieron el incidente y seguían, sorprendidos, la discusión con los guardias. Uno de éstos, con menos paciencia que su colega o quizá con el propósito de presumir ante los payeses con un acto de autoridad, sacó la pistola como argumento decisivo. Ramón Vila, que no perdía un detalle de lo que pasaba, visto el atasco en que se hallaban sus amigos, se adelantó rápidamente entre los mirones y de un disparo certero dejó tendido para siempre al civilón José Godó García.

El segundo guardia, que era el que, sin pasar a mayores, había discutido más animadamente, no había salido de su asombro cuando vio las bocas de tres pistolas que, encañonándole, le indicaban el camino a seguir después de desarmarle. Sensato, el Guardia Civil salió corriendo como le invitaban.

Mientras tanto, en el mercado se armó la confusión de rigor, pues todo el mundo se había alborotado. En medio del barullo los tres hombres pudieron alejarse del lugar sin mayores inconvenientes.

Cabe señalar, aunque el detalle no tiene gran importancia, que no fue Sabaté quien disparó contra el guardia, como siempre se ha complacido en decir la prensa española, sino Ramón Vila. El mejor testimonio podía darlo el guardia que salió corriendo, pero quizá consideró una cuestión de prestigio atribuir la muerte de su colega a Sabaté, al que sin duda identificaría posteriormente a través de fotografías.

Ramón Vila y el otro compañero se ocultaron inmediatamente en el monte; Sabaté regresó con cautela a

la posada, pues tenía la responsabilidad del material bélico y éste se encontraba en dos grandes maletas que ya habían llegado a Bañolas.

Sabaté sacó una metralleta con la munición correspondiente y escondió provisionalmente las armas debajo de un montón de estiercol, en la parte posterior de la posada, donde tratantes y feriantes dejaban carros y caballerías. Al anochecer, Sabaté abandonó la posada y se refugió en una casa del pueblo de toda confianza.

En Bañolas, población que en la época contaba escasamente 6 000 habitantes, la policía y la Guardia Civil desplegaron una actividad extraordinaria: cacheos, registros domiciliarios, patrullas en caminos y carreteras de salida del pueblo, etc. La Guardia Civil deseaba, sobre todo, vengar el *honor* del Cuerpo.

Sabaté pudo escapar a las pesquisas mediante una treta que, según dijo luego, le hizo pasar el mayor miedo de toda su vida. La dueña de la casa donde se refugió le dio ropa de campesino y una hazada. Así ataviado, con la herramienta al hombro, junto con la mujer que llevaba un capazo lleno de productos que cubrían la metralleta que iba en el fondo, pasaron por entre los guardias que vigilaban la salida de Bañolas. Fue la primera y última vez que Sabaté aceptó ir desarmado.

Posteriormente las cosa se complicaron debido a la actitud del posadero. Este, seguramente atemorizado por la tenaz investigación policíaca tuvo la *idea genial* de presentarse espontáneamente a la policía para informarla del paso de un *grupo sospechoso* por su casa, con el evidente propósito de alejar de sí todo recelo. Pero la argucia tuvo mal resultado, pues la policía, que ambicionaba «pescar» a alguien, lo consideró desde el primer momento como cómplice y le sometió a un terrible interrogatorio de garrotazo y tente tieso que le dejó el cuerpo baldado. En

el registro que a continuación se hizo en la posada aparecieron las maletas de armamento ocultas en el estiércol.

Sabaté, con su disfraz de payés, prosiguió el camino hacia Barcelona. Ramón y su amigo regresaron a Francia para comunicar lo ocurrido.

Las pesquisas policíacas por el suceso de Bañolas condujeron a la detención de un compañero de Gerona que servía de enlace con los grupos que ya actuaban en Barcelona, particularmente con el de Sabaté. No conocemos exactamente como se produjo la detención, aunque ciertos antecedentes hubieran permitido, entonces, aclarar la cuestión. Lo cierto es que cuando Sabaté acompañó a la delegación del M.L.E. en octubre de 1945, el contacto se establecía, en Gerona, a través de un *residente*. Cuando Sabaté regresó a Francia para buscar a su grupo, el *residente* le confió *documentos importantísimos*, entre ellos la relación, con todos los pormenores, de las fuerzas franquistas concentradas en la frontera. Cuando dichos documentos fueron examinados en Francia se comprobó que habían sido mecanografiados con la máquina de escribir que solía utilizar el ya mentado Melis.

De ahí a considerar que aquel enlace fuera un instrumento consciente o inconsciente del chivato barcelonés no había más que un paso. Ni que decir tiene que, como aconsejaba la más elemental prudencia, se cortó la relación con él. Ahora bien, con relación o sin ella, el antiguo enlace estaba enterado de muchas cosas y no podía ignorar, al vivir en la misma localidad, quien era su sucesor.

De todas maneras, la detención del nuevo enlace de Gerona constituía un excelente servicio policíaco. Dicho enlace intentó suicidarse, pero los agentes pudieron impedirlo.

Sometido a interrogatorios refinados, la policía consiguió conocer una casa de Barcelona donde algunas veces se reunía el grupo de Sabaté: una lechería situada en la calle Santa Teresa. En este lugar se estableció estrecha vigilancia con objeto de ir identificando a los que allí acudieran y, en el momento oportuno, aniquilar a todo el grupo.

Sabaté, con su prudencia peculiar, hizo el viaje a pie de Gerona a Barcelona, donde llegó el día 2 de mayo. Desconocía la caída del enlace de Gerona y lo primero que hizo fue buscar a sus compañeros de grupo que le habían precedido en el camino de la capital catalana. Sin embargo, por una serie de circunstancias que no vienen al caso, no pudo dar con ellos. Por esta razón decidió presentarse en la lechería para tener noticias. El día 7 de mayo la patrona de la lechería le informaba que su tienda estaba estrechamente vigilada e incluso que, con toda probabilidad, la policía había identificado a algún compañero, pues *el Abisinio* había pasado por allí el día antes. El hecho de que la policía conociese el punto de reunión hizo barruntar a Sabaté que la situación era verdaderamente delicada.

Para evitar que algún compañero cayera en la trampa urgía desbaratar la maquinación urdida por Jefatura. Al salir de la tienda Sabaté examinó discretamente los alrededores y pudo ver un grupo de cuatro obreros que, no muy lejos, parecían discutir animadamente. *El Quico*, con toda naturalidad, dirigió sus pasos hacia el grupo.

Los cuatro personajes, sin dejar de charlar, se pusieron en marcha hacia Sabaté. Este, cuando llegó a unos ocho metros de los sospechosos individuos, sacó velozmente la pistola *Mauser* que llevaba amartillada y les apuntó

como si estuviera decidido a disparar. La sorpresa de los que allí estaban para sorprender no es para describir. La reacción inmediata fue dar media vuelta y salir de estampída.

*El Quico,* si hubiese querido, podía haber hecho entonces varias dianas, pues donde ponía el ojo ponía la bala.

Cuando los agentes disfrazados calcularon que se encontraban a una distancia prudencial del arma del *Quico* hicieron frente y dispararon sus pistolas, pero Sabaté no aceptó el combate y desapareció sin ser molestado. Era urgente advertir a todos sus amigos de la ratonera que representaba la lechería.

Como bien suponía Sabaté, varios elementos de su grupo habían sido identificados, entre ellos Jaime Parés Adán, *el Abisinio.* Este, seguido discretamente, se encontraba en inminente peligro: la policía conocía su domicilio, que era la casa de una hermana que residía en Travesera de Gracia, cerca del hospital de San Pablo.

Con la actitud de Sabaté y el tiroteo con los cuatro agentes, la policía comprendió que ya no caería nadie más en el garlito y juzgó que convenía pasar inmediatamente a lo acción si no quería perder el fruto de todo su esfuerzo.

Toda la familia de la lechería fue detenida inmediatamente, por donde es posible que se descubrieran los domicilios de Sabaté y del *Roset.* Este descubrimiento normalmente no debía tener la menor importancia, pues la primera precaución del *Quico* fue no poner más los pies en su casa, ni tan siquiera para recoger sus cosas, pero por desfortuna esta pista fue algo más tarde la desgracia del *Roset* .

La primera víctima del grupo fue *el Abisinio*. El día 9 de mayo de 1946, cuando iba a entrar en su casa, la policía le acribilló a mansalva desde su propia escalera, donde le estaban esperando. Jaime Parés murió sin poder esbozar el menor ademán de defensa [1].

Otro compañero, después del asesinato del *Abisinio*, cometió la imprudencia de pasar por la calle de Santa Teresa, o sea la de la lechería, y fue a parar a los calabozos de la Jefatura.

*El Quico*, como ya hemos dicho, no volvió a su casa, pero se tomó la molestia de vigilarla y pudo presenciar, escondido en las propias barbas de los sicarios de Quintela, cómo estos ocupaban su domicilio y montaban el dispositivo para hacerle caer en la red.

En la mente de Sabaté germinó la idea audaz de dar a los agentes un verdadero susto. Acompañado del *Roset* se entrevistó con el entonces delegado del M.L.E. en Barcelona, Antonio López [2], y le pidió hombres suficientes para poder asaltar su propio domicilio y dar un escarmiento a los ocupantes. López, sensatamente, no

---

(1) Jaime Parés nació en Barcelona en 1910. Desde muy joven perteneció a la organización confederal. En 1926 ya pertenecía a los grupos clandestinos de defensa. Durante la Guerra Civil estuvo en una unidad de transporte de la Columna Durruti. Más tarde fue afectado a la escolta de Eugenio Vallejo Sebastián, que estaba en la Secretaría de Armamento de Cataluña.

(2) Antonio López fue detenido en Irún cuando regresaba a España, después de haber ido en misión a Francia, a finales de julio de 1946, junto con Diego Franco Cazorla, de 26 años, más conocido con el seudónimo de **Amador Franco**. Ambos fueron fusilados el 2 de mayo de 1947 en la cárcel donostiarra de Ondarreta.

accedió a la demanda por considerar que se trataba de una operación suicida e inútil. Sabaté y *el Roset* tuvieron que resignarse.

El día 12 de mayo, en la Diagonal, Sabaté y *el Roset* se despidieron. El primero tenía la intención de hacer una descubierta por Hospitalet para comprobar si había pasado algo en casa de sus padres. Por otra parte, conocía la inminente llegada de su hermano José, que se encontraba en Valencia. Este, al producirse el corte de la zona republicana en 1938, durante la Guerra Civil, quedó en el sector de Levante, donde tenía el mando de un Batallón. El desastre final le llevó al puerto de Alicante donde cayó prisionero. Había estado detenido en el campo de concentración de Albatera y en el penal de Cartagena. Por fin, había salido en libertad vigilada y había comunicado a su familia que iría a visitarles.

*El Roset,* a pesar de las mil advertencias que le había hecho Sabaté, estaba convencido de que su domicilio no podía haber sido localizado y decidió pasar por él. Allí le esperaban y fue a parar a los calabozos de Quintela.

Sabaté era consciente del peligro que representaba hacer acto de presencia en Hospitalet, pero el deseo de entrar en contacto con su hermano José le incitaba a ello. *El Quico,* buen conocedor de los métodos policíacos, exploró atentamente los alrededores de la casa de sus padres y al comprobar que no había moros en la costa penetró al atardecer en ella, donde, por cierto, no encontró a nadie. Redactó rápidamente una nota destinada a José, en términos que sólo él podía comprender y, sin retrasarse un instante, salió por la parte posterior yéndose a dormir al campo, entre unos algarrobos. Al día siguiente, al amanecer, dio un rodeo para evitar tropezar con caras conocidas. Fue entonces cuando observó un movimiento inusitado cerca de su casa. Tomó la primera bocacalle que encontró para alejarse de allí pero tuvo

entonces la desagradable sorpresa de tropezar con dos furgonetas de la Policía Armada[1]. Ante la imposibilidad de retroceder sin alertar a los polizontes, haciendo de tripas corazón, siguió avanzando como cualquier apacible ciudadano y pasó rozando los vehículos llenos de agentes armados.

Sólo más tarde se enteraría Sabaté de cuan cerca tuvo ese día a la muerte. Los agentes habían recibido la orden de disparar contra nuestro amigo sin previo aviso y en una de las furgonetas se encontraban esposados el enlace de Gerona y su buen amigo *el Roset* para que identificaran al *Quico*. Sin duda la casa de sus padres era vigilada estrechamente y es muy posible que le hubieran visto penetrar en ella el día anterior, pero quizá no imaginaron que su visita podía ser tan fugaz. El caso es que, cuando Sabaté pasó al lado de las furgonetas, las armas de los guardias estaban dirigidas contra él y su vida estuvo pendiente de un hilo. Tanto *el Roset* como el enlace tuvieron el coraje de decir que no era Sabaté.

El mismo día, bien temprano, cuando el padre de Sabaté salía de su casa para ir al trabajo, los agentes le dieron el alto y sirviéndose de él como de un escudo penetraron en la vivienda. Este allanamiento de morada iba a repetirse con frecuencia en los años venideros.

La entrevista entre los dos hermanos, José y Francisco, se efectuó días después en un lugar de la montaña. *El Quico* expuso a su hermano sus actividades y propósitos, los planes que quería desarrollar a largo plazo y también los más inmediatos. José, que estaba obligado a regresar a Valencia, para resolver ciertos asuntos per-

---

(1) La Policía Armada depende de la Dirección General de Seguridad y se encarga particularmente del orden público interior en las poblaciones importantes.

sonales, le prometió que pasaría a Francia y que allí podrían discutir seriamente su actuación común ulterior. Así fue, semanas después José se encontraba en Francia y desde entonces se entregaba de lleno a la lucha antifranquista.

Ya hemos situado el personaje de Eliseo Melis Díaz en páginas anteriores. Pues, bien, su eliminación física se había planteado varias veces. Cabe señalar que la muerte de Melis era aprobada por todos los organismos de la resistencia, y que Manuel Pareja, cuando pasó a España con Sabaté, ya se había fijado este objetivo. Sin la intervención de Angel Marín, el miembro de la delegación del M.L.E. que se *fugó*, sin duda hubiera llevado a cabo su propósito entonces. El propio Secretario del C.N. de la C.N.T. de España se había entrevistado dos veces con Pareja sobre este particular, insistiendo en que era indispensable acabar con Melis cuanto antes.

En marzo de 1947 se había creado en Barcelona el *Movimiento Libertario de Resistencia,* (M.L.R.) con el propósito de separar las actividades orgánicas y de propaganda de las actividades subversivas propiamente dichas. El M.L.R. se proponía ser una *Rama Militar* del Movimiento Libertario. Esta idea, surgida de los compañeros del Interior, fue secundada y alentada por un nuevo delegado de Francia enviado a Barcelona. Pero este nuevo organismo fue inmediatamente desautorizado por el Movimiento Libertario en Francia y su delegado distituido. A pesar de la oposición, dicho Movimiento decidió actuar por su cuenta y riesgo y a él dieron su adhesión muchos excelentes y aguerridos compañeros y grupos de acción, entre ellos el de Manuel Pareja. La colaboración del M.L.R. con Pareja dio, como veremos, frutos positivos.

Los compañeros consideraban que la eliminación de Melis no era suficiente, pues tenían el convencimiento

de que, tanto en España como en Francia, existían elementos de idéntica catadura todavía desconocidos. Por consiguiente, se pretendía conseguir toda la documentación de Melis para desenmascarar de una sola vez a todos los traidores.

La operación se preparó minuciosamente y se fijó el día «H».

El 12 de julio de 1947, cerca de mediodía, Manuel Pareja, Antonio Gil —más conocido por *Antonio Sancho Agorreta*— y otro compañero penetraron en un café de la plaza Buensuceso donde se hallaba Melis, en mangas de camisa, jugando al billar. Pareja llegó hasta Melis sin ser visto, le tocó en el hombro, y le invitó a salir a la calle sin oponer resistencia. Melis, que ya conocía las intenciones de Pareja por el propio Angel Marín, demudado aunque aparentando tranquilidad, tomó su chaqueta y salió por la puerta del café seguido de nuestros tres amigos.

Una vez en la calle, Pareja le dijo brevemente que, más que su vida, lo que quería era que le entregara toda la documentación que tenía en su poder y le invitó a ir juntos a recogerla. Melis comprendió que esta vez había caído en una trampa difícil de escapar, sobre todo cuando, al entrar en la calle Elisabets, camino de la de Montalegre, comprobó que, además de los dos acompañantes de Pareja que había visto en el café, le escoltaban otros tres: Pedro Adrover Font, llamado *el Yayo*, Ramón González Sanmartí[1] y otro.

Antonio Gil, antes de ponerse en camino, quiso cachear a Melis, pero Pareja, temerario, se opuso:

—*¡Déjale!... No es necesario...*

---

(1) Ramón nació en Granollers el 26 de mayo de 1920. Murió en Barcelona el 13 de junio de 1948 en una refriega con la policía.

Este gesto, que obedecía quizá al deseo de convencer a Melis de que si entregaba la documentación deseada le perdonaría la vida, había de tener, como veremos, trágicas consecuencias.

Melis se dejaba conducir aparentemente sin resistencia, pero, convencido de que estaba efectuando el último paseo de su vida, reflexionaba intensamente para encontrar la idea que le permitiera salir airoso del mal paso y estaba dispuesto a aprovechar la mínima oportunidad que se presentara.

En la calle Montalegre, conversando con Pareja y sin que nada hiciese prever su intención, dio un empellón violento a los dos acompañantes que le encuadraban y se precipitó raudo hacia un portal que se encontraba a su derecha y ganó seguidamente la escalera que debía conducirle a los pisos superiores.

La reacción de Pareja fue inmediata y salió corriendo tras él, mas, al franquear el umbral del portal, un tanto deslumbrado, se detuvo unos segundos. Melis, que ya había llegado al pie de la escalera, vio bien perfilada, en el marco de la puerta, la silueta de su persequidor. La pistola de Melis retumbó en el portal hiriendo gravemente a Pareja. Este, tuvo la fuerza de voluntad de no caer desplomado y avanzó unos pasos disparando certeramente con su arma. Melis, como un títere, rodó por la escalera y el compañero Gil [1], que llegó segundo al portal, arma en ristre, le dio el tiro de gracia al miserable individuo.

Al producirse el tiroteo, los cuatro compañeros que estaban en la calle se situaron estratégicamente para

(1) Antonio Gil nació en Urrea de Gaén (Teruel) el 27 de enero de 1921. Murió en Toulouse, atropellado por un camión, el 20 de abril de 1948.

hacer frente a cualquier eventualidad y proteger la retirada. Pero no tardó en salir Gil con la infausta nueva de que Pareja estaba malherido y que era necesario transportarle. En menos tiempo de lo que se tarda en contarlo, nuestros amigos, arma en mano, pararon la camioneta de une lechería que por allí pasaba, hicieron descender al chófer y, con Ramón González en el volante, cargaron a Pareja y salieron a toda velocidad.

Pareja no había perdido el conocimiento, pero se dio cuenta que su herida no tenía remedio y rogó encarecidamente a sus amigos que lo remataran y se pusieran a salvo. Nadie en el grupo tuvo valor para acceder a las insistentes demandas de Pareja. Se concertaron entre sí y decidieron transportar el herido al Hospital Clínico. Allí, en la entrada, dejaron a Pareja agonizante.

Enterado Quintela de lo sucedido, cursó en seguida órdenes para que se hiciera todo lo posible para salvar al herido. Tanta solicitud no obedecía a sentimientos humanitarios sino al vehemente deseo de poder interrogarle largo y tendido. De nada sirvieron los cuidados que le prodigaron, Pareja [1] exhaló el último suspiro antes de llegar al quirófano.

Melis había prestado excelentes servicios a la policía española, pero los traidores, al fin y al cabo, son siempre despreciados. Su muerte no mereció otra cosa que una pequeña nota en la prensa barcelonesa donde, sin mencionar su nombre, se decía:

> «*En uno de los cruces de la calle Fernando* «(hasta el lugar del suceso se disimulaba), *dos* «*hombres que ocupaban una camioneta dispararon* «*sobre otro que pasaba por la calle, el cual recibió*

(1) Manuel Pareja nació en Velez Rubio (Almería) en 1910. Durante la guerra civil fue Comisario de la 104 Brigada.

*«varios balazos que le causaron la muerte. No «obstante la súbito de la agresión, antes de morir, «el agredido sacó su pistola y disparó sobre la «camioneta, hiriendo a uno de sus ocupantes. Los «compañeros de éste le condujeron al Hospital «Clínico donde dejaron al herido. Después huyeron».*

Con la muerte de Melis, el M.L.R. hizo aparición de manera pública, mediante una declaración dirigida al pueblo que decía en uno de sus párrafos:

*«En adelante, al terrorismo gubernamental res- «ponderemos con el terrorismo popular. A las «balas homicidas de los pistoleros uniformados «responderán las pistolas y las ametralladoras del «M.L.R. A los delatores, los hombres del M.L.R. los «ajusticiarán en la calle, en sus casas, donde los «encuentren... cual alimañas; como han ajusti- «ciado ya al primero, el fatídico Eliseo Melis, de «triste memoria, el 12 de julio, a las 13 horas, en «la calle Montalegre de Barcelona».*

La proclamación del M.L.R. estaba firmada por el *Comité Revolucionario* y llevaba la fecha del 1 de agosto de 1947.

VII

# PROBLEMAS EN FRANCIA

En la noche del 6 al 7 de mayo de 1948, varios hombres enmascarados y armados, llegados en automóvil, después de cortar los hilos telefónicos penetraron por escalada en el recinto de la Fábrica Rhone Poulenc, en Peage de Roussillon (Lyón), con el propósito de apoderarse de la paga del personal.

Dos guardianes, Poncet y Hennebaud, fueron maniatados y amordazados; un tercero, Maurice Monnot, que efectuaba una ronda y que quiso oponerse a los atracadores, fue muerto de una ráfaga de metralleta.

La muerte del guardián, que sin duda no figuraba en los planes de los atracadores, hizo que éstos abandonaran precipitadamente la fábrica y huyeran en el automóvil con que habían llegado. Escaparon con tal premura que dejaron múltiples pistas.

Les atracadores habían cambiado la matrícula del coche, pero habían conservado la buena para probablemente montarla de nuevo una vez dado el atraco. Sin embargo, por descuido o por lo que fuera, al descender

del vehículo para sacar armas y pertrechos, dejaron la matrícula en el suelo. Allí quedó abandonada cuando huyeron.

La policía pudo identificar inmediatamente al propietario oficial del coche Nº 7263 FS 8.

Este vehículo, matriculado en el Alto Garona, pertenecía a un español llamado Carlos Vidal Pasanau, con residencia en Toulouse, que había comprado el automóvil, en noviembre de 1947, a un garajista de Tolón. Sin embargo, la policía no pudo interrogar entonces a Carlos Vidal porque éste había pasado la frontera y se encontraba en España.

Si hacemos aquí la mención del suceso es porque, como veremos, posteriormente tendremos que referirnos a él con relación a Francisco Sabaté.

En la noche del 15 mayo de 1948, en la carretera nacional nº 115, cerca del villorrio de La Cabanasse, comuna de Céret (Pirineos Orientales), a unos 8 km de la frontera española, una pareja de carabineros franceses efectuaba un servicio de verificación. Detenido un taxi que por allí pasaba, la pareja hizo descender al cliente pidiéndole la documentación. El hombre que iba en el coche de punto accedió a la demanda y entregó los documentos que le pedían. Mientras los agentes los examinaban, el hombre les dio un fuerte empellón y desapareció corriendo entre las sombras de la noche. Los carabineros hicieron algunos disparos sin alcanzar al fugitivo.

La documentación que los agentes de la autoridad tenían en sus manos pertenecía a un español: Francisco Sabaté Llopart. Dentro del taxi encontraron una pistola automática.

Horas después, los agentes de aduanas se personaban en el *Mas Casenove Loubette*. En el registro que efectuaron en presencia de Leonor, la esposa de Sabaté, hallaron dos aparatos portátiles de T.S.H. (emisores y receptores) de marca norteamericana. Este material fue considerado como contrabando por la Administración de Aduanas. Este *contrabando* fue objeto de un arreglo posterior (14 de enero de 1949) entre el inculpado y la Administración y el asunto quedó solucionado.

Sin embargo, días después del primer registro, el 21 de mayo, la policía se presentaba en el *mas* de Sabaté para efectuar otro registro más meticuloso. En un cobertizo próximo a la vivienda encontraron un saco de yute con diversos cartuchos de materias explosivas, detonadores y bombas de mano.

Sabaté se encontraba entonces en España. Fue inculpado por tenencia ilícita de armas y explosivos y juzgado en rebeldía, por el Tribunal Correccional de Céret, el día 23 de noviembre de 1948. *El Quico* fue condenado a tres años de prisión y a une multa de 50 000 francos.

En España, el 12 de enero de 1949 fueron liberados varios compañeros que habían sido detenidos en mayo del año anterior. Entre ellos se encontraba Francisco Ballester Orovitg. Este, durante su encarcelamiento, había hecho un censo de los confederales detenidos, con las direcciones de sus respectivas familias y los abogados que habían intervenido en sus causas. El objeto de este trabajo era poder organizar eficazmente la ayuda material y la protección jurídica de los presos que, según Ballester había comprobado, no era muy brillante que digamos. Para realizar su proyecto se puso en contacto —por persona interpuesta— con Francisco Sabaté, a quien conocía perfectamente.

La idea de atender a los presos fue acogida por *el Quico* con viva simpatía, pues era uno de los problemas que más le habían preocupado siempre. Sabaté delegó a su hermano José —que ya se encontraba en Barcelona— para que, junto con Ballester, elaboraran un plan de trabajo razonable y de aplicación inmediata. Así se hizo y José y Ballester recurrieron incluso a un abogado para que se ocupara activamente de la asistencia jurídica. El grupo de Sabaté se comprometía —sin contar para nada con el delegado del M.L.E.— a sufragar todos los gastos que la ejecución del proyecto exigiera.

Como es natural, siempre que se trataba de dinero, los grupos de acción no podían recurrir a otras fuentes de ingresos que las que representaban las entidades bancarias.

José y Franciso, acompañados de José Pérez Pedrero, *Tragapanes*, y de otro compañero, planearon una operación Pro-Presos contra un banco próximo a Barcelona, el banco de Gavá, que *el Quico* conocía perfectamente por ser el que ya había atracado con éxito en 1935.

Si narramos este intento de atraco —pues no se llevó a cabo— es porque en la larga supervivencia del *Quico* a través de tantos años de acción constante y arriesgada, debida en gran parte a su arrojo y valor personal, también intervino lo que bien podemos llamar *suerte*, pero era una suerte derivada de la extrema prudencia que observaba siempre. Era valeroso pero no suicida.

Por cierto que este banco de Gavá había escapado a otra tentativa, proyectada anteriormente por *el Quico* y Francisco Ballester. Los dos amigos abandonaron la empresa porque a partir del 20 de enero de 1949 los establecimientos bancarios, debido a la gran cantidad de atracos a mano armada que estaban sufriendo, dis-

ponían de una pareja de la Policía Armada en la puerta. El riesgo era demasiado grande para dos hombres solos y desistieron.

El nuevo intento también fracasó pero por otras razones. José Sabaté y *Tragapanes* se habían apoderado de un coche, para realizar la operación, poco antes de la hora convenida para dar el atraco. José, que conocía la exactitud de su hermano cuando de citas se trataba, había dejado en libertad al propietario del vehículo robado, pues sabía que, aunque diera parte inmediatamente, tenían tiempo más que suficiente para llevar a cabo su plan.

Pero, esta vez, por circunstancias ajenas a su voluntad, *el Quico* y su amigo llegaron a Gavá, en un taxi, pero con bastante retraso. Cuando Francisco supo a qué hora el propietario del coche había sido soltado decidió dejar la cosa para otro día. ¡Buena ocurrencia tuvo! Cuando los cuatro amigos regresaban a Barcelona con el coche robado, éste dejó de funcionar después de haber recorrido unos centenares de metros. Todos los esfuerzos para hacerle arrancar fueron vanos.

Si la avería se hubiera producido después del atraco, quizá perseguidos, los cuatro amigos hubieran pasado sin duda un mal momento.

Ballester ignoraba que, desde su salida de la cárcel, era objeto de una tenaz pero discreta vigilancia. Este seguimiento permitió localizar a José Sabaté y la policía pretendía lograr identificar a todo el grupo o a varios grupos de acción. El plan policíaco fracasó debido a la prudencia de que ya hemos hablado y a la gran experiencia que tenían de la lucha clandestina: ninguno, por ejemplo, penetraba en su domicilio, ni en ninguna parte, sin verificar previamente con mucha atención que la casa no era objeto de vigilancia.

Así, pues, cuando la policía descubrió, siguiendo a Ballester, el domicilio de José Sabaté en la barriada de Sans, el interesado advirtió inmediatamente el peligro que le acechaba. De acuerdo con su hermano Francisco y José Pérez Pedrero, decidieron *dar una lección* a los polizontes y, convenientemente armados, se dirigieron a Sans, al encuentro de los agentes apostados.

Sin embargo, cuando llegaron a su destino José comprobó que los agentes que él había reconocido habían desaparecido. Pero los tres amigos vieron a dos señores desconocidos, bien trajeados, que paseaban por las inmediaciones ¿Habían relevado a los anteriores? Era posible. Cabía aclarar la cuestión. *Tragapanes* y José Sabaté, discretamente, se situaron de manera a poder hacer frente a cualquier eventualidad, mientras Francisco, resueltemente, se dirigió con naturalidad hacia los sospechosos paseantes. Cuando llegó junto a ellos, con la metralleta *Thompson* que llevaba preparada debajo de la gabardina, les encañonó pidiéndoles la documentación

Los dos hombres, sorprendidos, no se hicieron de rogar y enseñaron sus papeles que, por cierto, les acreditaban como corrientes ciudadanos: uno de ellos era farmacéutico y el otro algo parecido. Sabaté les conminó a abandonar el lugar advirtiéndoles que si volvía a echarles la vista encima en parecidas circunstancias no perdería el tiempo verificando papeles.

Los dos individuos podían ser lo que sus documentos acreditaban, pero lo más probable es que fueran policías encubiertos. De todos modos, la policía se enteró de esta sencilla operación y comprendió que el plan de vigilancia establecido alrededor de José había fracasado. Entonces la policía recurrió al abogado que Ballester había solicitado con el propósito de obtener algún detalle que pudiera orientarles. Pero el abogado no podía informarles de nada, pues al único que conocía era a Ballester. Los

polizontes, en fin, temerosos que hasta éste se les escapara, decidieron su detención inmediata. La Brigada Político Social se encargó de la operación y Ballester fue conducido a los calabozos de la Vía Layetana.

A Ballester le resultaba difícil negar su relación con el grupo de Sabaté, pues la policía podía reconstituir casi todos sus pasos desde que salió de la Cárcel Modelo. Lógicamente, querían que confesara la fecha y lugar de la próxima entrevista convenida con el grupo. Ballester no tenía escapatoria. Martirizado, les dijo que su próxima cita era para el día 26 de febrero, en la puerta del Cine América, sito en la Avenida del Marqués de Duero, número 121, a eso de las siete menos cuarto de la tarde, o bien, si se producía algún retraso por circunstancias fortuitas, en el número 91 de la misma avenida, que correspondía al Cine Condal.

Sin embargo, Ballester[1] utilizó una argucia que, como se verá, hizo fracasar la maniobra policíaca, que hubiera podido tener para el grupo de Sabaté trágicas consecuencias: Ballester declaró que esta vez su contacto con el grupo debía hacerse a través de Francisco Martínez Márquez (*Paco*), de quien la policía ya tenía referencias. Por otra parte, invirtió el orden de las citas. Pensando, pues, que se trataba de capturar a Francisco Martínez, se montó un dispositivo de importancia relativa, bastante menor del que se hubiera movilizado de saber que eran los hermanos Sabaté los que debían hacer acto de presencia.

Además, las fuerzas más importantes fueron concentradas en el Cine América, primer lugar de la cita

(1) Francisco Ballester, liberado, pasó posteriormente a Francia. A primeros de septiembre de 1957 perdió la vida en la catástrofe ferroviaria del tren exprés París-Nimes. Era un ferviente esperantista.

según Ballester, dirigidas por el propio Jefe de la Brigada, Pedro Polo Borreguero [1].

Precisamente, el grupo de Sabaté debía salir aquella misma noche hacia Martorell y, para no perder tiempo, decidieron ir juntos a la cita de Ballester, cuya detención, por supuesto, ignoraban.

Antes de la hora prevista, el agente Oswaldo Blanco Gregorio estaba apostado en la puerta del Cine Condal, mientras que el inspector Jesús Martínez Torrecilla [2] y el agente Alvaro Varela Guillén [3] se situaban, respectivamente, uno en la bocacalle cercana de Margarit y el otro en un garaje, en la parte opuesta de la calzada.

El grupo de Sabaté se acercaba al lugar de la cita: los dos hermanos delante, otros dos detrás, a corta distancia. Siempre atento y alerta, José reconoció, desde bastante lejos, a Oswaldo Blanco: era uno de los agentes que había visto cerca de su domicilio de Sans.

---

(1) Polo nació el 8 de septiembre de 1897. Ingresó en el Cuerpo el 24 de junio de 1921. Durante la Guerra Civil estuvo en la zona republicana como policía de la Generalidad y fue anteriormente compinche de Miguel Badía, el Jefe de Policía de Cataluña que, con la complicidad del Gobierno de la Generalidad, reeditó los horrores de Severiano Martínez Anido y del general Miguel Arlegui. Miguel Badía murió en un atentado el 28 de abril de 1935 en la calle Muntaner de Barcelona.
José peirats, en su libro **La C.N.T. en la Revolución Española** (Ed. C.N.T., Toulouse, 1952, Tomo II, Pág. 215) dice que Polo, durante la Guerra Civil, actuó en Francia bajo las órdenes de los agentes de contraespionaje franquistas.
Teminada la Guerra Civil, Polo sustituyó a Eduardo Quintela en el mando de la Brigada Político Social de Barcelona.

(2) Nacido el 17 de julio de 1908, ingresó en el Cuerpo el 1º de agosto de 1932.

(3) Nacido el 28 de agosto de 1919, ingresó en el Cuerpo el 12 de julio de 1943.

José advirtió inmediatamente a Francisco y ambos concertaron rápidamente un plan: entre ellos y el cine había un quiosco de periódicos que les servía de pantalla. Cada uno desembocaría por un lado del quiosco, caerían sobre el agente, lo desarmarían y le entregarían una tarjeta de felicitación para Polo.

José, impetuoso, se adelantó a su hermano. Oswaldo le reconoció inmediatemente y sin la menor vacilación empuñó la pistola. Francisco, que llegaba por el lado opuesto con su arma amartillada, al ver el peligro inminente que corría su hermano, disparó certeramente: Oswaldo se desplomó con un balazo en la cabeza.

El incidente coincidió con la salida del cine y no cabe describir el pánico que se produjo, máxime cuando el agente apostado frente al cine, al ver caer a su colega y a los hermanos Sabaté con las pistolas en la mano, atravesó la calzada y tumbado detrás de un montón de adoquines procedentes de la refección de la vía del tranvía, hizo algunos disparos insensatos que podían haber causado víctimas inocentes. La acera quedó despejada como por encanto y Sabaté, protegida la espalda por José, contestó a la pistola del guardia. Su tiro certero sacaba chispas de los adoquines y, aunque el agente estaba bien parapetado, logró alojarle una bala en un muslo y se acabó el tiroteo. A continuación recogieron la documentación, placa y pistola de Oswaldo [1] y se alejaron de allí antes de que llegaran refuerzos.

Cuando, más tarde, se reunieron con los otros dos del grupo, resultó que uno de ellos, que vivía en las inmediaciones, dijo que al producirse el jaleo se dio cuenta que no llevaba la pistola encima y... *había ido a buscarla.* El otro había tomado las de Villadiego.

---

(1) Tenía 27 años. Hacía cinco que había ingresado en el Cuerpo.

VIII

# TERROR EN BARCELONA

Fue a primeros de 1949 que José y Francisco entraron en contacto con otro grupo de acción —llamado de *los Maños*— que actuaba en Barcelona y cuyo responsable era el zaragozano Wenceslao Giménez Orive. Las circustancias del encuentro merecen ser relatadas.

El grupo de *los Maños* había decidido acabar con el Comisario Principal Eduardo Quintela y para ello había establecido una vigilancia permanente para determinar el momento más favorable para el atentado. Por su parte, el grupo de Sabaté preparaba la misma operación.

Quintela, cuando salía de la Jefatura de Policía, pasaba generalmente por la calle Marina para dirigirse a su domicilio. Fue en la calle Marina, pues, que los componentes del grupo de Sabaté y de *los Maños* se encontraron un día. Después de conversar se dieron cuenta que ambos perseguían el mismo objetivo.

Los dos grupos decidieron celebrar una reunión para comparar las diversas informaciones que separadamente

habían reunido. Todos los datos coincidían. Entre las dos menos cuarto de la tarde y las dos y diez minutos, Quintela subía —con pocas excepciones— por la calle Marina en un automóvil gris, con las insignias oficiales. Ambos grupos decidieron, pues, no perder más tiempo y fijaron lugar y fecha para el atentado: entre las calles Mallorca y Provenza, el día 2 de marzo de 1949.

Este día, por la mañana temprano, el grupo de *los Maños* salió en busca de un coche (que resultó ser un *Fiat* de un señor llegado de Lorca para realizar gestiones en Barcelona). Simón Gracia Fleringan se instaló en el volante y el sorprendido propietario fue obligado a sentarse detrás junto a Wenceslao. Acto seguido se dirigieron al encuentro del *Quico* que, por su parte, ya se había agenciado una camioneta cubierta. Con toda consideración, el señor del *Fiat* fue instalado, maniatado y amordazado, dentro de la camioneta, acompañado por los hermanos José y Francisco Sabaté y otro que llevaba el volante. José López Penedo, del grupo de Sabaté, se sentó al lado de *Wences* en el *Fiat* y cada vehículo, por caminos diferentes, se dirigió al lugar que de antemano habían convenido.

A las dos menos cuarto, en la calle Marina, a unos cien metros del templo de la Sagrada Familia, una camioneta estaba estacionada. Un hombre en el volante y otro, con un mono azul, inspeccionaba el motor, al parecer averiado. El mecánico, que parecía absorbido en su trabajo, observaba de reojo a un *señorito* que, con sombrero marrón, paseaba a unos 50 metros más abajo. El hombre de la cabina era José Sabaté y el del mono *el Quico*.

Poco más arriba, a unos 20 metros, se encontraba estacionado un turismo —el *Fiat*—, ocupado por tres

hombres, dos de ellos armados con metralletas *Sten*. El del volante era Simón; los otros dos, con las armas disimuladas pero listas para hacer fuego, eran José López Penedo y *Wences*.

A las dos menos cinco, exactamente, el hombre que paseaba por la acera se quitó el sombrero. En el recodo de la calle Marina se perfiló la silueta del coche esperado. *El Quico* sacó del motor de la camioneta un fusil ametrallador y, plantándose en medio de la calle con las piernas bien abiertas, disparó una larga ráfaga contra el coche que se le venía encima. El automóvil se detuvo como por milagro y por sus portezuelas salieron dos hombres que intentaron huir. En ese instante el *Fiat* conducido por Simón avanzó y las metralletas de sus ocupantes tendieron en el asfalto a los dos fugitivos. Sabaté, con el arma en la cadera, se acerco al coche agredido, miró las caras de las víctimas, en el vehículo no iba Eduardo Quintela... En su rostro se dibujó una expresión de desesperación. El atentado, tan meticulosamente preparado, había fracasado...

En lugar de Quintela y su escolta iban en el coche dos jerarcas falangistas: Manuel Piñol Ballester, Secretario del Frente de Juventudes del distrito universitario, y José Tella Bavoy, Jefe de deportes del mismo organismo. El primero y su chófer, Antonio Norte, fueron muertos; el segundo quedó levemente herido.

Estas víctimas salvaron al Comisario Principal Quintela, el único, por cierto, que podría aclarar la confusión. Un coche idéntico y a la misma hora pasaba casí todos los días, con él dentro, por el camino donde le esperaban los grupos de acción. ¿Fue casualidad o una medida de seguridad personal? ¿Sabía Quintela, o no lo sabía, que enviaba a esos hombres a la muerte? El misterio, como

decimos, está en Quintela y acaso lo revele el día de su última confesión [1].

La prensa falangista, al dictado de la policía, especuló con la muerte de esos *inocentes*. Hubo en verdad, confusión; pero las víctimas eran jerarcas del régimen que merecían cualquier calificativo salvo el de *inocentes*.

La actividad de la resistencia libertaria tuvo su más amplia repercusión en la vida barcelonesa a partir de la fecha en que se efectuó el atentado de la calle Marina.

Tanto en la capital como en la provincia imperaba el desconcierto policíaco. En Barcelona, sobre todo, parecía vivirse en pleno estado de guerra: al margen de los registros domiciliarios, la fuerza pública disolvía sistemáticamente los grupos de transeúntes y hasta los espectáculos nocturnos quedaron automáticamente suprimidos, pues, a partir de las ocho de la noche, sólo circulaban por las calles las múltiples patrullas de Policía Armada.

La Brigada Social, impotente para garantizar el orden en la ciudad, recurrió a la Brigada Criminal, impuso la movilización de la Guardia Urbana y, hasta de Madrid, la Dirección General de Seguridad envió considerables refuerzos. Durante una temporada, las patrullas armadas utilizaron cincuenta taxis con agentes

---

(1) Tomás Gil Llamas, que estuvo al frente de la Brigada de Investigación Criminal de Barcelona durante siete años (1946-1953), en su libro **La Ley contra el crimen** (Imprenta Pulcra, Barcelona, 1956), dice: «El vehículo de los infortunados falangistas era idéntico al que solía usar el Comisario, y la confusión les acarreó la muerte».

de policía en su interior que se paseaban con la bandera levantada, o sea indicando *libre*. Todo ciudadano que tomaba un coche de punto era conducido a Jefatura, encuadrado por los guardias, para ser sometido a la correspondiente verificación de identidad. Esta medida tendía particularmente a impedir que los grupos resistentes pudieran utilizar —como acostumbraban— ese medio de locomoción. El nerviosismo era tal que se produjeron lamentables incidentes, pues los policías, excitados, dispararon alguna vez contra apacibles ciudadanos *sospechosos* cuando llevaban la mano al bolsillo para sacar la documentación que les pedían. Incluso los autobuses, de vez en cuando, era tomados por asalto por patrullas de cinco policías que, pistola en mano, cacheaban a los pasajeros.

En esos días, el jefe superior de policía de Barcelona recibió un anónimo en el que, además de amenazarle de muerte, se le comunicaba que la Jefatura sería volada. El jerarca se tomó la cosa tan en serio y consideró la cosa tan posible que reforzó su protección e hizo montar inclusive una guardia permanente en las cloacas próximas al edificio de la vía Layetana[1]. La circulación, en ese lugar, estaba terminantemente prohibida a menos de

(1) Cabe señalar que la amenaza era digna de ser tomada en consideración. La señal del movimiento revolucionario del 8 de enero de 1933, en Barcelona, debía ser la voladura de la Jefatura Superior de Policía en la vía Layetana y del Gobierno Civil en la plaza de Palacio. Por las cloacas de la ciudad los grupos anarquistas colocaron en ambos edificios cargas de dinamita de unos 90 kg. La carga del Gobierno Civil falló pero la de Jefatura estalló. Si no se derrumbó el edificio como estaba previsto fue porque el tamaño del artefacto, preparado de antemano, no permitió aproximarlo lo suficiente a los cimientos. Véase el libro de Ricardo Sanz: **El Sindicalismo y la Política - Los «Solidarios» y «Nosotros»**. Ed. del autor. 82-Golfech (Francia), 1966.

50 metros de la sede policíaca, cuyos agentes tenían órdenes de disparar contra cualquier vehículo sospechoso que intentara infringir la consigna. En otros lugares de la ciudad el tráfico era interrumpido con frecuencia convirtiendo la vía pública en recinto asediado donde todos los vecinos eran cacheados.

Para impedir, en fin, la voladura de la Jefatura, concentraron en sus calabozos a infinidad de detenidos antifascistas. El Jefe superior, durante todo el tiempo que duró la alarma —varias semanas— hacía vida permanente en la Jefatura. Algunos comisarios e inspectores imitaron la prudencia de su jefe y se daba el caso de que, cuando salían de servicio, se abrazaban y despedían como si las posibilidades de volver con vida fueran mínimas. Fue un período de pánico y de real desconcierto.

El día 9 de marzo de 1949, a las dos de la madrugada, dos taxis se detuvieron cerca del número 40 de la calle del General Sanjurjo, en la Torrasa.

Cuatro policías de la Comisaría de Hospitalet de Llobregat, entre ellos el agente de tercera clase Antonio Juárez, acompañados de dos parejas de Policía Armada, descendieron de los vehículos y, después de cambiar unas palabras con el vigilante nocturno —que se sumó al grupo— se distribuyeron como si se tratara de asaltar una fortaleza: dos números de la Policía Armada y el sereno en la puerta de la casa; otra pareja en la parte posterior del edificio. Los cuatro agentes penetraron silenciosamente en el portal y subieron al primer piso; llamaron a la puerta.

Allí vivía un ferroviario, Angel Hernández Rodríguez, que, por cierto, en aquellos momentos estaba trabajando.

Las fuerzas movilizadas y la hora nocturna del servicio evidenciaban que no se trataba de uno de los múltiples y rutinarios allanamientos de morada, sino una operación especial con un propósito bien determinado. La policía había logrado saber que en la casa se albergaban algunos resistentes.

Fue la esposa del ferroviario, Manuela Valerio Ramos, la que acudió a la llamada.

—*¿Quién es?*

—*Un telegrama* —respondió uno de los agentes.

La mujer abrió la puerta sin desconfianza y quedó deslumbrada por la linterna que esgrimía el policía, mientras sentía el desagradable contacto de las pistolas aplicadas contra su pecho.

—*¡Policía! ¿Quién duerme en esta casa?*

—*Dos hombres* —contestó la mujer asustada.

—*¿Dónde?*

La mujer indicó con la mano la primera habitación del pasillo. Los cuatro policías penetraron pistola en mano.

Aunque la breve conversación se había mantenido en voz baja, la llamada había despertado a José Sabaté, que dormía en la habitación indicada. Por la puerta ligeramente entreabierta José había presenciado toda la escena. Al ver, pues, avanzar a los agentes hacia su cuarto, por el resquicio de la puerta disparó su pistola: Antonio Juárez, que iba delante, se desplomó con un balazo en la cabeza.

Los otros tres policías se tiraron al suelo y a rastras salieron al rellano de la escalera. Sabaté y José López Penedo —que dormía en la habitación contigua— aprovecharon la oportunidad para trasladarse al comedor que, en el fondo del pasillo, dominaba la puerta de

entrada. Se parapetaron con la mesa del comedor y se dispusieron a vender caras sus vidas con la escasa munición que poseían.

Desde la escalera, sin ofrecer blanco a los dos hombres parapetados, los agentes abrieron nutrido fuego contra el comedor. Sabaté fue alcanzado por una bala que le entró por el pecho y le salió por la espalda, cerca del hombro derecho. Los dos luchadores, comprendieron que toda resistencia sería inútil. Debían abandonar el lugar antes de que llegaran refuerzos importantes que, por experiencia, sabían que no tardarían mucho.

Tal como estaban, en calzoncillos, los dos hombres saltaron por una ventana que daba a la calle.

La pareja que vigilaba este sector se había alejado un poco al oir los disparos, pero no tan lejos como para no ver a las dos sombras que se daban a la fuga. Inmediatamento dieron la alerta y salieron en su persecución. Una ráfaga de subfusil alcanzó a José Penedo que cayó al suelo con un pulmón atravesado. José Sabaté, aunque herido, intento ayudar a su compañero. La herida de López era grave y ni ayudado pudo incorporarse.

—*¡Corre, Pepe! ¡Sálvate tú... yo ya tengo mi cuenta!*

Sabaté, impotente para ayudar a su amigo, huyó entre el zumbido de las balas. López[1] fue capturado sin conocimiento. Trasladado inmediatamente a la Cruz Roja de Coll Blanc, sita en la calle del Progreso —así como uno de los chóferes, con herida leve de bala—, se le practicó una cura de urgencia. López pasó a continuación al Hospital Militar, donde fue objeto de varias interven-

---

(1) José López Penedo, oriundo de Orense, compareció ante un Consejo de Guerra el 16 de noviembre de 1949. Condenado a muerte, fue ejecutado en Barcelona el día 7 de febrero de 1950.

ciones quirúrgicas y, aun en estado grave, fue llevado a la Jefatura Superior de Policía para ser interrogado. Fue ahí donde Penedo tuvo la satisfacción de saber que José Sabaté había logrado salvarse.

José Sabaté conocía perfectamente la zona y consiguió, aunque malherido, despistar a sus perseguidores. Con gran esfuerzo pudo llegar a una fábrica de ladrillos bastante alejada del lugar de la refriega. Allí encontró a dos serenos que conversaban con el vigilante nocturno de la fábrica. Bajo la amenaza de su pistola —por cierto descargada, pues se le había agotado la munición—, se hizo entregar una chaqueta y un pantalón.

La aparición de un hombre casi desnudo, ensangrentado y armado paralizó a los tres hombres. Sin hacerse de rogar le entregaron las prendas solicitadas, cosa que, dicho sea de paso, había de costarles más tarde amargos sinsabores.

Sabaté desgarró una camisa y con la ayuda de uno de los serenos se hizo un vendaje provisional para cortar la hemorragia. Luego se dirigió al río Llobregat y, sacando fuerzas de flaqueza, lo atravesó nadando a la india. Luego, a campo traviesa, temeroso a cada instante de perder el sentido, consiguió llegar a una casa conocida, situada a unos ocho kilómetros del lugar del combate, que sabía podía ofrecerle refugio momentáneo.

Mientras José luchaba desesperadamente por su vida, su hermano Francisco recorría sin descanso, despreciando el peligro, todos los lugares susceptibles de haber servido de refugio a José. *El Quico* sentía verdadera veneración por su hermano, que reunía a su valor físico una capacidad intelectual que Francisco admiraba. Los dos hombres se habían entendido siempre a maravilla, pues esta-

ban totalmente identificados tanto en el orden de las ideas como de la acción. Ambos se completaban estupendamente. Los esfuerzos del *Quico* no fueron vanos, pues, al cabo de 48 horas de angustia, logró dar con su paradero.

La casa de Manuela Valerio Ramos fue minuciosamente registrada y la buena mujer sometida a un duro interrogatorio. En el registro la policía descubrió la lista de presos y familiares que Francisco Ballester Orovitg había confeccionado durante su paso por la Cárcel Modelo y que posteriormente había entregado a José Sabaté. Como que la operación de la Torrasa se había saldado con un semifracaso: la escapatoria de José y la muerte de un agente, el furor de los capitostes de la Vía Layetana era considerable y deseaban realizar un servicio que pudiera justificarles. Al examinar minuciosamente la lista de los presos advirtieron que, de todos los mencionados, uno de ellos había sido liberado recientemente. Con su mentalidad de asesinos decidieron vengar la muerte del agente Antonio Juárez en ese compañero que nada tenía que ver con el caso.

El día 11 de marzo de 1949, de madrugada, los viles uniformados llamaban en el número 4 de la calle de la Torre, barrio de San Gervasio, y una vez identificada la persona que abrió la puerta, dispararon las pistolas a bocajarro. Allí quedó tendido, delante de su mujer e hijos que acudieron despavoridos al ruido de las pistolas, Miguel Barba Moncayo [1]. Se trataba de un antiguo mili-

---

(1) Este infortunado compañero tenía unos 50 años de edad. Condenado a muerte después de la victoria franquista, su pena fue conmutada y salió en libertad después de siete años de encierro. En el mes de agosto de 1947 había sido detenido nuevamente con otros compañeros jóvenes. Apenas vuelto a su hogar, el odio fascista segaba su vida de la menera más vil.

tante, conocido en la resistencia con el apodo de *Reyes*, muy popular —aunque habitara en San Gervasio— en la barriada de Gracia.

Por otra parte, con las declaraciones de Manuela Valerio, que tuvo que decir que los hombres le habían sido presentados por un vecino de Hospitalet de Llobregat, lindante con la Torrasa, la policía se incautó, en el domicilio de las personas señaladas, de varias armas y de gran cantidad de propaganda antifranquista.

La herida de José exigía un tratamiento rápido por persona competente. La cura de urgencia que le hizo Francisco con su botiquín de campaña no bastaba. Era preciso encontrar un médico que le atendiera. Sin muchas cavilaciones, *el Quico* se encaminó resueltamente a una clínica, donde conocía a uno de los doctores por referencias. Indicó el nombre del médico a la enfermera señalando que tenía que transmitirle un encargo urgente.

—*Si no le ha dado cita no le podrá* recibir —contestó la enfermera.

—*Si, ya sé... pero esa formalidad huelga en mi caso* —insistió Francisco—. *Dígale que vengo de parte del doctor X* (aquí el nombre de otro médico conocido) *y que se trata de un asunto muy importante, inaplazable.*

Sabaté fue introducido casi instantáneamente.

—*¿Qué desea usted?*

—*Un resistente ha sido herido por la policía. Prepare inmediatamente todo lo necesario para curarle y sígame* —dijo firmemente *el Quico.*

—*No tengo ningún inconveniente en acompañarle* —dijo el doctor sin inmutarse—, *pero debo advertirle, pensando en el herido, que comete usted una impru-*

*dencia que puede serle fatal. Yo soy cirujano, efectivamente, pero mi especialidad son las hernias o apendicitis, para otras operaciones no soy el más indicado.*

Los argumentos del doctor hicieron vacilar la convicción de Sabaté y terminaron convenciéndole.

*—Está bien, de acuerdo. Olvide que he venido a verle. Será lo mejor para todos, hasta para usted... Perdone la molestia.*

Francisco recordó entonces que Pedro Adrover Font *(el Yayo)* conocía a un médico, antifascista, humanitario a carta cabal y que nunca se había negado a esta clase de servicios.

Después de algunas gestiones infructuosas para encontrar al *Yayo, el Quico* consiguió localizarle y obtener la dirección deseada.

El doctor, dispuesto una vez más a aportar su ciencia a la causa del antifascismo español, acompañó a Francisco Sabaté hasta el lugar donde yacía el herido. El diagnóstico fue bueno: el proyectil había atravesado el cuerpo sin tocar ningún órgano vital. Si no se presentaban complicaciones —y félizmente la herida no presentaba el menor síntoma de infección— José se restablecería rápidamente. El doctor, después de hacer una cura meticulosa, regresó a Barcelona.

Sabaté había resuelto el problema más importante, la asistencia médica a José, pero quedaba pendiente la cuestión de seguridad, pues donde se encontraba el herido no ofrecía garantías para una estancia algo prolongada. *El Quico* decidió trasladarle sin demora donde pudiera restablecerse con toda tranquilidad.

Para llevar a cabo su plan, *el Quico* se dirigió a la finca de un campesino que sabía tenía una tartana y, sin mayores explicaciones le dijo:

*—Necesito tu carro, me es indispensable. Toma lo que vale. Si lo pierdo te compras otro y dices que te lo han robado.*

Francisco entregó al propietario de la tartana 40 000 pesetas.

Con José en el coche de dos ruedas, Francisco se dirigió hacia San Boy, donde, después de abandonar vehículo y caballo, hizo ver que salía del manicomio del pueblo —para que no causara sospechas el mal semblante de su hermano—, tomó un taxi y se hizo conducir a Martorell.

Había llegado a una base donde Francisco consideraba no tenía nada que temer y que se ajustaba a las necesidades de la hora, pero...

Apenas instalados en su nuevo refugio, los Sabaté se enteraron —por pura casualidad— de que la policía había ocupado el mismo día otro domicilio de Martorell en el cual habían montado un servicio de vigilancia permanente en espera de que por allí acudiera alguno de los dos hermanos. La policía estaba tendiendo una tupida red alrededor de los dos hombres y no descuidaba la menor posibilidad.

En la casa invadida por los agentes de la autoridad había un niño rollón que lloraba sin parar y una niña de unos 10 años. Los policías, impacientes y nerviosos por el trabajo que se les había encomendado, pues pocos iban alegremente a la captura de los hermanos Sabaté, tenían los nervios de punta por el insistente berrear del roro. Uno de los agentes, que había agotado la paciencia, se dirigió a la madre de la criatura entre gritos e imprecaciones:

*—¡Ya estoy hasta la coronilla! ¡Haga callar a ese chico, rediós!*

—*Eso se dice pronto* —replicó la buena mujer—. *Es la hora del biberón y no tengo en casa una gota de leche. Déjenme que baje a por ella... o permitan al menos que vaya la niña a buscarla.*

Los agentes no querían que saliera nadie de la casa pues temían —con justa razón— que corriera la noticia y les fallara la trampa tendida. Los gritos de hambre del pequeñuelo hicieron infringir la consigna: accedieron a que la niña fuera a comprar la leche, pero acompañada de un agente.

El angel guardián, por vergüenza o para que no se viera que escoltaba a la chiquilla, dejó que entrara sola en la lechería y él se quedó en la puerta. Lo primero que hizo la pequeña al llegar al mostrador fue decir:

—*¿Sabe Ud?... tenemos la casa llena de policías..*

Era suficiente. Al poco rato Francisco estaba informado del caso y justificadamente intranquilo. Pensó, lógicamente, que alguien había denunciado la casa a la policía y que los guardias, de hilo en ovillo, quizá llegarían a donde ellos estaban. Pero José se encontraba todavía muy débil, pues había perdido mucha sangre, y su traslado, con los polizontes al acecho, no dejaba de presentar serias dificultades. ¿Qué hacer?

Después de reflexionar detenidamente sobre el problema, *el Quico* juzgó que no convenía precipitar la evacuación y que más valía preparar inmediatamente todo lo necesario para escapar con las mayores probabilidades de éxito.

Sabaté recogió todo el material de compromiso que guardaba en la casa, lo metió en un saco, y disfrazado de payés salió con el bulto al hombro hacia Barcelona.

En la Ciudad Condal se entrevistó con algunos compañeros y juntos trazaron un plan de campaña. La idea consistió en armar un lío entre policías de Barcelona

y autoridades locales y aprovechar la diversión para poner a salvo a José.

Sabaté conocía en Martorell a un antiguo militante obrero que, adaptado a la situación, se había convertido en una figurilla municipal. Hombre prudente, se aplicaba aquello de *hoy por ti, mañana por mí,* y en realidad no estaba a mal con nadie, la cosa venía de perilla.

Siguiendo las instrucciones de Sabaté, un amigo fue a visitarle como quien no quiere la cosa:

—*Oye... parece que la casa de Fulano está llena de policías ¿Ha pasado algo?...*

—*Pues, no sé nada... Me parece increíble. Ahora mismo voy a informarme al cuartelillo.*

La Guardia Civil tampoco estaba enterada del asunto. La Benemérita consideró que la actuación de los policías representaba una intolerable intromisión y una usurpación de autoridad. ¿Con qué derecho la policía forastera intervenía en el pueblo sin informar de ello a las autoridades competentes? Se imponía clarificar la situación.

El ex militante y neofalangista, imbuído de su importancia, acompañado de una pareja de la Guardia Civil, se dirigió a la casa ocupada por la policía barcelonesa. Cierta era la cosa. Invocó su autoridad y se armó una disputa guiñolesca.

Mientras todo el mundo discutía en la casa prerrogativas, extralimitaciones, abusos y otras hierbas, *el Quico,* secundado por Francisco Martínez (*Paco*), Santiago Amir Gruañas (*el Sheriff*) y otro compañero, hicieron subir a José en un automóvil y lo trasladaron a Abrera.

José, sin más percances, pudo restablecerse y logró poco después llegar a Francia acompañado por el guía *Catalá* y otro compañero de Manresa. A últimos de abril llegó a Toulouse y, durante cierto tiempo, se consagró al trabajo orgánico de su Regional de origen, de la cual era Secretario.

Después de poner a salvo a José Sabaté, todo el grupo volvió a Barcelona, excepto el compañero que les ayudó en la evacuación y cuyo nombre no hemos mencionado que se marchó a Manresa después de quedar citado con *el Quico,* para un día próximo, en la calle Tallers, cerca de la Plaza de la Universidad.

El día de la cita, *el Quico,* como medida de prudencia, pasó previamente con un taxi por el lugar convenido y observó gran despliegue de policías. No quedaba duda: su compañero había sido detenido y los secuaces de Polo y Quintela conocían el lugar de la cita. Efectivamente, así era, el muchacho había sido aprehendido en las escaleras del tren metropolitano de la Plaza Cataluña. La policía no cejaba en su empeño de liquidar al grupo de Sabaté.

En el mes de mayo de 1949 llegaba a Barcelona, procedente de Francia, otro grupo de acción compuesto de luchadores aguerridos: José Lluis Facerías *(Face),* Enrique Martínez Marín (*el Quique*), Guillermo Ganuza Navarro y Antonio Franquesa Funoll *(el Toni),* este último militante del *Partido Obrero de Unificación Marxista* (P.O.U.M.)[2] y guía experimentado, pero que generalmente actuaba con los grupos libertarios.

---

(1) Este muchacho fue condenado a muerte el 16 de diciembre de 1949, pero vio su pena conmutada por la de 30 años de cárcel. Algunos compañeros de los grupos de acción —e incluso Sabaté—, sospecharon que podía ser él quien colaboró para que se publicara un libro infecto contra sus compañeros de lucha, **Habla mi conciencia,** firmado con el nombre poco comprometedor de José Francisco, Ed. ALAS, Barcelona, 1956.

(2) El P.O.U.M. se fundó en septiembre de 1935 con la fusión del **Bloque Obrero y Campesino** (B.O.C.) y la **Izquierda Comunista,** organizaciones que se habían creado con militantes disidentes del **Partido Comunista de España** y de la **III** Internacional.

La llegada —y partida— del grupo no había escapado a los vigilantes y bien organizados servicios de información franquistas y uno de sus componentes, Ganuza, fue casi inmediatamente localizado. El día 14 de mayo las fuerzas represivas se presentaban en el domicilio donde pernoctaba Ganuza, en San Lorenzo Savall, del partido judicial de Tarrasa, provincia de Barcelona, con la intención de capturarle e interrogarle. Serían las once de la noche. Ganuza no obedeció a las intimaciones policíacas y se defendió a tiro limpio. Cercado el lugar con gran alarde de fuerzas, los policías lograron penetrar en la casa a las cuatro de la mañana, una vez que cesó toda resistencia. Sólo tuvieron la satisfacción de llevarse el cadaver de Ganuza[1].

Cuando se produjo este lamentable suceso, Facerías estaba en Barcelona, donde había establecido contacto con otros compañeros de los grupos de acción: Francisco Sabaté, Pedro Adrover, *Paco*, etc.

Por aquel entonces se había discutido el «caso español» en la ONU y algunos países sudamericanos —Bolivia, Perú, Brasil y Colombia— habían propuesto, con la aprobación de la Comisión Política, que fuera anulada la recomendación acordada en diciembre de 1946 par que los Estados miembros prescindiesen de acreditar en Madrid Embajadores o Ministros plenipotenciarios.

Cabe señalar que el mantenimiento o no de tal recomendación, que es lo que se debatía en las Naciones Unidas, no tenía prácticamente la menor importancia, pues desde el primer día fue desacatada por todos

---

(1) Ganuza, al terminar la Guerra Civil se había quedado en España. Sufrió varias detenciones y salió en libertad en agosto de 1948, fecha en que se incorporó al grupo de Facerías y con él pasó a Francia.

aquellos que lo consideraron conveniente. Más aún, la República Argentina, que no tenía Embajador en Madrid, se apresuró a enviarlo apenas la Asamblea recomendó que no los hubiera.

Después, so pretexto que la recomendación no fue ratificada en 1947, otros países nombraron Embajadores o Ministros plenipotenciarios cerca de Franco, y, si las grandes potencias no tenían en Madrid representantes oficiales, encomendaban las mismas misiones a Encargados de Negocios, que era exactamente lo mismo.

Sin embargo, dado que en el exilio se vivía pendiente de las resoluciones de la Asamblea, los resistentes libertarios quisieron hacer un acto de protesta que tuviera tanta repercusión en el extranjero como los propios debates de la ONU.

Algunos compañeros pensaron que, para hacer ruido, nada tan indicado como los petardos, y como blanco eligieron los Consulados de Bolivia, Perú y Brasil.

Para ello se distribueron en dos grupos: Facerías, Adrover y un tercero se encargarían de colocar una bomba en el Consulado General de Bolivia, calle Gerona nº 148; *el Quico, Paco* y un tercero se ocuparían de colocar los explosivos en los Consulados del Perú —calle Muntaner nº 273— y de Brasil —Rambla de Cataluña nº 88.

El día 15 de mayo, como previsto, se realizó la operación. Unicamente tuvieron incidentes, de menor importancia, en el Consulado brasileño, donde, al detener y desarmar al vigilante de turno, la pistola del mismo se disparó accidentalmente ocasionando la alerta en el lugar. Al producirse el intempestivo disparo, era casi medianoche, Sabaté retiró el fulminante de retardo de la bomba y lo sustituyó por una mecha corta para que estallara a los pocos segundos, antes de que acudiera gente y el artefacto pudiera causar alguna víctima

inocente. Al operar con precipitación, montó la mecha defectuosamente y la bomba falló. El consul brasileño, Noveras Portes, se salvó del susto.

En cambio, las otras dos bombas salieron bien. En el Consulado de Bolivia se colocó en la puerta principal; en el del Perú, Sabaté la colocó en el balcón sirviéndose de una caña de pescar. En fin, era aproximadamente la una cuando las *bombas consulares* estallaron. Los dos representantes de los gobiernos amigos de Franco: José María Puigcerver (de Bolivia) y Octavio Cabero de San Miguel (del Perú) sólo sufrieron, dado la avanzado de la hora, el sobresalto de un brusco despertar. Los edificios recibieron algunos daños materiales pero de poca consideración, era lo que se deseaba. Quiso hacerse una manifestacion *explosiva* y explosiva fue.

El general de generales, el generalísimo Francisco Franco, llegó a Barcelona el día 30 del mismo mes. Resulta inútil mencionar las precauciones extraordinarias que los servicios de seguridad tomaron en tal circunstancia. Pedro Adrover, *el Yayo,* con el propósito de que el *Caudillo* de España oyera también el estampido de las bombas, quiso colocar una carga explosiva en el Banco Español de Crédito sito en la Plaza de Cataluña. Sorprendido por una patrulla tuvo que huir, pero llevaba encima la bomba cebada con un fulminante de retardo que debía provocar la explosión al poco tiempo. Adrover se vio obligado a depositar el artefacto debajo de un banco de los jardines de la mencionada plaza y los vecinos fueron despertados a las seis y media de la mañana por un enorme estampido.

El viernes, día 3 de abril, estallaba otra bomba en el claustro de la Catedral, sin causar víctimas pero sí un pánico indescriptible.

Todos estos fuegos artificiales —que los comunistas denunciaron como una provocación falangista— provo-

caron la destitución fulminante del jefe superior de policía de Barcelona, Manuel Chinchilla, que dejó el puesto a José Albert Rodríguez.

Mientras los grupos de la guerrilla urbana seguían incansablemente su acción en Barcelona, el *Movimiento Libertario* perdía a uno de sus más abnegados luchadores: Francisco Denís, conocido por todos como *Catalá*. Este había pasado por enésima vez la frontera franco-española el 29 de mayo de 1949. Detenido cerca de Gironella, cuando se dirigía a Manresa en misión orgánica, absorbió una cápsula de cianuro que ya llevaba preparada para tal eventualidad. Catalá murió el 3 de junio de 1949, día de luto para los grupos libertarios [1].

En los primeros días de junio de 1949 Francisco Sabaté había regresado a Francia para pasar unos días al lado de su familia, en la casa de campo próxima a la frontera.

Pero *el Quico*, como sabemos, había sido condenado, en rebeldía, a una pena de cárcel. Así, el sábado 4 de junio los gendarmes se presentaban en el *Mas Casenove Loubette*. Mientras Leonor habría la puerta, Sabaté se deslizaba por una trampa que comunicaba directamente con el establo, desde donde —después de oir los pasos de los visitantes en la habitación superior— salía huyendo a campo traviesa. Pero los gendarmes no habían realizado una misión de rutina. Sabían que *el Quico* estaba en su casa y habían adoptado precauciones para

(1) Oriundo de León, Catalá fue, durante la Guerra Civil, Comisario del 2º Batallón de la 121 Brigada Mixta. Guía consumado, ejercía constantes misiones de enlace entre Francia y España desde 1943.

capturarle. El caserío estaba cercado. Cuando Sabaté salió corriendo a campo traviesa, los gendarmes hicieron unos disparos de intimidación y lanzaron los perros en su persecución. Los canes dieron pronto alcance a Sabaté y le inmovilizaron después de plantar sus colmillos en las pantorrillas del fugitivo.

Detenido, *el Quico* hizo oposición al juicio. Vista la causa el 28 de junio, Sabaté fue condenado solamente a dos meses de cárcel. Pero el Tribunal de Apelación de Montpellier, el 6 de octubre del mismo año, transformaba la sentencia en seis meses de cárcel y cinco años de residencia prohibida. *El Quico* fue encerrado en la prisión de Montpellier, donde estuvo más de la cuenta —cerca de un año—, por razones que expondremos a continuación.

Este fue el primer *crimen* que Sabaté purgó en Francia —tenencia ilícita de armas y explosivos—, condena que la prensa franquista explotó ampliamente.

Pero... ¿por qué Sabaté purgó más pena de la que había sido condenado?

En páginas anteriores señalamos un atraco perpetrado por unos desconocidos contra la fábrica Rhone Poulenc, en Peage de Roussillon, el 7 de mayo de 1948. Pues bien, Sabaté fue inculpado, y para que lo fuera las autoridades españolas intervinieron de una manera activa.

Carlos Vidal, propietario legal del coche con el que se efectuó el frustado atraco de Lyón, fue detenido en Barcelona. Interrogado en junio de 1949 por exhorto, declaró que el vehículo matriculado a su nombre pertenecía en realidad a un tal Francisco Sabaté Llopart y que éste, el 3 de mayo de 1948, le había encargado que condujera el coche a Perpiñán, cosa que hizo, y que luego le pidió que con el mismo vehículo fuera a Lyón, a lo cual se negó.

Estas declaraciones fueron, pues, las que provocaron la inculpación de Sabaté, ya detenido en Montpellier como hemos visto.

Por otra parte, la policía francesa descubrió que *el Quico* había enviado un telegrama a su esposa el 19 de abril de 1948 —menos de un mes antes del atraco— desde la oficina de correos de Saint-Fonts, Ródano, que demostraba la presencia de Sabaté en la región del atraco poco tiempo antes del mismo.

El garajista de Tolón, vendedor del automóvil, reconoció formalmente a Sabaté como la persona que acompañaba a Vidal durante la compra del vehículo y afirmó que fue *el Quico* quien abonó el importe.

En fin, entre los objetos encontrados en el lugar del hecho figuraban tres boinas que la policía envió al laboratorio. Los especialistas, después de analizar los cabellos que encontraron en ellas dictaminaron «que existía una probabilidad muy próxima de la certitud» de que Sabaté hubiera llevado una de dichas prendas.

No obstante, el 26 de julio de 1950 se dictaba un auto de sobreseimiento en favor de Sabaté fundamentado en la insuficiencia de pruebas. Era permitido creer que, con esta decisión de la justicia, Sabaté liquidaba su litigio en territorio galo. Esperanzas mal fundadas por cierto, pues el caso de Peage de Roussillon le persiguió hasta la muerte.

IX

# EXTERMINIO

Fue durante el encarcelamiento de Francisco Sabaté en Francia cuando se produjeron en Barcelona los acontecimientos más trágicos de toda la resistencia, con la exterminación de los combatientes más valiosos.

Enumeraremos brevemente las pérdidas más sobresalientes de dicho período.

El 26 de agosto de 1949 el grupo de Facerías libraba combate contra la Guardia Civil cerca de la frontera francesa. En la escaramuza perdieron la vida Celedonio García Casino[1] y Enrique Martínez Marín[2]. Antonio Franquesa[3] resultó herido por una ráfaga que le fracturó

---

(1) **Celes,** como así le llamaban sus amigos, había nacido en Barcelona el 25 de diciembre de 1922.

(2) **El Quique** había nacido en Barcelona el 14 de abril de 1927.

(3) Franquesa nació en Vich en 1920. Posteriormente murió en otro combate contra la Guardia Civil, el 19 de abril de 1950.

el brazo izquierdo y le atravesó el pecho y la mejilla izquierda, pero logró salvarse con la ayuda de Facerías que resultó indemne.

También cerca de la frontera, a primeros de octubre eran asesinados, mientras efectuaban un alto a menos de 200 metros de la línea, Cecilio Galdós, conocido militante montañés, comandante, antes de la movilización, de uno de los batallones confederales santanderinos, miembro en la clandestinidad del Comité Peninsular de la F.A.I.; Carlos Cuevas, enlace de la resistencia y Oltra, militante valenciano.

En Barcelona, el día 14 de octubre, los agentes de la Brigada Político Social, después de haber efectuado numerosas detenciones, conseguían localizar al joven libertario aragonés Luciano Alpuente, conocido por *Madurga,* y le cosían a balazos en plena calle.

El 17, después de localizar un depósito de armas que se hallaba en un cañizar del río Llobregat, próximo a la carretera del Prat, la policía instaló un importante servicio de vigilancia. Un grupo de acción que acudió para abastecerse tuvo que librar una furiosa batalla con los guardias. Los compañeros lograron abrirse paso con granadas de mano y escapar, sólo uno de ellos resultó herido en una pierna.

La policía había logrado obtener múltiples indicaciones. Supo que ese mismo día 17, a las siete y media de la tarde, José Sabaté tenía cita con algunos compañeros en determinado lugar de la calle Trafalgar, en Barcelona. La ocasión era propicia para intentar acabar con uno de los más significados combatientes libertarios. Para ello montó un gigantesco servicio a todo lo largo de la calle citada y hasta el Arco del Triunfo.

Había pasado la hora prevista. Los agentes pensaban ya que la *información* recibida era falsa. Desgraciada-

mente, no era así. A las ocho menos diez, José Sabaté se encontraba en la parada del tranvía 42, en la calle del Bruch, esquina a Trafalgar. Su identificación fue inmediata, pero también la de los policías por parte de José. Este, sin titubear, en cuanto vio a los agentes sacó la pistola y disparó contra ellos. Aprovechando el efecto de la sorpresa, salió corriendo por la calle de Trafalgar abajo.

José conocía sobradamente los métodos de la policía para pensar que ese encuentro no tenía nada de accidental y que sin duda había penetrado en una trampa meticulosamente preparada. De ahí, pues, que, mientras huía, vigilara atentamente cualquier movimiento sospechoso que pudiera producirse en la calle. Al final de ésta, entre el callejón que conduce al pasaje de San Benito y el Salón Victor Pradera, se encontraban apostados dos polizontes: Miguel Morán Astigarra[1] y Luis García Dagas[2]. Estos, al ver llegar al fugitivo, echaron mano a las pistolas, pero José Sabaté disparó el primero y el sabueso García Dagas se desplomó con un balazo entre las cejas. Otros agentes, apostados a corta distancia, hicieron fuego graneado contra José hiriéndole gravemente. Malherido, José siguió disparando certeramente su pistola y logró herir a otros dos agentes. La combatividad de éstos disminuyó un tanto al ver la frecuencia con que las balas de José daban en el blanco.

---

(1) Nació el 27 de febrero de 1906. Ingresó en el Cuerpo el 29 de noviembre de 1934.

(2) Nació el 27 de mayo de 1917. Ingresó en el Cuerpo el 1º de julio de 1941. Era un antiguo falangista, condenado a muerte por un tribunal republicano. Su pena le fue conmutada. Terminada la Guerra Civil ingresó en el Cuerpo de Policía y en pocos años recorrió las distintas especialidades: Policía Gubernativa, Brigada Móvil y Brigada Político Social. Era conocido por su odio enfermizo hacia los detenidos políticos.

Al ver que tenía el paso cortado, José Sabaté se internó por el pasaje de San Benito y, cruzando la plaza de San Pedro, llegó —con mucha dificultad— a la calle Baja de San Pedro, donde, cubierto de sangre, un traseúnte le ayudó a llegar a una farmacia sita en la misma calle. El farmacéutico, al ver al herido, le hizo sentarse, pero José, agotado, cayó al suelo sin sentido. En esas condiciones, el farmacéutico no se atrevió a curarle. Alguien salió de la farmacia para advertir a la comisaría más próxima, pero no hacía falta, al instante se presentó una pareja de la Guardia Civil, la cual, a la vista del herido, hizo venir con urgencia una ambulancia. Trasladado José Sabaté al Dispensario Municipal de la calle Sepúlveda, cuando se descendió la camilla sólo transportaban un cadáver [1].

Era día de fiesta paro los franquistas; de duelo para la Resistencia.

La trágica serie de asesinatos sólo había comenzado. El viernes, día 21, las fuerzas represivas asesinaban en la Diagonal a Julio Rodríguez Fernández, *el Cubano* [2]. Un coche particular, lleno de polizontes, frenó secamente a su lado y lo acribillaron a balazos antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría. El mismo día, los asesinos a sueldo operaban en la barriada de Pueblo Seco y, con el mismo procedimiento, segaban las vidas

(1) José Sabaté tenía en Francia a su mujer, Emilia, y dejaba al morir un niño de 17 meses.

(2) Julio había nacido en La Habana (Cuba) el 37 de julio de 1918. Durante la Guerra Civil se le confió el mando de la 39 Brigada Mixta, del Cuerpo de Ejército XVI.

de otros dos libertarios: Victor Espallargas[1] y José Luis Barrao, llamado *Pepe*[2]. Ambos iban desarmados.

El trágico balance de ese día aciago no concluyó ahí, pues, a eso de las nueve de la noche, siempre de la misma manera, liquidaban a Francisco Martínez Márquez, *Paco*, en la esquina de la calle Dos de Mayo, frente a la fábrica de cervezas «Dam», el mismo barrio donde había transcurrido su infancia. Tenía 27 años.

Esos crímenes fueron acompañados de una cantidad impresionante de detenciones.

El día 5 de noviembre de 1949, era detenido, cuando viajaba en un tranvía, José Pérez Pedrero, *Tragapanes*[3], y el mismo día caía entre las garras de la policía Pedro Adrover Font, *el Yayo*, a quien fueron a buscar a su propio domicilio. En el mismo lugar, algo más tarde, mataban a balazos a otro compañero, Juan, conocido por *el Chófer*, y en su domicilio se incautaban de una importante cantidad de armas y explosivos. La policía completaba su acción ese día deteniendo a Jorge Pons Argilés, junto con otro compañero, y a tres doctores barceloneses acusados de haber prestado auxilio en diversas ocasiones a los heridos de la Resistencia.

La represión no quedó circunscrita a la urbe barcelonesa. La Resistencia libertaria, además de actuar en la

---

(1) Espallargas, era un viejo militante barcelonés que colaboraba con los grupos de acción pero que, por convicción, nunca había empuñado un arma.

(2) Barrao, cuando fue asesinado, estaba muy enfermo de una dolencia intestinal.

(3 José Pérez Pedrero, de 23 años, fue fusilado el 14 de marzo de 1952 en el Campo de la Bota de Barcelona, junto con Pedro Adrover Font, de 41 años, Santiago Amir Gruañas, de 37, Ginés Urrea Pina, de 55 y Jorge Pons Argilés, de 34.

zona fabril, disponía de grupos de montaña, cuyas zonas de preferencia eran las comarcas del Alto y Bajo Llobregat, donde los combatientes más conocidos eran Ramón Vila Capdevila y Marcelino Massana Vencell, llamado *Pancho.*

La furia criminal se ensañó sobre todo contra José Puertas, de 47 años, militante de origen granadino que trabajaba en las minas de Figols. Bárbaramente apaleado, Puertas repetía incansablemente:

—*El único resistente de la comarca soy yo.*

José Puertas había actuado intensamente durante la Guerra Civil. Al terminar la contienda no pudo pasar la frontera y fue detenido y maltratado de tal manera que sufrió una afección pulmonar. Cuando salió en libertad provisional retornó a Berga. No tardó en ponerse en contacto con los grupos de la montaña a los cuales pertenecían bastantes conocidos e incluso amigos suyos. En el invierno de 1944 se marchó al monte para compartir durante algún tiempo las penalidades guerrilleras, pero Puertas era más eficaz en la ciudad, desde donde aportaba una ayuda inestimable a los grupos móviles. Servía de enlace entre Barcelona y la montaña. Si era preciso se lanzaba por los riscos, andando kilómetros sin descanso, para avisar, abastecer, poner en guardia a los guerrilleros cuando se preparaban batidas contra ellos. Sin embargo, su misión, sus actividades, siempre pasaron inadvertidas. Puertas fue arrestado por sus antecedentes.

El lunes 14 de noviembre de 1949, la Guardia Civil conducía a Puertas, junto con otros dos compañeros: José Bartovillo, de 26 años, y Juan Vilella, de 47 —que también fueron torturados en el cuartel de la Guardia Civil de Berga—, a un despoblado donde fueron asesinados.

Consumado el triple crimen, la Guardia Civil de Sallent se presentó el día siguiente en la casa de Miguel Guito y lo mataron sin más explicaciones. El único *delito* de Guito consistía en ser tío de uno de los guerrilleros más famosos en la zona: Marcelino Massana.

En enero de 1950 la policía exterminaba al grupo de *los Maños*. Wenceslao Giménez Orive era sorprendido el día 9 y acribillado a balazos. Ya en tierra, malherido, tuvo la fuerza de morder una cápsula de cianuro que llevaba preparada en la parte superior de la pluma estilográfica. *Wences* tenía 28 años.

El mismo día eran detenidos dos compañeros de su grupo: Plácido Ortiz y Simón Gracia Fleringan [1].

Y ahora, unas palabras sobre el tercer hermano Sabaté: Manuel.

El benjamín de los Sabaté, al estallar la Guerra Civil, era un mocosillo de apenas nueve años. Terminada la tragedia, aún con pantalones cortos, vivió al lado de sus padres sin ninguna preocupación, a no ser la de tener un hermano mayor en la cárcel y otro en el destierro. De carácter bondadoso, Manolo tenía sed de aventuras, ambicionaba conocer cosas y tierras. A los 16 años abandonó el hogar para recorrer España, montado en los topes de los trenes y con el hatillo al hombro. Se le desper-

(1) Ambos eran fusilados en Barcelona el 24 de noviembre de 1950.

taron aficiones taurinas y, durante algunos meses, recorrió los pueblos de Andalucía capeando vaquillas por los prados. Varias veces, molido y hambriento, regresó a su casa, pero otras tantas, sin advertir a nadie, salía a recorrer los caminos. Anduvo por España de norte a sur y de este a oeste. En 1946, ya un hombrecito, se sintió atraído por la vida y el prestigio de su hermano Francisco y, sin consultar a nadie, se plantó en Toulouse.

Sin embargo, ni José ni Francisco quisieron llevar nunca con ellos a su hermano menor en los viajes arriesgados que efectuaban a España. Todo su empeño, al contrario, era de que permaneciera tranquilo en tierra gala y sobre todo que estudiara y se capacitara. Pero Manolo quiso de nuevo correr la aventura, esta vez no como torerillo, sino como luchador.

Manolo aprovechó el encarcelamiento de Francisco —en junio de 1949— y la ausencia de José que ce encontraba en España, para convencer a otros compañeros de que le permitieran acompañarles en sus misiones a España. En diciembre de 1949 cruzaba la frontera con Ramón Vila Capdevila, *Caraquemada,* y un italiano llamado Helios. La mala fortuna hizo que el exiguo grupo, después de cruzar los Pirineos, cayó en una emboscada que había tendido la Guardia Civil y Helios murió en el combate. Ramón y Manolo consiguieron escapar indemnes. Dos días después Ramón dejó a Manolo escondido en un bosquecillo mientra él se dirigía a una casa de campo para adquirir algunos víveres. Pero esta vez la *Benemérita* había tomado medidas execepcionales para acabar con Ramón y había emplazado parejas en todos los puntos susceptibles de servir de refugio a los dos fugitivos. Ramón, cerca del *mas,* observó indicios sospechosos y antes de llegar a él dio media vuelta para escapar. Su fuga se vio acompañada por una lluvia de balas que afortunadamente no le alcanzaron. Ese día

Ramón[1] sólo pudo salvarse arrojándose a un barranco a riesgo de romperse la crisma. Manolo se encontró solo y en terreno desconocido. Tiritando de frío y muerto de hambre, escondió sus armas y bajó a la carretera de Moyá para no perderse en el monte. Poco después era capturado por una pareja de la Guardia Civil y llevado al cuartelillo donde fue identificado.

Juzgado rápidamente, Manuel Sabaté Llopart fue fusilado —junto con otro compañero de los grupos de montaña: Saturnino Culebras— el día 24 de febrero de 1950 en el Campo de la Bota de Barcelona. Los franquistas consumaban una vil venganza. En Manolo quisieron resarcirse de todos los sinsabores y ridículos que sus hermanos José y Francisco les habían causado.

---

(1) Ramón nació en Berga el 3 de mayo de 1908. El 7 de agosto de 1963 cayó en una emboscada que le había tendido la Guardia Civil y una bala certera le atravesó el corazón. Ramón se afilió de muy joven a la C.N.T. y participó en la insurrección de Figols de 1932. Durante la Guerra Civil fue Comandante de Carabineros. Fue uno de los guerrilleros que primero empuñaron las armas contra Franco. Después de luchar con las **Fuerzas Francesas del Interior** contra los nazis, se incorporó a la lucha en España de una manera exclusiva desde 1944, pero sus primeros sabotajes contra el régimen franquista los inició en septiembre de 1941. Su vida merecería un libro.

X

# COMPLICACIONES

Debemos mencionar aquí otro suceso ocurrido en Francia que vino a complicar, posteriormente, un poco más la vida de Francisco Sabaté.

En Lyón fue detenido un grupo de españoles con relación a un frustado atraco cometido el 18 de enero de 1951 contra un furgón postal. Este atraco fue utilizado inmediatamente por los servicios franquistas para incitar a la represión contra el M.L.E. en Francia y en principio lo consiguieron. Bastantes militantes libertarios fueron molestados por la policía francesa e incluso se les encerró preventivamente. Entre los detenidos figuraba José Peirats Santolaria, Secretario del Comité Nacional de la C.N.T. con sede en Toulouse.

Pero todo el andamiaje montado a base de una considerable *campaña publicitaria* contre la C.N.T. y los anarquistas se desmoronó más tarde, pues la conducta de los emigrados libertarios, que constituían el sector más importante de la España peregrina, era, en su conjunto, intachable.

Como caso característico de esta compaña contra la C.N.T. citaremos la detención en Toulouse, el 6 de febrero

de 1951, de Marcelino Massana, *Pancho,* juzgado en la ciudad del Garona en marzo del mismo año en virtud de una demanda de extradición que había cursado el gobierno franquista. La petición fue rechazada y *Pancho* puesto en libertad inmediatamente.

No está de más decir aquí unas palabras sobre *Pancho.* Marcelino Massana Vencell nació en Berga en 1919. Al terminar la Guerra Civil era capitán. Como tantos miles, llegó al puerto de Alicante donde no pudo embarcar y cayó prisionero. De allí fue trasladado al famoso campo de concentración de Albatera, creado por la República para 800 personas y en el cual los franquistas llegaron a encerrar 18 000 hombres. Al cabo de unos meses fue conducido a Barcelona donde, después de purgar tres años en las cárceles franquistas salió en libertad provisional en 1942. Un día le comunicaron que debía hacer el servicio militar y que le habían destinado a Algeciras. Massana desertó, se lanzó al monte y comenzó su época de guerrillero. Para concocer todos los vericuetos de la montaña se dedicó algún tiempo al contrabando entre España y Andorra y luego entre Andorra y Francia, para entregarse, poco después, exclusivamente a la lucha antifranquista.

Meses antes del proceso que hemos indicado, Massana, al cruzar la frontera francesa, escapó de manos de los carabineros franceses que intentaban detenerle. Entonces la prensa inició una campaña de escándalo contra Massana. Más tarde se presentó voluntariamente en el Juzgado de Saint Girons para responder a las acusaciones que se le hacían. Fue dejado en libertad provisional.

Por aquellas fechas, la fotografía de Massana estaba expuesta en los edificios públicos de Manresa y de los pueblos de la comarca del Alto Llobregat y se ofrecía

una recompensa sustancial por su captura. Cabe señalar que la fotografía expuesta en España procedía del otro lado de la frontera.

Terminanos el inciso y volvemos al lamentable suceso de Lyón en el cual se vio envuelto *el Quico*. Veamos como: uno de los atracadores detenidos declaró conocer —por confidencias de *tercera persona*— antecedentes de otro suceso, ya citado, que se produjo en la fábrica Rhone Poulenc de Peage du Roussillon (7 de mayo de 1948) y la policía enfocó nuevamente la mirada en *el Quico*.

El 2 de febrero, Sabaté, que se encontraba en Dijón en virtud de una medida de confinamiento, fue detenido y trasladado por la fuerza a los locales de la policía de Lyón de la calle Vauban, donde fue sometido a severo interrogatorio. La policía actuó sin orden de detención o de comparecencia de un magistrado instructor.

Así, pues, Sabaté fue objeto de una transferencia irregular de Dijón a Lyón. *El Quico* permaneció varios días con sus noches sin poder recurrir a la asistencia de un abogado. Durante estos interrogatorios Sabaté *firmó* una declaración en la que *confesaba* haber sido él quien cortó los hilos telefónicos en el atraco frustado de Peage du Roussillon. El género de interrogatorio que sufrió Sabaté podrá imaginarse cuando digamos que un hombre de su temple intentó suicidarse arrojándose por una ventana. Sólo consiguió herirse en el cuello con los cristales.

Sabaté permaneció en manos de la policía hasta el día seis, fecha en que compareció ante el Juez de Instrucción de Lyón, Le Gueut, quien dictó un auto de prisión preventiva bajo la acusación, entre otras cosas, de asociación de malhechores.

Con los *nuevos elementos de cargo*, el 23 de febrero de 1951 el Fiscal de la República del departamento de

Vienne pedía al Juez instructor la reapertura del sumario contra Sabaté y otros inculpados, acusados de homicidio voluntario y tentativa de robo con agravantes.

Lo abogados de la defensa, en una memoria enviada a la Sala de Acusación del Tribunal de Apelación de Lyón, puntualizaban numerosas violaciones del código de instrucción criminal —demasiado extensas para ser reproducidas todas— y entre otras cosas decían:

*«Se comprobará sin duda que no solamente O..., P... y SABATE denunciaron al Magistrado instructor de VIENNE que sus pretendidas declaraciones no representaban en realidad más que firmas obtenidas por la violencia, sino también, cosa que no cabe ignorar, que, delante del Juez de Instrucción de GRENOBLE, en otra causa, otros acusados, que por cierto beneficiaron de sobreseimiento: Pedro M..., P..., Francisco P... y el propio P..., dieron las mismas precisiones sobre el comportamiento de la policía de LYON en sus locales de la calle VAUBAN, en ese comienzo de febrero 1951».*

*«No será inútil señalar* —proseguía la defensa— *que uno de los defensores firmantes*[1] *que visitó a SABATE en la cárcel de St Paul de Lyón, el 10 de febrero de 1951, pudo comprobar todavía, en la citada fecha, señales de golpes en el interesado e informó de ello al Presidente del Colegio de Abogados, quien transmitió esa denuncia al Fiscal de LYON».*

Y los abogados agregaban:

*«Por lo demás, los atestados de los días 3 y 5 de febrero de 1951, invocados contra SABATE por el Magistrado instructor, no pueden ser considerados*

(1) El letrado Pierre Levy.

*como regulares ni válidos, pues las condiciones con que fueron obtenidos exigen, en cualquier hipótesis, que sean rechazados del expediente»*[1].

El Juez de Instrucción de Lyón ordenó la puesta en libertad de Sabaté el 13 de noviembre de 1952 y la acción judicial condujo, una vez más, a un auto de sobreseimiento de fecha 16 de noviembre de 1955.

Pero tampoco esta vez la decisión de la justicia era definitiva, como veremos posteriormente.

El panorama de la Resistencia cambió un poco en España a comienzos de 1951. La labor clandestina de las diversas organizaciones antifascistas a través de los

---

(1) He aquí el texto original de la defensa: « **On relèvera certainement que non seulement O..., P... et SABATE se sont plaints au Magistrat instructeur de VIENNE que leurs déclarations prétendues ne représentaient en vérité que des signatures obtenues par la violence, mais encore on ne doit pas ignorer que, devant le juge d'instruction de GRENOBLE, dans une autre affaire, d'autres prévenus qui ont tous bénéficié d'ailleurs d'un non-lieu : Pedro M..., P..., Francisco P... et P... lui-même, ont donné les mêmes précisions sur les comportements de la police à LYON dans ses locaux rue Vauban, en ce début de février 1951** ».

« **Il n'est pas inutile d'indiquer que l'un des défenseurs soussignés, qui alla voir SABATE à la maison d'arrêt Saint-Paul à LYON, le 10 février 1951, put constater encore à cette date les traces de coups sur celui-ci et en informa le Bâtonnier de son Ordre, quo transmit cette plainte à M. le Procureur Général de LYON** ».

« **Au surplus, les procès-verbaux des 3 et 5 février 1951, invoqués contre SABATE par M. le Magistrat instructeur, ne saurait être tenus pour réguliers et valables, car les conditions dans lesquels ils ont été obtenus doivent, en toute hypothèse, les faire rejeter du dossier** ».

años, sumada al descontento general que imperaba, se manifestaba entonces en protestas callejeras cada vez más eficientes.

En Barcelona, sobre todo, la agitación se extendió de manera casi espontánea en torno a un conflicto popular en la Compañía de Tranvías. Iniciado éste por elementos estudiantiles, fue ganando poco a poco a la clase obrera y a la población en general. Los usuarios adoptaron un procedimiento original para manifestar su disgusto contra el reciente aumento de tarifas, mucho más elevadas que en Madrid: no utilizar los tranvías.

Así, durante la segunda quincena de febrero menudearon los incidentes alrededor de este conflicto y, a partir del día 23, los tranvías de todas las líneas circulaban casi vacíos. Estos hechos dieron vitalidad a las organizaciones clandestinas las cuales participaron en la batalla.

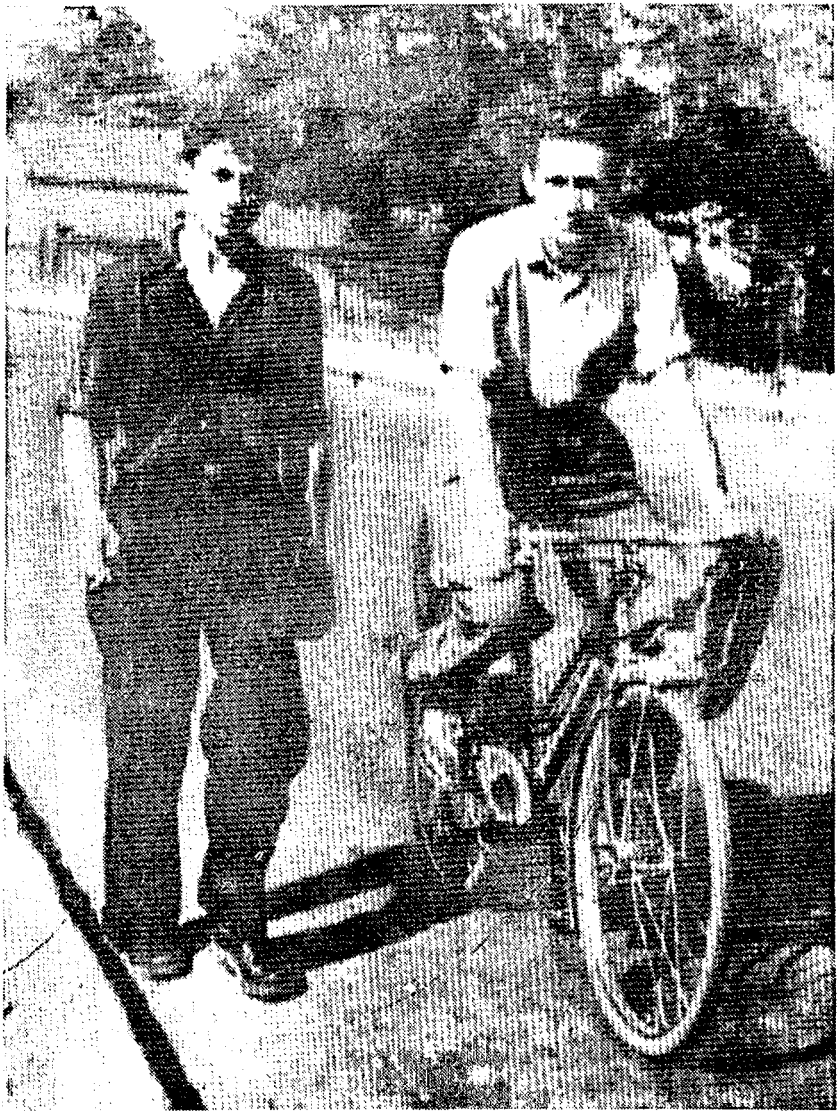
Esa agitación contra la Compañía de Tranvías condujo, el día 12 de marzo, a un paro general en la aglomeración barcelonesa. Más de 30 000 obreros salían a la calle, ya no simplemente para manifestar su disgusto por el aumento de las tarifas en el transporte urbano, sino por la carestía de la vida y, en general, por la calamitosa política franquista.

Durante la huelga se distribuyeron profusamente hojas mecanografiadas, que por cierto no procedían de las organizaciones libertarias, que decían:

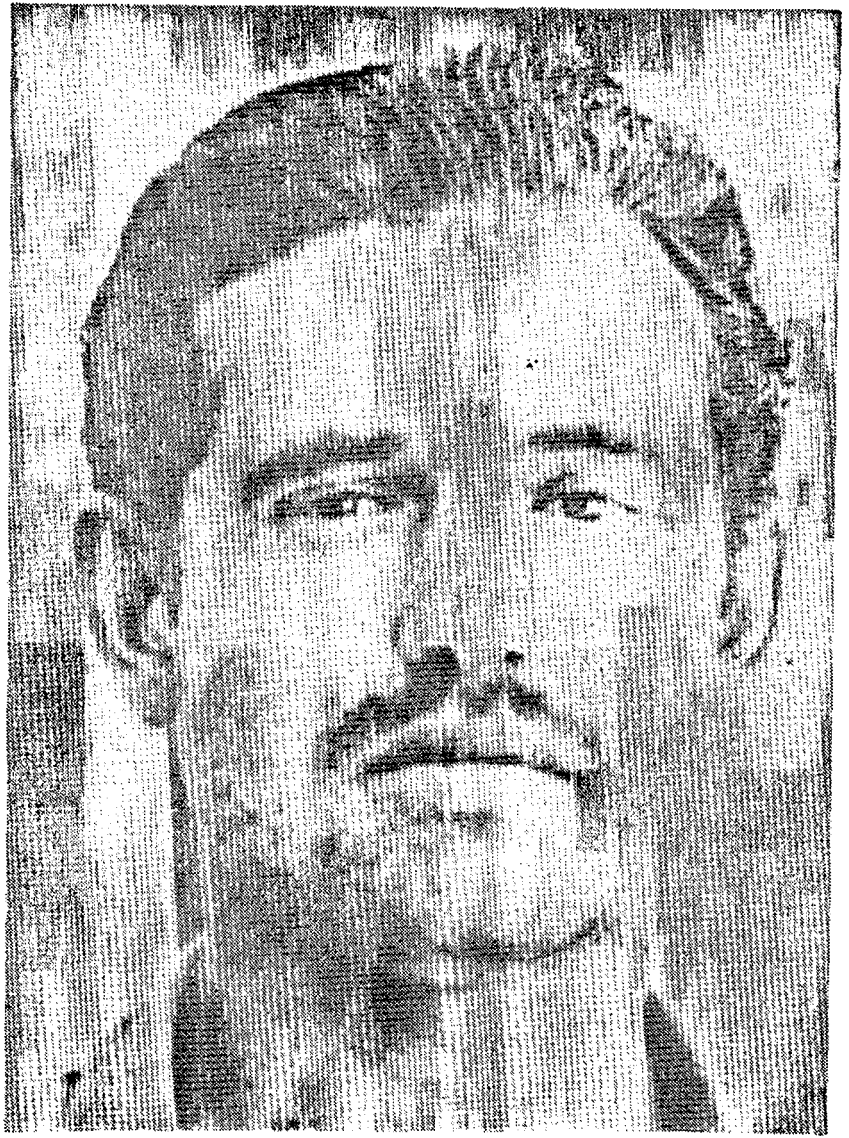
*Para arreglar lo de los tranvías*
*id a buscar a Facerías.*
*Contra el Requeté*
*¡Viva Sabaté!*

El pueblo, con su natural instinto, sabía reconocer quienes eran los outénticos defensores de la libertad.

GUILLERMO GANUZA NAVARRO



JOSE SABATE EN LA BICICLETA Y EL ITALIANO HELIOS



LA ULTIMA FOTOGRAFIA DE MANUEL SABATE
ANTES DE SER FUSILADO

PORTAVOZ DE LOS GRUPOS ANARCO-SINDICALISTAS

OCTUBRE 1955.


## TRABAJADORES Y ANTIFASCISTAS TODOS.

Despertad del letargo profundo en que os ha sumido la miseria, el hambre y la fatiga !

Despierta y abre los ojos trabajador.

Te darás cuenta de la injusticia y el crimen que están cometiendo contra tus hijos que caen enfermos por falta de alimentacion, y se ven obligados en su temprana edad a hacer trabajos penosos para ganar un mandrugo de pan, sin poder ir a la escuela y adquirir una elemental instruccion.

Verás la injusticia y el crimen que están cometiendo con tus padres que después de haber consumido todas sus energias en el trabajo, son despedidos y condenados a la miseria o a la mendicidad.

Verás la injusticia y el crimen que están cometiendo contra ti mismo que vas agotando tus fuerzas en un trabajo agobiador porque sobre tus espaldas has de soportar todas las cargas del estado policiaco que el franco-falangismo impone por la violencia y el crimen a todo el pueblo español.

Despierta de ese letargo causado por las innumerables horas de trabajo que has de hacer sin verte correspondido bis a bis de tus necesides ; TU que todo lo produces y nada tienes, y no puedes ni alimentar a tus hijos material ni espiritualmente ; que eso buscan los que te oprimen para poder convertirlos mañana mas facilmente en esclavos del capitalismo y poderlos arrancar sin que se rebelen cuando sean hombres depaupe-rados, de los brazos de su madre, de su esposa, de sus familiares y encuadrados en las divisiones de que tanto alardean, convertirlos en carne de cañon y ofrecerlos al mejor postor como ayer hizo Franco con Hitler para ayudar al triunfo del Nazismo. y hoy trata de hacer tambien, vendiendo a España y a los españoles, no al pueblo democratico norteamericano, sino a los millonarios norteamericanos representantes del capitalismo internacional, que ayer aguantaron las injurias de Franco el lacayo, cuando creia tener un amo mas poderoso. y hoy le apoyan y le ensalzan para que les ayude a defender sus mas bajos intereses, prostituyendo asi vergonzosamente las palabras de Libertad y Demo-cracia que tanto presumen defender.

Intelectuales, trabajadores, hombres de conciencia liberal y libertaria, unamoños todos en la lucha clandestina contra Franco y sus secuaces y contra el régimen que nos tiraniza.

Unios en torno de los grupos de la Resistencia anarco-sindicalistas y de la C.N.T. Todos nos conoceis y sabeis que nos encontrareis en la brecha como siempre. Los que

La huelga se propagó a Badalona, Tarrasa, Sabadell y Manresa y el 13 de marzo 150 000 obreros se habían declarado en huelga.

El gobierno concentró en la capital catalana todos sus recursos defensivos: más de un millar de agentes de la Policía Armada llegaron en un tren especial de Madrid; otros dos mil procedían de Zaragoza y Valencia. Al puerto de Barcelona llegaron: el crucero *Méndez Núñez* y los destructores *Elcano, Gravina* y *Liniers,* llevando a bordo un importante contingente de fuerzas de Infantería de Marina, que patrullaron luego por las calles juntamente con las fuerzas del ejército y de la policía.

Barcelona parecía una ciudad tomada militarmente. En las calles, los transeuntes eran detenidos e interpelados constantemente y todas las comisarías, así como la Jefatura de Policía, quedaron abarrotadas de detenidos.

La huelga fue de corta duración pero el régimen dictatorial, que hasta entonces venía especulando con la tranquilidad de las multitudes, cual si fuera signo de adhesión, quedaba públicamente desmentido.

Este movimiento popular provocó la destitución del Gobernador Civil, Eduardo Baeza Alegría, sustituido por un general de funesto recuerdo: Felipe Acedo Colunga[1], que se distinguió en Asturias, después de la insurrección de octubre de 1934, en la persecución de los trabajadores.

(1) Pertenecía al Cuerpo Jurídico Militar desde 1917. En 1932 colaboró en la conspiración fascista de Sanjurjo. En 1936 se puso incondicionalmente al lado de Franco.

XI

# DESESPERANZA

Francisco Sabaté, debido a los incidentes ya señalados con las autoridades francesas, vivía con la esperanza de que un día se constituyera el organismo conspirativo capaz de generalizar la acción subversiva en España. Trabajando estuvo cerca de seis años. Pero la colectividad desterrada seguía de la misma manera, dividida, sin tomar determinaciones precisas, haciendo de la pasividad su norma de conducta.

Para *el Quico* la vida sedentaria era tortura insoportable. Había cumplido sus cinco años de confinamiento en Dijón y sentía bullir su sangre.

A principios de 1955, algunos compañeros de acción del *Movimiento Libertario Español,* encabezados por *el Quico,* decididos a actuar bajo su propia responsabilidad sin comprometer a la Organización en sus actividades, crearon los *Grupos Anarcosindicalistas.* Estos grupos fueron inmediatamente desautorizados por el M.L.E.-C.N.T. en Francia.

Pero, como ya sabemos, Sabaté no concebía otra acción más que en el propio terreno del combate, España,

y una vez más, contra viento y marea, con un grupo de cuatro compañeros llegó a Barcelona el 29 de abril de 1955.

Las cosas no habían cambiado mucho en el Principado: imperaba la voluntad del Gobernador Felipe Acedo Colunga, hombre fanfarrón, charlatán e impertinente, que hasta sus adictos soportaban a duras penas. En el orden policíaco no había ocurrido otra novedad digna de destacar sino la partida —en 1953— del militar José Luis Albert, después de cuatro años de siniestra actuación —nombrado Gobernador de Orense— a quien reemplazó en Jefatura Fernando Vives Camino —hijo del general Pedro Vives— del Cuerpo Jurídico Militar, elemento que, asesor del general Emilio Mola y Vidal en el Ejército del Norte durante la Guerra Civil, había logrado situarse en 1940 en la Fiscalía de Tasas, covacha indicada para hacerse —como en las encomiendas de las Indias— una fortuna redondita.

El grupo llevaba armamento abundante y propaganda editada de antemano, todo ello adquirido y fabricado con el esfuerzo y apoyo de algunos amigos. Sus mochilas iban principalmente repletas de ejemplares de una publicación subversiva titulada *El Combate*[1], que se presentaba como «Portavoz de los Grupos Anarcosindicalistas».

Estos ejemplares correspondían al nº 1, fechado en Mayo de 1955, cuyo objetivo esencial consistía en reivindicar la jornada histórica del 1º de Mayo. En *El Combate* se rememoraba el origen de la fiesta de los trabajadores —los mártires de Chicago—, recordaba la fundación de la C.N.T. así como la participación confederal en la defensa de los derechos de los trabajadores. El periódico

(1) Cabecera roja, formato 13 × 20 cm, cuatro páginas.

concluía con tres vítores de combate: por la C.N.T., por la acción directa contra los opresores de los pueblos y por la libertad.

De los cuatro compañeros, dos se quedaron en Tarrasa en espera de que Sabaté les llamara, pues, después de tan larga ausencia era conveniente buscar contactos seguros, viviendas y... dinero, pues el grupo había invertido todo cuanto pudo reunir en propaganda y equipo y había llegado a Barcelona prácticamente sin un céntimo.

*El Quico* y su amigo, después de un contacto difícil con los compañeros de la capital, el día 30 de abril, a las siete de la mañana, comenzaron a distribuir la propaganda que tan penosamente habían transportado. Después de apoderarse de un taxi, rodando por Sans, las Corts, el Born, el Arco del Triunfo y el Carmelo, distribuyeron profusamente *El Combate*. No olvidaron enviar por correo algunos ejemplares a la Jefatura de Policía, al Gobernador y a diversas autoridades barcelonesas.

Luego, en los coches y tranvías que encontraban parados, colocaban paquetitos de propaganda en el techo, previamente humedecidos, de manera que, cuando los vehículos se ponían en marcha, las hojas que se iban secando se desparramaban por Barcelona. El grupo de Sabaté había preparado dignamente el 1º de Mayo, en la medida de sus posibilidades. Pero, una vez más, el grupo se encontraba en España sin medios de subsistencia. Tan mal andaban las cosas que Sabaté no podía ni tan siquiera llamar a los dos amigos que había dejado en Tarrasa.

Para reunir a su grupo en Barcelona Sabaté necesitaba disponer de algunas pesetas. *El Quico*, como siempre, pensó que la operación debía ser costeada por un Banco —su única fuente de recursos—, que para él representaba el símbolo del capitalismo y de la explo-

tación. Pero incluso para preparar el atraco necesitaba encontrar primero algún dinero, pues, como hemos dicho, no disponía de *blanca*.

El día 3 de mayo, Sabaté —con su amigo— subió a un taxi y se hizo conducir a la Travesera de Gracia. Allí, *el Quico* descendió del coche diciendo que le esperaran unos minutos. Tomó un cesto de la compra que llevaba y penetró en una tienda de tejidos al por mayor de la Abacería Central. Preguntó por el director y, cuando se halló frente a él, le dijo de buenas a primeras:

—*Soy el Quico.*

A continuación le expuso el objeto de su inesperada visita. El director, sin el menor aspaviento, le entregó 4 000 pesetas, todo lo que tenía —o que dijo que tenía— y Sabaté regresó al taxi. Este dinero sirvió, primero, para pagar al taxista; luego, para hacer llegar a Barcelona a sus dos amigos que esperaban en Tarrasa.

El día 6 de mayo los cuatro compañeros se encontraban reunidos. El problema que convenía solucionar inmediatamente era el material, la falta de dinero, pues sin él no podían dar ni un solo paso. Pero *el Quico* ya lo tenía todo previsto.

Ese día alquilaron un taxi en la Avenida de José Antonio-Sicilia. Cuando llegaron cerca del Hospital Clínico, el chófer, quizá porque observara que sus clientes iban armados, comprendió que no efectuaba un trayecto ordinario. Inquieto, quiso pararse rogando a nuestros amigos que le esperaran un instante. Tuvieron que amenazarle con una pistola para *convencerle* de que debía seguir hasta donde le habían indicado: la calle Mallorca.

Allí, en el número 117, esquina a Muntaner, se encontraba una Agencia del Banco de Vizcaya. Mientras uno de nuestros amigos se quedaba en el taxi —aparcado

a corta distancia— con el chófer, los otros tres, en mangas de camisa, con un cesto de verduras en el brazo, penetraban en el establecimiento bancario cuando la pareja de guardia —Policía Armada— daba la espalda a la puerta de entrada.

Ya dentro del banco, el trío sacó las metralletas que iban debajo de las hortalizas. Empleados y clientes fueron rápidamente encañonados y mientras uno se quedaba de guardia en la puerta, otro vigilaba a todo el mundo desde el centro de la sala y el tercero se dirigía al cajero y, entregándole un saco, le rogaba que abriera la caja de caudales. El buen hombre, atemorizado, demostró buena voluntad, pues incluso ayudó a llenar el saco con las 700 000 pesetas de la caja. Después amenazaron a todos los presentes diciéndoles que dispararían sin piedad contra el primero que asomara por la puerta y regresaron al taxi sin que la pareja de guardia se hubiera apercibido de nada.

Cuando el taxi arrancaba, salía un hombre del banco dando gritos, pero era demasiado tarde, el vehículo desaparecía entre el tráfico.

Entre la calle de José Antonio y la calle de la Diputación se apearon dos de los atracadores y cambiaron de taxi. Los otros dos siguieron hasta la avenida del Marqués de Duero y se apearon delante del cine América. Pagaron al taxista las 22 pesetas que marcaba el contador y Sabaté luego, riendo, le entregó un fajo de billetes de propina. Cuando el chófer se presentó en la primera comisaría pudo comprobar que la *propina* era de 7 600 pesetas.

Después de esta limpia y productiva operación, el director de la casa de tejidos que entregó 4 000 pesetas al *Quico*, recibió un giro correspondiente a dicha cantidad.

Para escapar a las primeras investigaciones, Sabaté con uno de sus amigos se quedó en Barcelona, pero los otros dos se marcharon temporalmente a Tarrasa.

La propaganda distribuida el 30 de abril había puesto a la policía en alerta; el audaz atraco de la calle Mallorca había provocado la *movilización general.*

El comisario Pedro Polo inició las gestiones de rutina en gran escala. Ordenó la detención de numerosos compañeros fichados con la esperanza de obtener, a través de los interrogatorios, alguna pista útil.

Las pesquisas no dieron el menor resultado para dar con Sabaté y sus amigos, pero permitieron, el 9 de mayo, localizar la imprenta de *Solidaridad Obrera*[1] y con su descubrimiento fueron a parar a la cárcel otros siete compañeros, totalmente ajenos a la actividad del grupo del *Quico.* Cabe señalar que este grupo editor había divulgado aquellos días el nº 39 de *Soli,* con fecha «segunda quincena de abril 1955», conmemorando también la fiesta del trabajo.

*El Quico,* ya con medios económicos que le permitían cierto desenvolvimiento, prosiguió la busca de compañeros que quisieran secundarle en la tarea de crear nuevos grupos de combate. Este trabajo de recuperación era cada vez más peligroso pues la policía tenía bajo vigilancia permanente a los anarcosindicalistas conocidos o ficha-

(1) El día 5 de abril de 1960 se vio en Barcelona la causa contra los compañeros de la imprenta. Después de largos meses de prisión preventiva, tres de los encartados habían salido en libertad bajo fianza y, cuando se efectuó el proceso, fueron condenados en rebeldía pues se habían refugiado en Francia. Uno de estos tres muchachos era Antonio Miracle Guitart quien, como veremos más adelante, perdió la vida junto con Sabaté en el último combate que libraron contra la Guardia Civil.

dos, y sólo procedía a su detención cuando consideraba que sus actividades rebasaban cierto margen de seguridad.

Sabaté, hombre de la C.N.T., forzosamente tenía que buscar sus colaboradores entre los compañeros de la Organización. Después de haber celebrado una entrevista con el Secretario del Comité Regional de Cataluña, un tal F.S., *el Quico* quedó citado nuevamente con él, por la tarde, para exponerle ampliamente sus propósitos, la acción que pensaba desarrollar y ver la colaboración que podía establecerse entre ambos.

El lugar de la cita era la calle Wad-Ras, sector del ensanche hacia el este de la ciudad, de la barriada de Pueblo Nuevo, a las tres de la tarde, pues Sabaté rehuía sistemáticamente las reuniones en cafés u otros lugares cerrados tan propicios para caer en una ratonera.

Cinco minutos antes de la hora prevista, *el Quico* pasaba por la citada calle en un taxi, para observar el panorama, fiel a su principio de no fiarse totalmente de nadie. En su pasada de inspección observó que ambas aceras de la calle estaban bastante concurridas por personas con ropa de obrero pero que la hora no justificaba. Aunque ya con recelo, Sabaté quiso poner la cosa en claro. Hizo detener el taxi a cierta distancia y después de decir al chófer que le esperara, encaminó sus pasos hacia un grupo que charlaba animadamente. Antes de llegar al grupo cruzó a un individuo con gabardina, que parecía esperar a alguien pero que se puso a seguirle con muy poca discreción. Cuando Sabaté llegó al cruce de la calle de Luchana, en el mismo chaflán vio parada —era lo que faltaba— una furgoneta repleta de agentes. Sabaté tuvo la certitud, entonces, de que había penetrado en la boca del lobo.

Los agentes del vehículo no habían visto llegar a Sabaté al lugar de la cita y pensaron que se trataba de

alguien que habitaba la calle y que salía a sus quehaceres. Al ver que el policía de la gabardina seguía a Sabaté le hicieron una seña para que volviera a su puesto. El polizonte, aunque extrañado, pensó sin duda que sus colegas sabían lo que hacían y retrocedió obedeciendo la orden. Mientras tanto, Sabaté, ojo avizor, no perdía ni un sólo detalle de lo que ocurría y siguió andando simulando la mayor indiferencia posible. Al cabo de unos metros volvió sobre sus pasos. Fue entonces cuando vio llegar a F.S. Ambos, sin apresurarse, se dirigieron hacia el taxi de Sabaté sin que nadie intentara cortarles el paso. Sabaté dijo a su compañero:

—*Estamos rodeados de policías.*

—*¡No es posible!* —contestó F.S.—. *Te habrán seguido esta mañana.*

—*A mí no me ha seguido nadie* —dijo *el Quico*—, *pero no es ahora el momento más oportuno para discutir, sigue andando sin volver la cabeza.*

Llegados al taxi, se montaron en él y dio la orden al chófer de arrancar. Sabaté abrió su cartera y en unos segundos montó una *Sten*. El coche policíaco les seguía. Con el hierro de la culata de la metralleta *el Quico* rompió el cristal de la ventanilla posterior —con el pánico consiguiente del chófer pero también de F.S.— para poder afrontar cualquier eventualidad.

Cerca del Hospital de la Santa Cruz y San Pablo, en una de las calles paralelas al mismo, Sabaté hizo parar bruscamente al taxi y aconsejó a su acompañante que se apeara y saliera corriendo. El consejo, en verdad, era inútil, pues F.S. tenía ya la mano en la portezuela y antes de que *el Quico* terminara su frase salía de estampía.

Sabaté no pudo reprimir una sonrisa. El Secretario del Comité Regional subió a otro taxi estacionado allí

cerca y desapareció con él. A su vez descendió del vehículo y, con el ceño fruncido, se apostó, con la metralleta dispuesta, en el chaflán de la calle en espera del vehículo de los polizontes que llegaba sin gran prisa. Sabaté surgió de la esquina y disparó el cargador contra el parabrisas que saltó hecho trizas. El vehículo se paró como por encanto mientras el chófer caía sobre el volante, quizá con alguna bala en el cuerpo. Los agentes saltaron rápidamente y se tendieron cuerpo a tierra. Mientras tanto, su propio taxista aprovechó la ocasión para huir a toda velocidad sin reclamar el precio que marcaba el contador.

Cuando más necesidad tenía de su arma, *el Quico* comprobó que se había encasquillado. Con una pistola Colt hizo algunos disparos para retrasar la persecución y salió corriendo antes que los guardias hubieran recobrado los ánimos. En la primera esquina Sabaté torció a la derecha y se quedó de nuevo apostado. No tardó en oir los pasos apresurados de sus perseguidores. Dejó que llegaran a pocos metros y entonces salió otra vez con la metralleta contra la cadera como si fuera a barrerlos a todos. Su aparición provocó otra carrera en sentido contrario, con lo cual ganaba inestimables minutos.

Tomó otra calle transversal donde, pistola en mano, detuvo a un coche que llegaba e intimó al chófer, sentándose a su lado, a que siguiera conduciendo. Para desorientar a sus perseguidores, le hizo girar un par de calles a la izquierda y parar enfrente del Hospital, donde siempre había taxis en estacionamiento.

Después de cambiar varias veces de taxi consideró que había borrado completamente su pista.

De esta aventura Sabaté dedujo lo siguiente: la policía ignoraba la identidad del que iba a presentarse a la cita de la calle Wad-Ras —es decir la suya— pues,

si hubiera sabido que se trataba de él, otro hubiera sido el recibimiento. Por otra parte, la actitud de los polizontes evidenciaba que tampoco se proponían detener inmediatamente al *nuevo llegado* y que tenían la intención, como en otras ocasiones, de estrechar la vigilancia para conocer a nuevos elementos y desmantelar de un solo golpe los grupos terroristas que existieran o que pudieran constituirse.

Una vez más, de manera casi increíble, Sabaté había logrado escapar a la muerte.

Entre el diverso material que Sabaté había preparado durante su estancia forzosa en Francia, figuraba una especie de mortero original, construido para disparar proyectiles llenos de propaganda que la dispersaban a varios centenares de metros del lugar del disparo, al estallar la carga en el aire.

Este material fue probado el 28 de septiembre de 1955, con motivo de un viaje de Franco a Barcelona. En un taxi de techo corredizo instaló su artefacto —después de explicar al chófer que se trataba de distribuir propaganda franquista— y los barceloneses quedaron sorprendidos al ver que del cielo caían infinidad de octavillas subversivas —impresas sobre papel fino de vistosos colores— redactadas en catalán y castellano. Reproducimos dos de dichos textos, los más cortos, para conocimiento de nuestros lectores:

*Poble català:*

*Mai com avui havias vist trepitjats els teus drets; escarnides les teves llibertats. Ja n'hi a prou d'esclavatge! Redrecem-nos, catalans. Agermanats amb els fills dels altres pobles hispánics,*

*escampeu arreu la revolta contra Franco. A l'acció, catalans!*[1].

*Pueblo antifascista:*

*Son ya demasiados los años que soportas a Franco y a sus sicarios. No basta hacer la crítica de este corrompido régimen de miseria y de terror. Las palabras son palabras. La acción es necesaria.*

*¡Abajo la tiranía! ¡Viva la unión del pueblo español!*

Esta propaganda Sabaté la había firmado: *Moviment de Lliberació — Movimiento de Liberación de España (Comité de Relaciones).*

No figuraba la sigla confederal ni se hacía la menor referencia a las organizaciones específicamente libertarias. Sabaté no concebía la lucha contra la dictadura con un criterio limitado, sino que aspiraba a crear, por encima de partidismos desplazados, un clima de insurrección generalizado. Para él la victoria no dependía de un nombre ni de una tendencia, sino de la incorporación de todas las fuerzas populares a la lucha contra la tiranía.

Sabaté, sin duda mejor que nadie, sabía que el régimen franquista sólo podría ser derribado mediante la acción mancomunada del pueblo español, pero hombre de experiencia, que había comprendido muchos de los

---

(1) **Pueblo catalán:**

**Tus derechos nunca fueron tan pisoteados, tus libertades tan escarnecidas. ¡Basta de esclavitud!**
**Levantemos la cabeza, catalanes. Unidos con los hijos de los demás pueblos hispánicos, propagad la rebelión contra Franco. ¡Pasad a la acción, catalanes!**

errores cometidos por los anarcosindicalistas durante la Guerra Civil, sabía también que, si difícil es conquistar la victoria, más difícil resulta conservarla y la mejor garantía de la salvaguardia de las libertades arrancadas con tanta sangre y esfuerzo Sabaté la veía, no vale la pena decirlo, en una C.N.T. combativa, fuerte, organizada, capaz de, llegado el momento, defender la revolución que otros sin duda, al día siguiente de la victoria, tratarían de destruir.

Sabaté conservaba en el corazón, como una espina clavada, la actividad del *Partido Comunista* durante la Guerra Civil, el cual, a las órdenes de Stalin, dedicó todos sus esfuerzos a la labor contrarrevolucionaria y a destruir la moral del pueblo que, una vez perdida, tan directamente condujo a la derrota. Sabaté hubiera preferido morir que ver una repetición de tan trágica realidad. Por eso dedicó tan afanosamente su vida a crear grupos de compañeros que estuvieran dispuestos a impedir cualquier nueva claudicación.

Así, pues, por una parte atendía a la propaganda de tipo general, simplemente antifascista, tendiente a despertar conciencias y rebeldías, y por otra seguía distribuyendo *El Combate,* portavoz de los *Grupos Anarcosindicalistas,* que representaba una tendencia: las ideas anarquistas.

En el mes de julio se distribuyó el nº 2 (2 páginas 13,5 × 21 cm) y el último, el nº 3, en octubre (2 páginas 15 × 25 cm). En realidad se editaron cuatro números. Precisamente con motivo de la caída de la imprenta clandestina de *Solidaridad Obrera*[1] en el mes de mayo,

(1) **Solidaridad Obrera** volvió a aparecer tres meses después. El nº 40 llevaba la fecha: 1ª quincena de agosto.

Sabaté hizo una edición especial, sin número ni fecha, en el cual se decía entre otras cosas :

> «*Advertimos: si al interceptar nuestra «Soli» y nuestra «C.N.T.» encontraron unas personas indefensas, a nosotros nos encontrarán dispuestos a defendernos con las armas en la mano, respondiendo a la violencia organizada del Estado con la violencia defensiva de los trabajadores de conciencia libre*».

Queda por demostrar si su teoría era buena o mala, pero creía firmemente en ella, y fue de los pocos hombres que supieron vivir de acuerdo con sus opiniones. Fue fiel a sus ideas hasta que el plomo de la Guardia Civil segó su vida.

La última manifestación propagandística de los *Grupos Anarcosindicalistas* fue un manifiesto distribuido en octubre de 1956 y firmado *Agrupación de Resistentes Antifranquistas*. El manifiesto se titulaba: «Al Pueblo Español». A continuación reproducimos un facsímil del mismo.

# Al Pueblo Español

**Los hombres de todas las tendencias Políticas y Sociales antifranquistas, que nos encontramos hoy agrupados en una resistencia activa en la lucha contra el régimen franquista HACEMOS UN LLAMAMIENTO A LOS ESPAÑOLES ANTIFASCISTAS, PARA UNA ALIANZA DEMOCRATICA DE RESISTENCIA ANTIFRANQUISTA.**

Trabajadores, intelectuales honrados, republicanos de Izquierda Republicana y de la Esquerra Catalana, Socialistas del P.S.O.E. y del P.O.U.M., obreros de la C.N.T. y de la U.G.T., idealistas de la F.A.I., jóvenes libertarios, hombres y mujeres de cualquier condición y estado, pero de sentimientos humanos y espíritu liberal :

¿ Os dais cuenta de la actitud adoptada por los países que se llaman democráticos, la U.S.A., Inglaterra, U.R.S.S., Francia, etc., etc., que proclamaron y proclaman a todos los vientos que hicieron la guerra para liberar a los pueblos del fascismo ?

Ayer estos mismos países aceptaron que Franco tuviese una representación en la U.N.E.S.C.O. y en la O.N.U. y estos mismos países pactan con él y tratan de ayudarle en la consolidación de su régimen fascista que impone por la violencia a todo el pueblo español.

Una vez más el pueblo español se dará cuenta de que : **EL PROBLEMA DE ESPAÑA ES UN PROBLEMA DE LOS MISMOS ESPAÑOLES**, si queremos liberarnos de la tiranía franquista.

Españoles, poned al servicio de una resistencia activa, los medios de que dispongais con arreglo a vuestras posibilidades : fuerzas, decisión, inteligencia, cultura, voluntad, ayuda económica. Sólo con una unión de todos estos valores morales podremos derrocar al régimen inicuo que nos oprime. Incorporaros a la resistencia en donde quiera que os encontréis, organizándoos en las fábricas, en los talleres y en el campo.

Hace ya 20 años que Franco, general de la República, se sublevó con el apoyo de otros militares traidores y de todas las fuerzas reaccionarias y clericales que la República, demasiado generosa, había dejado vivir y desarrollarse. El pueblo demostró su repulsa e indignación lanzándose a la calle y luchando, desde el primer día, virilmente contra el puñado de traidores criminales, que sólo pudo vencer gracias al apoyo del fascismo internacional, que encarnaban entonces Hitler y Mussolini y gracias a los mercenarios del Tercio extranjero y del puñado de moros montañeses, que en su incultura se alistaron por el cebo de los saqueos y las violaciones que les prometieron.

20 años hace ya que el pueblo español vive aherrojado, desangrado y empobrecido, bajo el régimen impuesto por la violencia criminal del fascismo clerical y militarista, encarnado en la persona de Franco, el general felón, que continúa martirizando a los españoles y deshonorándoles, pues el que fué lacayo de Hitler y que le ayudó con la División Azul, hoy se ha vendido al capitalismo mundial y al imperialismo norteamericano, hipotecando el territorio español por unos dólares y comerciando con la vida de los españoles y con el suelo de España, que en caso de una guerra sería convertido en campo de batalla, es decir, en campo de desolación y de ruinas.

Las llamadas democracias, los hombres que militan en los medios sedicentes

avanzados y revolucionarios, permanecen sordos y mudos ante el espectáculo que ofrece la España mártir, ante los alaridos de dolor de los héroes oscuros que pagan con su sangre la osadía de defender la libertad.

20 años hace ya que las cárceles y presidios de España están llenas de miles de hombres que por el mero hecho de ser idealistas y defender sus derechos de libertad sufren la tragedia de encontrarse fuera de sus hogares durante tantos años. Después de la última gran guerra mundial pasada, en todos los países han sabido perdonar y amnistiar, incluso a los grandes criminales de guerra. Sólo en España continúa un régimen fascista y bárbaro.

Pero no hay que desmayar. El pueblo español no se resignará NUNCA a la condición de esclavo. La libertad de España será obra de los españoles mismos. Con la ayuda de los hombres honrados y liberales del mundo entero, decididos y resueltos llevaremos la lucha por la Libertad.

El llamamiento para una ALIANZA DEMOCRATICA DE RESISTENCIA ANTIFRANQUISTA, es la interpretación de este deseo, de este anhelo de lucha por la liberación de España y la instauración de un régimen que garantice Libertad y Justicia y en el que se agrupen hombres de todas las tendencias políticas y de significación liberal y de todas las Organizaciones Sociales y Sindicales y para que no sean vanos los sacrificios de nuestros mejores hombres que dieron su vida en la lucha, ni los muchos esfuerzos que ya se hicieron y los que se continúan haciendo, hacemos este llamamiento para una ALIANZA entre todos los antifranquistas de España y del Exilio.

Ha llegado el momento de que esta UNION sea una realidad y que cada uno, según sus fuerzas y capacidad, aporte a esta lucha su incondicional apoyo moral y material. Unifiquémonos todos bajo una sola consigna : EL DERROCAMIENTO DEL FASCISMO para que nuestros hijos se enorgullezcan de nosotros y puedan vivir felices en una sociedad humana y justa y no conozcan este régimen de oprobio y de miseria.

¡ Campesinos, ayudad a los hombres de la Resistencia para que puedan cumplir su misión !

¡ Soldados, no obedezcais a vuestros llamados jefes, si os mandan tirar contra el pueblo, en donde se encuentran vuestros padres y hermanos !.

¡ Agentes uniformados, al servicio del régimen franquista : no hagáis resistencia al pueblo si queréis evitar el derramamiento de más sangre !

¡ Abajo la tiranía y la esclavitud !
¡ Viva la unión del Pueblo !
¡ Viva la Libertad !

AGRUPACION DE RESISTENTES ANTIFRANQUISTAS.

España, Octubre.1956.

Al margen de esta actividad editora, Sabaté había grabado algunos discursos en cintas magnetofónicas y, de vez en cuando, se presentaba en algún lugar concurrido por los trabajadores, incluso en comedores de fábricas, donde ponía el magnetófono en marcha y les hacía escuchar palabras que jamás hubieran imaginado pudieran decirse públicamente en España.

*El Quico*, a través de su actividad infatigable, iba entrando en la leyenda, convirtiéndose —en Cataluña — en el enemigo nº 1 del régimen franquista.

Esta actividad había de encontrar, en cambio, sus inconvenientes, especialmente —y aunque parezca increíble— por parte de los organismos libertarios en Francia, los cuales, después de haber censurado la denominación *Grupos Anarcosindicalistas* —considerándola como una usurpación— criticaron el conjunto de su trabajo, llegando también a señalar a Sabaté como responsable de la caída de *Solidaridad Obrera*. Es más, se le acusó incluso ¡con cuánta irresponsabilidad, falta de sentido común y mala fe! de querer provocar un cisma orgánico.

Veamos como muestra lo que decía el Informe de Gestión y Orden del Día para el VII Pleno Intercontinental de Núcleos (julio de 1956) redactado por la Comisión Intercontinental de Relaciones (F.A.I.) en el cual se reproducía el informe nº 2 de los *Grupos Anarcosindicalistas* y, a continación el increíble texto siguiente:

> «*Todos cuantos compañeros militan en nuestra Organización saben que en todo momento han tenido y tienen la facultad de exponer libremente cuantas inquietudes sientan, facultad que nunca nadie ha buscado ni buscará a cercenar. Lo que nadie tiene derecho a hacer en nuestro Movimiento es dividirle, creando una nueva Organización dentro de la Organización, que es lo que Georges Fontenis hizo en la* Fédération Anarchiste Francaise

*(F.A.F.) con la creación de la O.P.B.*[1], *que es lo que en definitiva se ha pretendido hacer con esta circular* ».

«*A todos los grupos y a todos los militantes les corresponde calibrar la gravedad que esta circular encierra y la responsabilidad en que sus autores puedan haber incurrido*».

«*Añadiremos que por esta misma llamada Federeción (?) han sido publicadas una hojitas tituladas* El combate, Organo de los Grupos Anarcosindicalistas. *En la elaboración de la primera de esas hojas sabemos ha colaborado un ferviente amigo y servidor incondicional de Fontenis, el que deshizo la F.A.F. y crea más tarde la* Fédération Communiste Libertaire, *que con armas y bagajes se ha pasado al trotskismo*».

«*Por último, y con el nombre de* RUTA, *ha salido también una nueva hoja titulada* Organo de la Federación Comunista Libertaria Española, Sección Internacional Comunista Libertaria».

---

(1) Se trata de **Organisation Pensée Bataille**, organismo clandestino creado en el seno de la F.A.F., hacia enero de 1950, con el propósito de transformar la Federación Anarquista Francesa en una organización de lucha de clases con intervención directa en la política. La actividad de la O.P.B. permitió la creación de la **Federation Communiste Libertaire** (F.C.L.), semejante en todo al G.A.A.P. de Italía (**Gruppi Anarchici di Azione Proletaria**) capitaneado por Pier Carlo Masini. La F.C.L., de la cual el elemento más visible era Georges Fontenis, logró incluso apoderarse del periódico anarquista **Le Libertaire** convirtiéndolo en el paladín de la nueva organización. La F.C.L. y el G.A.A.P. mantenían sólidas relaciones y ambas fracciones se presentaban, en sus respectivos países, como «dignos representantes del anarquismo». Tanto el G.A.A.P. como la F.C.L. tuvieron vida efímera.

*«Tenemos la intima convicción de que esta última hoja nada tiene de común con las primeras, si no es que la cuadrilla fontenista y su O.P.B. pueden haber pensado en el refrán «a río revuelto ganancia de pescadores» y pretendan, sirviéndose de la actuación poco responsable de aquellos compañeros, sembrar la desorientación y crear el confusionismo».*

Los autores de este texto calumnioso y lleno de maledicencia se designaban entonces con las iniciales P.T. y C., troica que estaba en la Comisión de Relaciones de la F.A.I.

*El Quico* intentó defenderse de tales acusaciones y cursó a la Organización varios informes en dicho sentido. Fue inútil, Para poder contrarrestar *el trabajo* de los Comités hubiera tenido que abandonar su actividad conspirativa en España y aceptar el juego estéril y destructivo de las circulares y contracirculares. Herido en el alma —como lo fueron en ese período otros compañeros— decidió hacer caso omiso y seguir el camino emprendido, apoyándose simplemente en las buenas voluntades —que tampoco faltaron— dispuestas a secundarle en su tarea.

La actividad de los *Grupos Anarcosindicalistas* cesó con la represión desencadenada en España en diciembre de 1956 y enero de 1957, durante la cual, como veremos en páginas posteriores, fueron detenidos 43 militantes de la C.N.T. en diversas localidades de Cataluña, acusados de organización clandestina y sobre todo de colaboración con Francisco Sabaté. En sus atestados figuraba, naturalmente, el cargo «atentado contra la seguridad del Estado».

Para concluir este capítulo de los *Grupos Anarcosindicalistas,* aunque luego narraremos los incidentes con mayor detalle, anticiparemos que Sabaté, organizador y animador de dichos grupos, fue detenido nuevamente en

Francia al descubrirse un depósito de armas cerca de la frontera española. Fue condenado en rebeldía el 28 de mayo de 1957 a un año de cárcel. *El Quico* presentó recurso contra la sentencia, fue juzgado de nuevo el 12 de noviembre de 1957 y condenado a 8 meses de cárcel y a cinco años de confinamiento. Salió en libertad en julio de 1958.

José Lluis Facerías vivía clandestinamente en Italia desde febrero de 1952 pero desde allí mantenía relación constante con sus compañeros de España y Francia. Después de un intercambio de correspondencia con Sabaté, Facerías aceptó volver a España para trabajar conjuntamente en la labor conspirativa.

Así, pues, Facerías —junto con un italiano— franqueó la frontera franco-italiana en febrero de 1956. En territorio francés, como habían convenido de antemano, les esperaba *el Quico* con una camioneta, medio de transporte que debía permitirles, con relativa seguridad, internarse en Francia.

Sabaté y Facerías quedaron citados para una fecha determinada cerca de la frontera Española. Facerías, antes de atravesar otra vez los Pirineos, quería cambiar impresiones con sus amigos de París, Toulouse y otras localidades, y ver por sí mismo el ambiente que imperaba en la Organización, en Francia, de la cual estaba distanciado hacía algunos años.

El punto de la cita para pasar a España con Sabaté fue una casa de campo, *La Graboudeille*, ubicada a unos dos kilómetros de la frontera. El *mas* era explotado por el francés Michel Guisset, con su esposa e hijos.

Sabaté hacía cerca de 10 años que conocía a esa familia de campesinos, pues en 1947 había trabajado

circunstancialmente en la región de mecánico, en la construcción de un transportador aéreo que correspondía, creemos, a una mina de tungsteno de Serrabonne. El cable aéreo era conocido en la región como *cable de Serramitjana.*

Sabaté conocía aquella región palmo a palmo pues era un lugar ideal para el paso clandestino de la frontera.

El *Mas Graboudeille* se encontraba situado a unos 4 km al oeste del establecimiento termal de la Preste. Entre el *mas* y la frontera, 2 km, sólo existía otra casa de campo, explotada por el hermano de Guisset, a unos 500 metros de la línea. Y, entre el *Mas Graboudeille* y el citado establecimiento termal, otra casa de campo, *La Barragane*, que habitaba la hermana de los dos primeros. Al norte, este y oeste, el terreno era bastante quebrado, totalmente deshabitado —salvo algunos pastores con sus rebaños— pero de fácil tránsito.

Nuestros compañeros se encontraron en el lugar de la cita sin que se produjera ningún percance y después de exponerse mutuamente sus planes llegaron a un acuerdo.

Ya hemos visto cómo, en esta época, la actuación de Sabaté se hacía no solamente al margen de la Organización sino en contra de sus decisiones. En esta situación, que a él le llenaba de amargura, y partiendo del principio de que su actividad debía ser ignorada todo lo posible por sus enemigos —y entonces, entre sus enemigos figuraban los Comités del M.L.E.-C.N.T. en Francia— hizo prometer a Facerías que su viaje conjunto a España se haría sin que los Comités orgánicos de Toulouse estuvieran informados y sin tener con ellos el menor contacto. Pero Facerías ya se había entrevistado con los miembros del Secretariado Intercontinental antes de acudir a la cita del *Mas Graboudeille* y, probablemente, para evitar una discusión con *el Quico*, prefirió no infor-

marle. Ambos hombres tenían sobre el particular opiniones coincidentes, pero Facerías, menos amargado quizá porque todavía no había encajado directamente toda la saña de los Comités, y con la ambición, sin duda bien justificada, de intentar realizar una obra más eficaz sin oposiciones siempre perjudiciales, procuró obtener un respaldo orgánico —aunque sólo fuera verbal— que podía permitir coordinar ciertos esfuerzos en España y evitar con ello cortar radicalmente todos los puentes con la Organización. Sin embargo, esto que temía, no tardaría en hacerlo y de manera todavía más definitiva que la del propio Sabaté.

El grupo, compuesto por Sabaté, Facerías, un italiano y Angel M.U., llegó a Barcelona sin novedad.

Ya en España, *el Quico* no tardó en enterarse de la *traición* de su amigo, pues, en uno de los «buzones» de la Ciudad Condal, le esperaba una carta de un compañero de Toulouse que le informaba con detalle de la visita de *Face* al Comité de la Rue Belfort. En cuanto *el Quico* leyó la carta aludida, muy estricto en sus cosas, perdió toda la confianza en su amigo, pues juzgó lisa y llanamente que se trataba de una traición, y después de una animada discusión, que degeneró en disputa, los dos hombres decidieron separarse, separación que, desgraciadamente, fue para toda la vida. Ambos lamentaron más tarde el estúpido incidente. Cuando cayó asesinado Facerías, Sabaté lloró su muerte como la de un hermano.

Facerías se encontró entonces solo en España con el italiano que le había acompañado y con los únicos medios que Sabaté le facilitó, armas y algún dinero. Sin contactos seguros después de tanto tiempo de ausencia, y con la enemistad de Sabaté con el cual al fin y al cabo debería cruzarse si permanecía en la capital catalana, decidió, lleno de amargura, regresar a Italia, cosa que hizo en el mes de marzo.

Sabaté, contra tirios y troyanos, prosiguió su organización de la región catalana. Tenía entonces el íntimo convencimiento de que la lucha contra Franco, cuando todo el mundo ya había perdido la fe en una eventual intervención de las cancillerías mundiales, iba a generalizarse. Las sumas que invirtió en esta actividad subversiva fueron fabulosas si se considera que todo el dinero tenía que procurárselo por los medios que ya sabemos y si algún día se logra hacer un balance de toda la actividad de Sabaté en Cataluña se llegará a resultados sorprendentes.

Los fondos que Sabaté se procuraba para su actividad clandestina, sin embargo, siempre eran insuficientes. Los planes *gigantescos* que le ilusionaban no se podían financiar con su exclusivo esfuerzo personal. Más adelante veremos la terrible represión que se desencadenó en la comarca *trabajada* por Sabaté, que dio al traste con tanto esfuerzo y que condujo, como siempre, a docenas de compañeros a las mazmorras franquistas. Pero, intentaremos seguir el orden cronológico de los acontecimientos.

El día 21 de marzo de 1956 Sabaté caminaba por las calles de Barcelona con otro compañero cuando un sexto sentido, desarrollado a través de tantos años de lucha y de peligros, le advirtió, en Atarazanas, que era seguido. Varias veces se detuvo para observar si su aprensión era fundada, pero siempre vanamente. Pero *el Quico* creía en su instinto y sabía que un peligro le acechaba. Con su amigo tomó un camino complicado que excluía toda posibilidad de que alguien les siguiera de manera casual. Al volver una esquina ordenó a su acompañante que se alejara y el se apostó en el ángulo. Fue entonces cuando Sabaté comprobó que no se había engañado. No tardó en oir que alguien se acercaba con pasos apresurados.

El hombre que tanta prisa tenía se tropezó, al volver la esquina, con la boca de una pistola y dos ojos pardos, casi negros, que le interrogaban. Sabaté, con cara de pocos amigos, le pidió la documentación. Pero el amenazado no era otro que un veterano policía, el inspector José Félix Gómez de Lázaro y Hernáiz [1] el cual, pasado el primer momento de sorpresa, en vez de obedecer a la intimación de Sabaté, intentó sacar la pistola. *El Quico* disparó casi a bocajarro y el inspector dejó su vida en la Carretera de Montjuich del barrio de Pueblo Seco. Sabaté para saber de quien se trataba se llevó su documentación.

La policía ya estaba al corriente de la presencia en Barcelona de Sabaté y de Facerías, pero ignoraba que los dos amigos habían reñido al llegar a la Ciudad Condal.

En los periódicos de los días 22 y 23 aparecían en un recuadro las fotografías antropométricas de Facerías y de Sabaté y la policía acusaba a ambos de ser los asesinos de Gómez de Lázaro. La fotografía de *Face* era la policíaca, pues ya había purgado una pena de cárcel en Barcelona en 1946, por tenencia ilícita de armas y organización clandestina, pero la de Sabaté tenía otro origen, pues la policía de España nunca había tenido la ocasión de fotografiarle y en el único sitio que tenía ficha antropométrica era en Francia. La *solidaridad* entre *servicios* se iba afirmando a través de los años.

Sabaté necesitaba recaudar fondos y cuando llegó a Barcelona con Facerías ya tenía proyectado un atraco

---

(1) Nacido el 28 de junio de 1909. Ex combatiente del ejército franquista. Poco después de terminada la Guerra Civil entró á formar parte de la plantilla de Barcelona (1-7-1941). Cuando perdió la vida prestaba sus servicios en la Comisaría del Distrito Sur (Avenida de José Antonio, nº 420).

a la Agencia nº 17 del Banco Central, sita en la calle Fusina, nº 7, pero la ruptura con Facerías, aunque le obligó a modificar el plan inicial, no hizo que lo abandonara. El golpe fue dado con una habilidad y audacia increíbles.

La citada agencia se encontraba muy cerca del Mercado del Borne. El 23 de mayo, a las once de la mañana, con un cesto grande de ir a la compra —que justificaba la proximidad del mercado— Sabaté y Angel alquilaron un taxi y se apearon cerca del Banco, pero de manera que una esquina impidiera ver al chófer los acontecimientos que no iban a tardar en producirse.

El día era lluvioso y la pareja de guardia, que generalmente paseaba delante del establecimiento, había penetrado en él para guarecerse, pero se había apostado detrás de la puerta giratoria de aceso al vestíbulo donde estaban las taquillas.

*El Quico*, con paso decidido entró en el Banco y descubrió la metralleta *Thompson* que llevaba debajo de la gabardina. Uno de los guardias hizo ademán de sacar la pistola pero Sabaté de un culatazo en el brazo hizo caer la pistola al suelo, luego desarmó al segundo y se guardó las armas en los bolsillos.

El Banco estaba concurridísimo: unas dos docenas de personas. Mientras Sabaté tenía a raya a clientes, empleados y guardias, su amigo se afanaba en llenar de dinero el enorme cesto que habían llevado consigo (por cierto que, con la precipitación, se dejó una cantidad bastante importante).

Angel, con el cesto cubierto con un saco, se dirigió hacia el taxi que les estaba inocentemente esperando, mientras tanto *el Quico* protegía su retirada. Cuando calculó que su amigo había llegado al vehículo, sacó del bolsillo una bomba de mecha que llevaba preparada, la encendió y la colocó delante de la puerta, no sin acon-

sejar a los testigos involuntarios del suceso que se tendieran en el suelo, lo más lejos posible de la entrada, pues el artefacto iba a estallar a los pocos segundos. El consejo fue seguido por todo el mundo y Sabaté se dirigió a su vez hacia el taxi cuyo chófer no se había enterado de nada.

La mecha de la bomba, después de humear generosamente, se extinguió sin que se produjera la temida explosión. Fue entonces cuando se llamó a la policía. Los agentes llegaron con tanta rapidez como aparatosidad y, después de llevarse el *artefacto explosivo* al parque y ser desmontado por los artificieros, entonces se comprobó que se trataba de un simple tubo lleno de arena con un papelito dentro que decía: «Para que veais que no soy tan sanguinario como decís. El Analfabeto». Podía haber firmado Francisco Sabaté, pues lo de *sanguinario* y *analfabeto* era el latiguillo que siempre figuraba en los partes policíacos entregados a la prensa cuando del *Quico* se trataba.

Sabaté y Angel M... regresaron a Francia el 26 de julio de 1956. Sin embargo, este último, ya franqueada la frontera, fue detenido el mismo día, indocumentado, en Prats-de-Mollo. La policía encontró en su poder una pistola *Star* de 9 mm.

El 9 de agosto Angel M... era juzgado por paso clandestino de fronteras y tenencia ilícita de armas. El tribunal le concedió circunstancias atenuantes y sólo fue condenado a doce días de cárcel.

La Organización en el exilio no había resuelto ninguna de sus contradicciones. Por una parte, existían los Comités y Comisiones múltiples que disponían de una estructura legalizada (M.L.E.-C.N.T.) o tolerada (F.I.J.L.

y F.A.I.) por las autoridades francesas. Por otra parte, algunos compañeros luchaban estérilmente en las asambleas, plenos y congresos para intentar desligar esa actividad LEGAL y casi exclusivamente burocrática, de la acción conspirativa que sólo podía desarrollarse en la clandestinidad. Generalmente era la tendencia comiteril, apoyada en la pasividad de los más, la que imperaba. En realidad, si se hubiera adoptado una línea de conducta combativa muchos hombres hubieran tenido que salir de su apatía, mientras que la prosecución de una política de poltronería y la desautorización de todos aquellos que no la aceptaban servía de justificación a toda una masa apática y más predispuesta a discutir temas abstractos, como por ejemplo : «Posición de la Organización ante la eventualidad de una nueva guerra mundial», que a tomar decisiones para la guerra que tenían declarada desde 1936 contra el franquismo.

Sabaté, pues, volvió de nuevo a la lucha como francotirador, siempre solo y con sus propios medios.

En el mes de noviembre de 1956 salía de nuevo hacia Barcelona con dos hombres: Angel M... y un ex guerrillero al que llamaremos *el Gallego*[1]. Su última etapa en Francia la hicieron en el *Mas Graboudeille*.

Ya hemos dicho que *el Quico* se dedicaba intensamente a crear bases y grupos para que estuvieran en condiciones de intervenir el día que fuera posible desarrollar una acción generalizada que diera al traste con el régimen franquista. A estos grupos Sabaté no confiaba misiones de ningún género, salvo la distribución de propaganda impresa y la labor proselitista de captar nuevos miembros. Ni tan siquiera los grupos contribuían con la menor cotización, pues *el Quico* sabía por expe-

(1) Este nombre es ficticio.

riencia que este método, corriente y normal cuando se podía actuar libremente, era contraproducente en la clandestinidad pues sólo servía para facilitar pistas a la policía y permitir que ésta desmantelara periódicamente toda la organización penosamente conseguida. Por consiguiente, todos los gastos que ocasionaba su red clandestina, propaganda, viajes, armas, etc., los financiaba Sabaté con los fondos conseguidos mediante la *expropiación* sistemática. Otro de los principios que aplicaba *el Quico*, casi sin excepciones, era no hacer intervenir en los actos de *expropiación* a elementos organizados o residentes en España. De esta manera quería evitar que una simple detención accidental acarreara la catástrofe y complicara con penas severísimas a todos los demás. Pero el dinero que Sabaté *recuperaba* era engullido rápidamente y siempre tropezaba con este escollo principal, la falta de dinero...

Nuevamente, Sabaté había proyectado un *golpe* importante Su *financiero* del momento iba a ser la empresa de construcción *Cubiertas y Tejados* de Barcelona. Las oficinas y pagaduría de dicha empresa se encontraban en la calle de Lincoln, nº 12. El atraco fue planeado para ser realizado sólo con tres hombres.

Sabaté dejó a Angel M... y *el Gallego* en Tarrasa y él fue a la capital para preparar todos los detalles del proyectado atraco. Días después fue a buscar a Angel y, cuando todo estaba a punto llamó al *Gallego*. Este se reunió en Barcelona con sus amigos a primeros de diciembre.

La operación fue proyectada para el día 22 de diciembre de 1956, fecha apropiada para poder conseguir el botín más importante, pues se trataba de la paga de Navidad. El atraco se realizó con la meticulosidad de una operación de comando.

Previamente situados a cierta distancia de la empresa, con el objeto de verificar que no se había producido ningún cambio intempestivo de última hora, Angel y *el Gallego* esperaban la llegada de Sabaté. Este, a la hora prevista, las cuatro de la tarde, llegó con un taxi.

*El Quico,* que había descendido a cierta distancia de la empresa, quedó algo sorprendido al ver, cuando avanzaba hacia el objetivo, que sus amigos no se movían y no salían a su encuentro como habían convenido. Tuvo que llegar hasta ellos y preguntarles:

—*¿Qué pasa? ¿Qué diablos esperáis?*

—*Hay mucha gente dentro* —contestó Angel.

Las oficinas de *Cubiertas y Tejados* presentaban una particularidad: instaladas modernamente, con amplios ventanales, eran perfectamente visibles desde la calle; ese día, sin contar los empleados, había unas dos docenas de personas esperando o efectuando operaciones en las ventanillas. Al franquear el umbral, la sala formaba un ancho vestíbulo, donde, vigilando el movimiento, campeaba un brillante portero de flamante uniforme.

Al oir la observación de sus amigos, Sabaté replicó:

—*¡Venga! Eso no tiene la menor importancia. Vamos a entrar...*

Sumó el gesto a la palabra y sus dos amigos le siguieron. Los tres iban correctamente vestidos, lo único que podía diferenciarles de cualquier cliente ordinario eran las metralletas *Thompson,* de calibre 45, que llevaban disimuladas debajo de las gabardinas.

Ya en el vestíbulo, el portero, amablemente, les preguntó lo que deseaban.

—*Quisiéramos* —dijo Sabaté— hablar con el señor *Guillén.*

—*¿Guillén?... ¿Guillén?...*

—*Sí, Guillén* —insistió Sabaté, y al mismo tiempo, con naturalidad, como si conversara con un viejo amigo, le puso la mano en el hombro y sonriente, como si le contara un chascarrillo, añadió:

—*Si quieres conservar el pellejo trata de no hacer el menor gesto anormal y sigue mis indicaciones sin rechistar. Soy «el Quico» ¿sabes?... Acompáñanos al primer piso, como si fuéramos clientes de marca. ¡Anda, pasa delante!*

—*Por favor... tengan en cuenta que tengo mujer e hijos...*

—*El que debe tenerlo en cuenta eres tú* —le dijo «*el Quico*»—, *haz lo que yo te diga y no te pasará nada. ¡Andando!*

*El Gallego* se quedó en el puesto que ocupaba el portero sin que nadie hiciera el menor caso. A la izquierda del vestíbulo, una escalera conducía al primer piso. Por ella subieron: el portero delante, Sabaté y Angel detrás. Ya en el piso llegaron a una salita con tres puertas.

—*Llama discretamente a la de la derecha* —indicó Sabaté al portero.

La puerta se abrió en seguida y el portero no tuvo necesidad de pronunciar ninguna palabra: el duro cañón del arma automática de Sabaté le empujó dentro de la sala donde se encontraban cinco empleados.

—*¡Qué nadie se mueva! Al menor gesto os achicharramos a todos!* —amenazó Sabaté.

El tono era sin duda convincente pues nadie parpadeó. Sabaté hizo poner a todos los empleados con las manos apoyadas en la pared, con los pies bastante sepa-

rados de la misma para que estuvieran en posición de desequilibrio y entonces preguntó:

—*¿Quién de vosotros es el cajero? ¡Qué venga!*

Apareció el cajero y éste, invitado por *el Quico*, se acercó a un armario que cubría toda una pared de la oficina. Abrió una puerta que dejaba ver estantes llenos de archivadores. Esta parte del armario giraba y descubría la caja de caudales empotrada en la pared.

Mientras Sabaté vigilaba a los presentes, Angel llenaba de fajos de billetes un saco ¡Cerca de un millón de pesetas! Concluida la *recolección, el Quico* dirigió un breve discuso a los paralizados empleados. Con pocas palabras les explicó que el dinero que se llevaban estaba destinado a sostener la resistencia contra el régimen franquista.

Una vez terminadas sus explicaciones les dijo;

—*Ahora me acompañaréis todos, en silencio, al sótano, Antes de marcharnos queremos visitar la caja de caudales principal.*

Para llegar al sótano tenían que pasar obligatoriamente por el vestíbulo de la planta baja, donde se encontraban las taquillas. A la derecha, un corto pasillo conducía a una escalera que desembocaba en el sótano donde se encontraba la caja de caudales con valores, divisas, etc. Cuando llegaron a la sala que daba a la calle vieron con sorpresa que *el Gallego* tenía encañonados a todos los empleados y clientes con el dedo firmemente aplicado en el gatillo.

Este contratiempo inesperado impedía dar continuidad al proyecto pues la alerta exterior podía producirse de un momento a otro. Sabaté, rápidamente, sacó una navaja y se puso a cortar cuantos cables telefónicos encontraba a mano, pero dada su abundancia, compren-

dió que perdería mucho tiempo para inutilizar todos los aparatos. Por otra parte, en la acera de la calle, algunos transeuntes se detenían para contemplar el espectáculo, sonrientes, pues suponían que se estaba rodando una película de *gangsters*.

Sabaté se dirigió a cuantos se encontraban en la sala:

—*Si alguien sale por la puerta le garantizo que no tendrá ocasión de contar la aventura.*

Angel, con el saco de dinero, les precedió de unos metros en dirección del taxi con el que había llegado Sabaté y que estaba esperando pacientemente ignorante de lo que ocurría.

—*¡Pon el coche en marcha!* —le intimó Angel.

—*¡Eh!...* —exclamó el conductor—, *estoy esperando a otro señor, a usted no le conozco...*

Angel, sin perder tiempo en discusiones, le puso el cañon de la *Thompson* en las narices y le dijo:

—*¿Y ahora, me conoces?...*

No tardaron en llegar sus dos amigos. Todos penetraron en el taxi y éste arrancó inmediatamente. El chófer, no sin razón, seguía gruñendo de que se le tratara con tan poca consideración.

Sabaté pregunto al *Gallego* que es lo que había sucedido en la planta baja mientras él estaba en el primer piso.

—*Pues, nada: algunas personas querían marcharse y tuve que sacar el arma para disuadirlas.*

No era el momento más adecuado para discutir y nada respondió Sabaté. Sin embargo, esta falta de serenidad del *Gallego* podía haberlo echado todo a rodar.

*El Quico* le había dado la consigna de dejar entrar y salir la gente mientras nadie se diera cuenta de lo que pasaba.

Una vez llegados al punto que habían indicado al taxista, los tres amigos se dispersaron. Sabaté aconsejó al conductor que fuera inmediatamente a avisar a la policía para que no quedara comprometido en el atraco. Luego, cogiendo y cambiando varias veces de taxis se reunieron en un lugar convenido de antemano.

Era fácil prever que golpe tan audaz, realizado en pleno día, solamente por tres hombres y dada la importancia del botín en detrimento de una sociedad influyente, iba a movilizar todas las fuerzas de policía para dar caza a los autores. Además, aunque no fuera un indicio capital, la policía sabía que debía orientar sus pesquisas hacia Sabaté.

La más elemental prudencia exigía, pues, que permanecieran unos días ocultos, sin poner los pies en la calle. Así pasaron los días 23 y 24 de diciembre. El lunes 25, Sabaté comunicó a sus compañeros que iba a hacer un corto viaje a un pueblo de la provincia, donde tenía pendientes algunas gestiones.

Después de insistir para que sus amigos no se movieran de donde estaban bajo ningún pretexto, Sabaté —disfrazado— realizó el viaje y estuvo de regreso el mismo día por la tarde.

A su llegada se enteró de que Angel M... había salido a la calle. El enfurecimiento del primer momento se convirtió en inquietud al ver que las horas pasaban y que su compañero no regresaba. Decidió, pues, salir en su busca. Con las debidas precauciones se dirigió a algunas casas —que Angel conocía— en las cuales podía haberse presentado.

En los primeros domicilios que visitó no pudo lograr el menor indicio. *El Quico,* cada vez más precupado, se dirigió a la casa de una viuda que vivía con su hijo en la Diagonal, arteria céntrica barcelonesa. Prudente en extremo, en lugar de llamar a la entrada principal pasó sigilosamente por el jardin y llamó a la puerta que daba al mismo. Fue el hijo de la señora a abrir, pero en cuanto vio de quien se trataba hizo el ademán de agacharse. Sabaté, con reflejo instantáneo, se arrojó prestamente a un lado. Sonaron unos disparos y las balas silbaron en sus oídos. Sabaté, sin perder un instante, cruzó de nuevo el jardin y escapó. Afortunadamente para *el Quico,* los agentes estaban concentrados en la parte anterior de la vivienda, pues suponían que Sabaté, si se presentaba, llamaría a la puerta principal. ¿Cómo conocía la casa la policía? ¿Por qué le esperaban en ella? Sabaté, tras muchas cábalas, llegó a la conclusión de que Angel había sido arrestado. El enigma pudo aclararlo más tarde.

La perfecta colaboración de la policía internacional, que ya hemos aludido varias veces, había permitido localizar —por medio de cierta correspondencia cruzada entre Francia y España— la dirección de un matrimonio que vivía en la Travesera de las Corts. Después del atraco en la empresa *Cubiertas y Tejados,* la policía irrumpió en dicho domicilio el día siguiente del suceso, es decir el 23 de diciembre, a las dos de la madrugada. Sometido a inmediato interrogatorio, el inquilino de la casa, Miguel E., confesó lo que la policía ya sabía, es decir que Sabaté había recibido allí alguna vez correspondencia procedente de Francia.

Cabía la posibilidad, pues, de que Sabaté se presentara por allí. La policía, en previsión, detuvo al matrimonio y se aposentó en el piso. Para mayor seguridad hizo lo mismo en casa de la suegra, la señora de la

Diagonal, que es donde Sabaté fue tiroteado y que, como hemos visto, salió ileso por verdadera casualidad.

Había comenzado, con la imprudencia de Angel M... el primer acto de una tragedia que iba a tener amplias repercusiones y afectar a múltiples hogares de trabajadores.

Angel M..., como Sabaté suponía, había caído en las garras de la policía. Fue apresado en la ratonera preparada en la Travesera de Gracia. Semejante percance suponía que la casa donde Sabaté y *el Gallego* estaban refugiados — en la calle de Tarrós, situada en el casco antiguo de la capital— ya no ofrecía la menor seguridad, como tampoco los demás domicilios conocidos por el detenido. Sabaté tenía ciega confianza en Angel, sabía que tardaría en hablar pero no ignoraba que llegaría a contar todo lo que sabía; los métodos de interrogatorio se habían perfeccionado mucho en España. Consiguientemente, nuestros amigos decidieron levantar el ancla inmediatamente.

Los dos hombres salieron de su escondrijo hacia las nueve de la noche y a las diez y media —con aparatoso despliegue de fuerzas— la policía penetraba en el refugio abandonado, donde, si no encontró lo que buscaba, pudo comprobar que seguía un rastro todavía caliente; en la mesa estaban puestos los platos de la cena, pero sin servir.

La primera preocupación de Sabaté al abandonar la calle Tarrós fue poner a salvo el importante material de todo tipo que conservaba en otro domicilio de la calle Bassegoda, en el sector extremo oeste de Barcelona, entre las barriadas de Sans y de las Corts, que también conocía Angel M... Para que les ayudara en el trabajo de evacuar sus cosas, Sabaté recurrió a otro compañero. Llegados en taxi al lugar indicado, Sabaté apostó a los dos hombres en el portal y él subió a la casa para preparar el mate-

rial: armas, explosivos, propaganda impresa, magnetófono, cargas para el mortero que utilizaba en el lanzamiento de propaganda, etc. Cuando más atareado estaba, *el Quico* oyó un griterío en la calle: *¡Policía! ¡Policía!...*

Sabaté empuñó la *Thompson* que llevaba en bandolera y se lanzó escaleras abajo. Sabía que cuando las fuerzas armadas llegaban a un lugar no era cuestión de parapetarse y esperar que completaran el cerco: o se abría camino en el primer momento o había que prepararse a morir irremediablemente.

Su sorpresa, al llegar a la puerta de la calle, fue no ver a nadie salvo a sus dos compañeros. Estos le explicaron que los gritos procedían del chófer del taxi que los condujo hasta allí y que acababa de huir con el coche. Sin duda advirtió algún detalle que le hizo comprender que había transportado, y estaba esperando, a pasajeros fuera de lo normal.

Este incidente quedaba agravado por el hecho de que en el asiento posterior del taxi se había quedado un maletín con buena candidad de dinero. Por otra parte cabía suponer que el prudente taxista alertaría a la policía. Por cierto que, no muy lejos de allí, había una comisaría y un cuartel. No cabía pensar en salvar el material tan penosamente reunido.

Dos vigilantes nocturnos, que haban oído los alaridos del taxista, se presentaron seguidamente en la calle y uno de ellos, pistola en mano, se acercó a los tres amigos que habían disimulado sus armas y preguntó:

—*¿Quiénes son ustedes y qué hacen aquí?*

*El Quico,* que no estaba de humor para dialogar, contestó secamente y sin pestañear:

—*¡Soy Sabaté! ¿Comprendido? pues... ¡lárgate, rápido! no quisiera tener que matar a un desgraciado...*

En estas estaban cuando el segundo vigilante se aproximó para saber lo que ocurría. Pero el primero había comprendido perfectamente, pues dirigiéndose a su colega le dijo como si estuviera sonámbulo, mientras enfundaba la pistola:

—*Vente... que aquí no tenemos nada que hacer.*

Sabaté, acompañado de sus dos compañeros, se alejó del lugar a paso acelerado. Pero el problema inmediato consistía en encontrar lo antes posible un lugar seguro de refugio, pues toda la policía de Barcelona no iba a tardar en lanzarse a la caza del hombre. ¿Qué lugar podía ofrecer ciertas garantías? Angel M... conocía muchas cosas, demasiadas...

A respetable distancia del lugar del último incidente Sabaté dijo a sus compañeros que le esperaran mientras él iba a comprobar si podían instalarse en otra casa cercana.

Ya de regreso, *el Quico* vio con sorpresa —otra de la agitada jornada— que sus compañeros habían desaparecido. Andando de un lado para otro y en espera de que regresaran, Sabaté pasó casi una hora de angustia mortal. Después de tanto tiempo de espera, escondido en la sombra, vio llegar a lo lejos patrullas de policía y de Guardia Civil. Ni que decir tiene que Sabaté se alejó inmediatemente de la nueva zona peligrosa.

Al poco rato Sabaté decidió tomar un taxi. Observando por las ventanillas para evitar un eventual control, al atravesar una calle creyó que estaba viendo visiones. Por allí andaba *el Gallego* a la deriva. Era una verdadera casualidad haber tropezado con él. Mandó parar el taxi y le hizo subir. Según las explicaciones del *Gallego,* mientras estaban esperando, el otro amigo dijo que iba a comprar tabaco y no regresó. Poco después observó movimientos sospechosos que le incitaron a alejarse de allí por precaución. Temía que el otro hubiera caído en

manos de la policía e incluso pensó que podía haber ido a denunciarles... *El Quico* no podía hacer otra cosa que dar por buenas las explicaciones. La pareja, siempre con el taxi, se dirigió a un lugar del Monte Carmelo, en el sector norte de la ciudad, donde precedentemente habían escondido, en el barracón de un solar, una maleta con unas 100 000 pesetas y una metralleta. Pero la maleta también había desaparecido. No cabía la menor duda, Angel M... vaciaba el saco, decía todo lo que sabía...

Quedaba todavía por resolver el problema principal: un sitio donde esconderse y esperar que la actividad policíaca perdiera intensidad. Sabaté había llegado a la conclusión de que ninguno de sus puntos de apoyo merecía en aquellas circunstancias la menor seguridad. Era preciso encontrar una casa nueva, un punto que interrumpiera la pista, que ningún indicio permitiera llegar a él. Después de concertarse los dos amigos optaron por una solución desesperada, el único camino que les quedaba.

Era ya una hora avanzada de la noche, las calles estaban cada vez más desiertas y seguir deambulando por la capital no era posible. Por otra parte, después de tanto trajín los dos hombres estaban físicamente agotados.

Después de abandonar el taxi se pusieron al acecho de un bar donde todavía bebían y charlaban algunos clientes. Cuando el primero de ellos abandonó el establecimiento le siguieron discretamente y al llegar el buen señor a su domicilio, en la calle de Cartagena, hacia el nordeste de la ciudad, Sabaté se le acercó y aplicándole el cañón de la pistola en los riñones le dijo:

—*Soy Sabaté. Voy a subir contigo a tu casa. No tengo otro remedio.*

Se trataba de un matrimonio que tenía una hija de unos 12 años. Sabaté, con toda cortesía, les explicó que

les molestaría lo menos posible, pero que mientras él y su amigo estuvieran allí no podría salir nadie a la calle y que nos les pasaría nada si no intentaban alguna jugarreta. El hombre, serenamente, le hizo observar a Sabaté que su plan era irrealizable pues tanto él como su esposa trabajaban y que si no iban al trabajo su ausencia causaría extrañeza y alguien acudiría para saber lo que pasaba. Sabaté comprendió que el argumento era válido y, después de reflexionar, decidió que el matrimonio podría ir a trabajar, que telefonearían a la escuela de la niña diciendo que estaba algo indispuesta y que él se quedaría en casa con la hija para que respondiera de su buena fe. El plan no dejaba de ser peligroso, pero Sabaté no tenía alternativa.

Pero todo transcurrió perfectamente y en este domicilio de fortuna permanecieron menos de 48 horas, el tiempo indispensable para recobrar aliento y pensar en las bases que la policía no podría descubrir en sus pesquisas. Sabaté y *el Gallego* pudieron instalarse en otra casa de Barcelona. Cuando abandonaron la calle Cartagena, *el Quico* indemnizó a la familia por las molestias y angustias que estuvo obligado a infligirla.

Sabaté se había visto acosado muchas veces, pero nunca tanto como ahora. La policía barcelonesa había trabajado sin descanso, noche y día, para acabar de una vez con el *enemigo público número uno.*

Para colmo de males, el 30 de diciembre, a eso de las seis de la mañana, estallaba una bomba en el monumento de la Victoria, en la plaza del mismo nombre, antes llamada del Siete de Oros, que une el Paseo de Gracia con la Diagonal. La bomba sólo causó daños en el zócalo, pero rompió numerosos cristales en las viviendas de los alrededores, pues su explosión fue muy violenta. Decimos

otra bomba porque ese monumento era el sitio predilecto donde, con relativa frecuencia, los resistentes colocaban petardos para *amenizar* las fiestas conmemorativas franquistas.

Ese monumento, en forma de obelisco, se erigió un día en memoria de Pi y Margall, apostol del federalismo español. Los fascistas, en 1940, arrancaron del monumento el medallón en el que figuraba el busto del discípulo de Proudhon, convirtiéndole en símbolo del triunfo de las armas de la tiranía con la complicidad de las democracias mundiales.

La policía, sin más averiguaciones, atribuyó la responsabilidad del hecho a Sabaté. Los mercenarios franquistas habían llegado a lo convicción de que, para *el Quico,* no había nada imposible.

Pero esta vez estaban seguros del triunfo. Tanto habían estrechado el cerco alrededor de Sabaté y tan convencidos estaban los sicarios franquistas de llegar a sus fines, que los principales responsables dormían en la Jefatura de Policía esperando la *inminente* noticia que les comunicara la detención o muerte del *Quico.*

Como hemos visto, Sabaté y *el Gallego* habían logrado escapar a las pesquisas inmediatas. Cerca de un mes permanecieron silenciosos, sin dar señales de vida. Fue a primeros de febrero de 1957 cuando Sabaté pensó regresar a Francia.

Pero mientras ellos estaban a salvo, con la caída de Angel M... y las informaciones que lograron extirparle, se desencadenaba en Cataluña una feroz represión con la ayuda de brigadas especiales llegadas de Madrid para secundar a sus colegas catalanes.

En primer lugar fueron descubiertas casas por donde Sabaté había pasado y sus dueños o inquilinos, ajenos siempre a las actividades del *Quico,* fueron detenidos.

A partir del 31 de diciembre de 1956 la policía arrancó de sus hogares a numerosas personas: 14 en Tarrasa, tres en Olesa de Montserrat, otras tres en Esparraguera, ocho en Ripoll, seis en Moyá, 10 en Barcelona [1].

Sabaté no tenía la menor confianza en *el Gallego*. Moralmente lo consideraba como un ser bastante despreciable pues a menudo había observado detalles que le confirmaban su impresión. Debido a la represión en la comarca del Llobregat, Sabaté pensaba dirigirse a Francia por un camino que hacía mucho tiempo no había recorrido, por Santa Coloma de Farnés, fuera de sus puntos de apoyo habituales. Sabaté consideró que era muy peligroso realizar tan largo viaje, con una suma importante de dinero, pues habían logrado conservar la mayor parte del botín de *Cubiertas y Tejados*, en compañía de una persona de catadura moral tan dudosa. Como veremos más adelante, Sabaté no andaba equivocado en sus cálculos.

En aquellas fechas se encontraba en Barcelona una compañera que gozaba de toda la confianza de Sabaté, María [2], con la cual había colaborado frecuentemente, pero que acababa de sufrir una grave operación y quería regresar a Francia. María ya había preparado su viaje que debía ser menos penoso que los que corrientemente hacía Sabaté. *El Quico* fue a visitar a María y le expuso claramente el problema, los temores que le inspiraba *el Gallego* y la necesidad de que fuera con ellos una tercera persona.

---

(1) El 14 de julio de 1958 se celebró el Consejo de Guerra contra 43 acusados detenidos entonces. En el momento del proceso 27 encausados gozaban de libertad provisional concedida después de seis meses de detención. Angel M.U. fue condenado a treinta años de reclusión.

(2) El nombre de María es ficticio, por deseo expreso de la interesada.

María no se sentía con fuerzas para seguirles y le hizo ver que su presencia, más que una ayuda sería un estorbo. Sabaté, para conseguir la aceptación de María, prometió que harían el viaje a base de etapas cortas, al paso que ella pudiera soportar, que no iría cargada, etc. María, que en el fondo deseaba hacer el viaje con *el Quico,* se dejó convencer fácilmente.

Ya fijado el día de la salida, el 6 de febrero, se dieron cita en la barriada de San Andrés. Sabaté se presentó vestido como un payés catalán, parecía un viejecito y cojeaba mucho. Llevaba boina, bufanda negra enorme y un cesto lleno de fruta. Debajo de la fruta... una metralleta cargada y todo su equipo de montaña.

María, con un hatillo, y Sabaté subieron a un compartimiento. Un niño cedió su asiento al *viejecito* y éste se sentó agradecido. *El Gallego* viajaba en el compartimiento contiguo, con una mochila bien repleta, como la de cualquier excursionista. Así llegaron a Granollers, donde esperaron dos horas el tren que debía llevarles hasta el pueblo geronés de Hostalrich, última etapa *motorizada,*

En Hostalrich, evitando el pueblo, se dirigieron directamente al monte, donde se equiparon para emprender la larga caminata hacia la frontera: pantalones fuertes, sólidas botas, pasamontañas. Habían llegado de noche y emprendieron la caminata. Cuando despuntaba el día se detuvieron en un bosque, comieron un bocado y se tumbaron a dormir, turnándose los tres en la guardia.

Sabaté, que no había recorrido este camino desde hacía once años, consideraba que era el que permitía llegar a la frontera con menos probabilidades de tropiezo.

Todas las noches se las pasaban nuestros amigos andando, despacito para no fatigar a María, con pequeños altos para restaurar fuerzas. Durante el día descansaban, bien escondidos en los bosques. Tres días transcurrieron

sin el menor incidente, salvo que se observaba en Sabaté un nerviosismo inusitado que nada justificaba. En realidad, lo que ocurría es que *el Quico* se había desorientado y no sabía reconocer el camino. Cuarenta y ocho horas después tuvieron que rendirse a la evidencia, el grupo se encontraba en un punto por el cual habían pasado tres días antes. *El Quico* estaba furioso y se maldecía a sí mismo. No solamente había perdido tres días sino que la comida escaseaba, no les quedaba ni un trozo de pan.

Para abastecerse de víveres decidieron abandonar el monte y aproximarse a la carretera. Llegaron a la vista de una cabaña de carbonero. El pequeño grupo se acercó, cautelosamente, pues Sabaté sabía que, con frecuencia, la Guardia Civil utilizaba esas cabañas para tumbarse a dormir. *El Gallego* se quedó de guardia en la puerta y Sabaté y María penetraron en la rústica vivienda. En la penumbra vieron a dos personas que dormían a pierna suelta; un viejo y un joven. Sabaté despertó al mozo y en voz baja le preguntó el camino para ir a determinado pueblo. Entonces el chico despertó al viejo llamándole padre. El hombre se incorporó y miró de mal talante a los desconocidos que le importunaban. Sabaté repitió la pregunta.

—*¡Márchense, márchense de aquí! ¡No sé nada!*

Sabaté, pacientemente, le habló en catalán, cosa que pareció dar cierta confianza al hombre. Por fin se dignó hablar. Todos los carboneros del sector habían sido avisados, el día anterior, de la obligación que tenían de denunciar a cualquier desconocido que apercibieran por aquellos parajes, so pena de ser detenidos y castigados.

El hombre insistió para que se marcharan cuanto antes. Prometió que él no diría nada, pero que se fueran de allí pues podían comprometerle. Se despidieron del hombre y el muchacho salió con ellos. Les explicó que su

padre había pertenecido a una organización sindical y que sólo por ese motivo había sido detenido y maltratado por la policía. Después de la guerra había pasado dos años en un campo de concentración y desde entonces se desentendía de todo. El chico les dijo que le esperaran un poco y volvió a penetrar en la choza. Desde fuera podían oir los gritos del padre y la voz suplicante del hijo. Al cabo de unos minutos salió el jovenzuelo con un pan grande y las indicaciones del camino que había pedido *el Quico,* suficientes y explícitas para que pudieran hacer dos etapas sin miedo a extraviarse. Como que el terreno era muy quebrado y boscoso decidieron caminar de día, pero siempre por la cumbre de los montes. Durante la jornada cruzaron varios grupos de carboneros a los que se limitaron a saludar, sin entablar conversación con ellos.

Caída la noche, *el Gallego* dijo que no podía resistir mas la sed, que estaba obligado a beber bastante a raíz de una operación en el estómago que le habían hecho hacía unos meses. Sabaté, siempre conciliante, decidió desviarse del camino para buscar agua donde fuera. Descendieron, pues, hacia un valle donde se veían varias cabañas de carboneros o leñadores. Cerca de una de ellas descubrieron tres damajuanas que sus propietarios habían casi enterrado en el suelo para conservar el vino fresco. Bebieron y llenaron las cantimploras. Para indemnizar a los dueños del vino Sabaté dejó un billete debajo de una de las damajuanas.

Otra vez escalaron el monte hasta llegar a la cima. María estaba tan agotada que cuando se sentaron, para descansar un momento, se quedó profundamente dormida. Al poco rato sus amigos la despertaron: se habían oído varios disparos. Podían proceder de un cazador furtivo, pero era mejor no tentar al diablo. Aquella noche anduvieron todo lo posible. Sabaté sabía que debían alejarse de aquella zona pues habían dejado huellas de su paso.

La noche siguiente se planteó de nuevo el problema del agua. Al atravesar un puentecito, *el Gallego* dijo que iba a bajar al lecho del riachuelo pues afirmaba haber oido correr el agua. No encontró ni una gota, sólo arena y guijarros. El suelo era cada vez más árido y arenoso. Para ganar tiempo tomaron un atajo cubierto de intrincados matorrales y zarzas. Estaban obligados a abrirse paso a bastonazos. Cuando llegaron a mejor terreno todos llevaban las manos ensangrentadas por los espinos, y María, bastante más pequeña que sus amigos, llevaba la cara con tantos arañazos que daba lástima verla. Al despuntar el día tropezaron con un paisaje verdoso y risueño, incluso encontraron un manantial que destilaba un fino hilo de agua fresquísima. Bebieron hasta saciarse y llenaron las cantimploras.

Todos habían perdido la noción del tiempo que llevaban caminando. El paisaje se transformó de nuevo como por encanto. Rocas y piedras por todas partes, trozos enormes de montaña que obstaculizaban el camino. Ni una mota de hierba a la vista. El grupo avanzaba penosamente, con mucho esfuerzo para progresar muy poco. Como caminaban de noche, corrían el riesgo de torcerse un tobillo o sufrir un inconveniente mayor. Por fin consiguieron atravesar la zona más difícil y Sabaté se puso a buscar un sitio que permitiera descansar unas horas. Treparon con dificultad a una montaña escarpada y llegaron a un plataforma donde pensaron que podían tumbarse al abrigo de miradas indiscretas. Los tres se durmieron como troncos, pues estaban realmente extenuados. Al despuntar el día María se despertó y al mirar a su alrededor tuvo que reprimir un grito de espanto: la plataforma donde habían descansado terminaba en un precipicio cortado a pico. Por la otra parte, a corta distancia, pasaba una carretera secundaria y a unos cien metros se veía la entrada principal de una granja. Despertó a sus acompañantes para que vieran donde habían

pasado la noche y todos se rieron alegremente al ver que habían elegido el sitio más peligroso que por allí había. Los tres descendieron del monte y se cobijaron en un bosque cercano. Tenían hambre y no les quedaban provisiones. En un campo encontraron una lechuga que Sabaté y María se repartieron, pues *el Gallego* se negó a probarla. Serían las diez de la mañana cuando vieron una casa de campo. Delante de la puerta jugaban dos niños de corta edad. Nuestros amigos se acercaron y les preguntaron donde estaban sus padres. Los pequeños contestaron que su padre estaba en la cárcel y que su madre había ido temprano al pueblo para hacer algunas compras. Decidieron esperar la llegada del ama de la casa escondidos a cierta distancia, en un punto desde donde pudieran vigilar el camino que conducía a la masía. Cuando vieron que la mujer había regresado del pueblo, Sabaté y María fueron a hablar con ella. *El Gallego* permaneció bien escondido.

Toda la prensa había hablado de los fugitivos con pelos y señales y todo el mundo sabía que se buscaba a *dos hombres,* no a *un hombre y una mujer,* pues la presencia de María en el grupo era totalmente ignorada de la policía.

Sabaté entabló conversación con la aldeana y ésta le confirmó lo que antes habían dicho los niños: su marido había asistido un día a una reunión con los hombres de izquierda del pueblo y luego, una madrugada, se presentó la Guardia Civil para detenerle. Hacía tres años que estaba preso en Gerona.

La mujer les vendió huevos, un conejo, pan y vino. *El Quico* pagó generosamente los víveres e incluso regaló algún dinero. La mujer lloraba agradecida.

Se internaron en el monte y mientras los dos hombres despellejaban el conejo y preparaban fuego, María, aprovechando un sol radiante, se bañó en un riachuelo;

luego se tumbó a dormir. Cuando se despertó, la mesa estaba puesta. El conejo asado fue un verdadero banquete. Bien comidos y descansados, esperaron las sombras de la noche para proseguir la caminata.

El terreno era menos quebrado y nuestros amigos podían avanzar con relativa facilidad, pero el cielo se cubrió muy pronto de negros nubarrones y la lluvia comenzó a caer. Toda la noche aguantaron el agua y cuando llegó la madrugada, a la vista de un hórreo abandonado, estaban empapados de los pies a la cabeza. Cerca del granero, que estaba medio en ruinas, había una granja. En el sitio había paja y se tumbaran a dormir. Desde su salida de Barcelona era la primera vez que se acostaban bajo techado. Sabaté y *el Gallego* se durmieron casi al instante, pero María no pudo pegar los ojos. El granero estaba lleno de ratones y María pudo ver con qué descaro se paseaban los roedores sobre los cuerpos de los dos hombres que dormían de lo lindo. No se atrevió ni a tumbarse.

Cuando Sabaté se despertó examinó atentamente la granja cercana. Era domingo. Sólo pudo comprobar la presencia de dos mujeres, una de ellas bastante joven. Decidieron presentarse como excursionistas y ver si podían adquirir alguna cosa. Sabaté llevaba siempre la voz cantante, hablando en catalán. No tuvieron ningún inconveniente en comprar dos pollos, algo de jamón y vino. *El Quico* pidió permiso para guisar allí mismo los volátiles, a lo cual accedieron gustosamente las mujeres. Mientras Sabaté charlaba con las dueñas de la casa, *el Gallego* y María desplumaron las gallinas. Luego Sabaté preparó un guiso de patatas.

Mientras *el Quico* se dedicaba a las actividades culinarias sus amigos vieron acercarse por el camino a dos hombres. Avisaron discretamente a Sabaté y, cuando ya se disponían a largarse hasta con la cazuela, la joven

fue a decirles que se trataba de su padre y hermano. Sabaté dejó el utensilio de cocina sobre el fuego y esperó. La mujer los presentó como excursionistas que habían comprado algo de comida, pero el padre, secamente, les dijo que recogieran sus cosas y se marcharan. Pero la hija insistió tanto para que les dejara comer en la mesa el guiso que Sabaté había preparado que el hombre terminó por aceptar.

Durante la comida *el Quico* desplegó prodigios de habilidad para ganarse la confianza del dueño de la casa y tan bien lo hizo que lo consiguió. El hombre, ya más confiado, dio algunas explicaciones que coincidían con las que habían obtenido del carbonero de la cabaña. La Guardia Civil también había pasado por allí amenazándoles con los mayores disgustos si no denunciaban el paso de eventuales desconocidos. Sabaté les dijo entonces que los tres querían atravesar la frontera para ir a trabajar a Francia. Una vez más la presencia de María impedía identificar al grupo con los *dos hombres* que buscaban los civilones. Sabaté, después de insistir bastante, consiguió que el padre autorizara a la chica a bajar al pueblo para comprar algunas cosas que les serían necesarias para el viaje: pan, botes de leche, algunas conservas, etc.

Sabaté pensó que necesitaban una noche de verdadero descanso y pidió permiso para dormir en el establo. El hombre terminó diciendo que sí, pero no sin hacerse de rogar. Allí no había ratones y los tres durmieron perfectamente.

Por la mañana muy temprano se presentó la joven, que desde el primer momento les había demostrado mucha simpatía, con una cazuela humeante de sopas de ajo. El cielo vertía entonces agua a cántaros. Después del desayuno Sabaté tuvo que pedir al padre que les dejara esperar hasta que escampara, pero esta vez el hombre

fue intransigente: les conminó a que se marcharan inmediatamente rogándoles que si les pasaba algún percance no mencionaran el paso por su casa.

Sabaté hizo escribir a María en un sobre: «Para R... —que era el nombre de la joven—, para que se compre un impermeable». Dentro del sobre puso dinero suficiente para comprar varios impermeables.

Todo el día el grupo caminó bajo la lluvia, pero el optimismo había renacido. Sabaté reconocía el camino y, como un niño, se divertía identificando el terreno en voz alta.

Sin embargo, a partir de entonces la actitud del *Gallego* cambió radicalmente. Con mucha frecuencia se retrasaba. Una vez incluso se perdió de vista. Sabaté le llamó a voces, pero el otro tardó un buen momento en contestar, aunque no estaba lejos, se había sentado en un recodo del camino. Sabaté le amonestó:

—*¡Hombre! ¡Qué susto nos has dado!...*

*El Gallego* se limitó a sonreir maliciosamente, sin duda pensó que el susto de Sabaté obedecía a la importante suma de dinero que él llevaba en la mochila.

Dos días transcurrieron sin que se produjese ningún incidente. Habían progresado bastante, casi siempre de noche, y el buen humor era general. Los turnos de guardia se respetaban escrupulosamente: mientras dos dormían el tercero vigilaba. El terreno que atravesaban era favorable y la primavera incipiente daba vida al paisaje y distraía a los viajeros de la monotonía del camino: ardillas astutas que observaban atentamente su paso, el salto ridículo de un conejo a través de una senda, el croar de las ranas en los charcos... De vez en cuando el grupo se detenía para comer castañas medio pilongas y avellanas que encontraban por el suelo.

Amanecía cuando vieron una masía a corta distancia de donde habían hecho alto para reposar. Sabaté, una vez más, intentó comprar algunas provisiones. *El Gallego* se quedó escondido con las mochilas y Sabaté y María se acercaron a la casa de campo. Fácilmente consiguieron algunos huevos, pan y vino, y charlaron un momento con los masoveros.

Cuando regresaron al lado del *Gallego,* éste había desaparecido. También faltaba su mochila, su metralleta y su garrote. Esta vez no quedaba la menor duda, se había escapado. *El Quico* se puso lívido. La traición de su compañero, quizá porque la tenía prevista desde su salida de Barcelona, le hizo perder totalmente el control de sí mismo, cosa que le ocurría rarísimas veces. Como un loco se puso a correr de un lado para otro, profiriendo maldiciones. Fue María quien consiguió serenarle. Con los brazos abiertos se plantó ante él y le dijo:

—*Pero ¡hombre, alégrate!... ¿Se ha marchado con el dinero? Bueno... ¿y qué?... La cosa tiene su gracia. Podía fácilmente habernos matado y, ya ves, todavía estamos vivos... Y... ¡no te muevas tanto!... que a lo mejor te está mirando y se desternilla de risa...*

Sabaté se sentó en una piedra y escrutó los alrededores atentamente. Sus ojos quedaron clavados, un momento, en una loma próxima. Bajó la cabeza, reflexionó unos instantes y en voz alta dijo a María:

—*Nos volvemos a Barcelona...*

María le siguió sin responder nada.

Sabaté se dirigió hacia la loma que antes había observado y que parecía muy escarpada, con su ladera llena de zarzas y matorrales. De vez en cuando se destacaba un arbolito. A pesar de la densa vegetación que rodeaba la loma, daba la impresión de tener su cima plana y despoblada.

Sabaté y María andaban a paso ligero como si tuvieran prisa de alejarse de allí y regresar pronto a la capital barcelonesa. Cuando la pareja llegó a un recodo del camino, Sabaté cogió por el brazo a María, trepó unos cuantos metros y ambos se agazaparon entre las matas, silenciosos. A los pocos minutos oyeron en lo alto pasos precipitados y crujir de ramas. *El Quico* no pudo reprimir una sonrisa, había adivinado: *el Gallego* se encontraba en lo alto de la loma. Cediendo a una reacción instintiva se puso a trepar hacia la cima. María tuvo que sujetarle por las piernas mientras le decía:

*—No vayas... te va a matar. Ahora está dispuesto a todo. Desde arriba representas un blanco fácil para su metralleta...*

Sabaté se quedó inmóvil.

Más de un cuarto de hora tardaron en oir los pasos que regresaban en sentido contrario. No cabía la menor duda, *el Gallego* había querido comprobar si sus *amigos* daban marcha atrás, como demostraron al principio. Pero la visibilidad desde la loma no podía ser muy buena pues la maleza no debía permitir ver el camino.

Sabaté no se consolaba. En voz baja contaba a María cuan necesario era el dinero para proseguir su misión, ayudar a los compañeros que estaban entre rejas, etc.

Después de desahogarse un buen rato contando su pena, *el Quico* se tumbó en la hierba boca abajo y con los brazos cruzados debajo de la barbilla permaneció inmóvil reflexionando. Así estuvo casi una hora. María no hacía ningún movimiento para no distraerle.

Por fin se sentó. Sacó de la mochila mapas e itinerarios y los estuvo examinando atentamente durante unos minutos. Dirigió la palabra a María:

*—Antes de las seis de la tarde tenemos que llegar al pueblo más cercano.*

*—¿Qué pueblo es?*

—*Santa Coloma de Farnés. Creo que allí encontraremos al sinvergüenza. Intentará comprar víveres y quizá piensa tomar algún autobús en el pueblo.*

Acto seguido se pusieron en marcha y tomaron un camino que Sabaté calculó era el que había seguido *el Gallego*. El camino era arenoso y Sabaté andaba con la mirada fija en el suelo.

—*¿Qué miras?* —preguntó María.

—*Sus botas son como las mías, quiero encontrar sus huellas.*

A medida que avanzaban el rostro del *Quico* se matamorfoseaba. Estaba contento, muy contento, era visible.

*El Gallego* era muy astuto, pero no tanto como para engañar a Sabaté. Para no dejar una pista, el fugitivo había caminado arrastrando tras de sí una rama de árbol. ¿Quién, sino él, podía tomar tantas precauciones?

Llegaron a un punto donde el camino describía una amplia curva y desde donde partía un sendero que, de toda evidencia, representaba un atajo para el caminante. El rastro terminaba allí. Sabaté penetró en la senda y a los pocos metros descubrió una rama de árbol recientemente cortada. Ya no cabía la menor duda, *el Gallego* había pasado por allí. Sabaté y María siguieron el mismo camino y minutos después desembocaban en la carretera de Santa Coloma. Desde allí veían perfilarse a lo lejos las casas del lugar. Esperaron que anocheciera para penetrar en el pueblo. María aprovechó el alto para cambiar los pantalones de montaña por una falda. Al caer de la tarde encaminaron sus pasos hacia Santa Coloma.

Sabaté calculaba las posibilidades que tenía de tropezar con su desaprensivo compañero de aventuras. El pueblo era grande. De todas maneras estaba convencido

de que *su amigo* había llegado por el mismo punto y aunque llevaba unas horas de adelanto no era tan tonto como para arriesgarse a entrar en la población en pleno día. Lo más verosímil es que hubiera hecho como ellos, esperar el crepúsculo.

Cuando la pareja llegó a Santa Coloma ya habían sonado las seis de la tarde en el campanario de la iglesia. Dieron un paseo por el centro y, al pasar por una calle llena de comercios, Sabaté exclamó:

—*¡Ahí está! En la tienda de la derecha...*

Tuvo ganas de soltar una carcajada. Allí estaba *el Gallego*. El buen olfato de Sabaté no le había engañado. Ahora era cuestión de obrar con prudencia pues la reacción del granuja era imprevisible. Podía recibirles a tiros.

La calle estaba casi desierta. Sabaté ordenó a María que se retrasara unos metros mientras él se acercaba a la tienda. María se sentía desfallecer, las piernas le flaqueaban...

No tardó en salir el ex guerrillero del comercio. Ya no llevaba la mochila, sino un capazo lugareño. Andaba ligero y despreocupado, de cara a Sabaté que se había escondido en un portal.

Cuando Sabaté le vió pasar delante de él le salió al paso, con la metralleta bien visible, y le preguntó con aparente tranquilidaad:

—*¿Dónde te habias metido?... Nos has hecho pasar un mal rato...*

La sorpresa del *Gallego* no es para describir, con el rostro demudado, blanco como la cera, dejó caer el capazo de provisiones que llevaba. En este momento salió la tendera gritando:

—*¡Señor, señor, se olvida las botellas!*

El Gallego, indeciso, miró a la señora y luego a Sabaté. Este le dijo:

—*Vete a por ellas... hombre...*

Mientras tanto María se había acercado. Cuando *el Gallego* dio la vuelta para ir a buscar las botellas (de Champaña) vieron que se tambaleaba un poco. Había bebido.

Al volver entregó las botellas a María y él recogió el capazo. Los tres salieron andando: *el Gallego* y María juntos, *el Quico* algo retrasado. En las afueras del pueblo hicieron un alto.

—*Cuéntame...* —dijo Sabaté— *¿qué ha pasado?*

*El Gallego,* con muchos ademanes y palabras embrolladas explicó que cuando se quedó solo vio a cuatro guardias civiles. Entonces cogió la mochila y salió corriendo. Los civilones le dieron varias veces el alto, pero siguió corriendo sin parar hasta llegar al pueblo. Dijo que le dolían mucho los pies y otras tonterías por el estilo. Según él estaba seguro que se encontrarían todos en Santa Coloma. Su preocupación —contaba— era la de salvar el dinero y al mismo tiempo alejar a los guardias de la masía donde estaban sus amigos.

—*Por lo que veo, conseguí mi propósito...*

*El Quico* le escuchaba sin interrumpirle, hasta un momento que dijo:

—*Hay una cosa que no comprendo... nosotros vimos más de cuatro guardias...*

—*Sí, eran ocho al menos* —afirmo el desaprensivo.

—*Bueno... ¿y el dinero?...* —preguntó Sabaté.

—*Lo tengo escondido en las afueras del pueblo.*

—*Pues, vamos a por él ¿te acuerdas del sitio donde lo dejastes?*

*Si, vamos...*

María no creía que *el Gallego* hubiera dejado el dinero en ninguna parte y hacía señas discretas a Sabaté para decirle que antes mirara el capazo, pero Sabaté no podía pensar que, en aquellas circunstancias, su compañero era todavía capaz de engañarles.

Unos tres cuartos de hora anduvieron alrededor del pueblo sin que Sabaté perdiera ni un segundo de vista a su compañero. Este, que si había forjado esperanzas de escaparse de nuevo sin duda las perdió, comprendió que de momento la empresa no tenía la menor probabilidad de éxito y llegó el momento que, haciéndose el despistado, preguntó:

—*Pero... ¿qué es lo que querías?*

—*Saber donde dejaste el dinero* —contestó Sabaté fríamente.

—*¡Ah! ¡El dinero!... El dinero está en el cesto, hombre... ¿dónde quieres que esté?...*

Efectivamente, allí estaba, bien envuelto en una bolsa de materia plástica para preservarlo del agua. El capazo, por lo demás, estaba bien surtido: jamón, chorizo, latas de atún y de almejas... hasta chocolate y caramelos había comprado *el Gallego*. Este se paró entonces para encender un pitillo. Como hacía siempre cuando era de noche, se quitó el chaquetón, puso una rodilla en tierra, y con la cara casi contra el suelo, cubierto con la prenda, encendió un fósforo y con él el cigarrillo. Entonces Sabaté observó que *el Gallego* sólo llevaba la sobaquera con la pistola. Preguntó:

—*Oye... ¿dónde está la metralleta?*

—*Tuve que tirarla para correr mejor* —contestó el otro sin levantar la cabeza.

Sabaté tuvo un gesto como para darle un culatazo en la cabeza, pero supo contenerse a tiempo aunque sus dientes rechinaban.

Mientras fumaba su cigarrillo *el Gallego* hablaba por los codos, daba nuevas explicaciones, a cual más confusa y contradictoria. Sabaté y María le escuchaban en silencio.

La cena de ese día fue verdaderamente fenomenal: calamares en su tinta, pan tierno, postres y hasta champaña... El vino que sin duda había ingerido precedentemente *el Gallego,* la comida y el champaña, junto al miedo que llevaba en el cuerpo, pues no era tan tonto como para pensar que había engañado al *Quico,* le revolvieron el estómago, y allí estuvo vomitando un buen rato.

La calma que aparentaba Sabaté, más que tranquilidad le causaba desasosiego.

Al reanudar la marcha Sabaté recomendó a María que siempre se situara detrás del *Gallego,* que él iría en vanguardia y que al menor gesto sospechoso le diera un garrotazo en la cabeza.

El grupo atravesó un puente que cruzaba otra carretera. *El Gallego* se apoyó en el pretil como si estuviera mareado, pero con la mano derecha a lo largo del cuerpo con la pistola bien empuñada. Sabaté, que había seguido andando, al ver que sus compañeros se quedaban retrasados, volvió hacia ellos. María le hizo señas para que no se acercara, dándole a comprender que el otro tenía la pistola en la mano. Sabaté, con la metralleta en la cadera y el dedo en el gatillo se acercó.

—*¿Qué pasa?* —preguntó.

—*Está enfermo* —dijo María.

—*Bueno, vamos a buscar un sitio para descansar.*

Entonces *el Gallego* dijo que ya se sentía mejor, que podían proseguir el camino, pero continuó con la pistola en la mano.

María le seguía los pasos atenta a todos sus movimientos. *El Gallego* parecía haberse recuperado del malestar —cierto o fingido— que había sufrido.

Al amanecer hicieron alto en un bosque y *el Gallego* se tumbó de cara a sus compañeros de viaje. Sabaté, por señas, indicó a María que el individuo se había acostado con la pistola apuntada hacia ellos aunque cubierta con el chaquetón. *El Quico,* como si buscara un lugar más cómodo, cambió de sitio y se situó a la espalda del *Gallego,* pero éste, también como quien no quiere la cosa, dio media vuelta y se quedó de cara a Sabaté. Este jueguecito se repitió varias veces durante la noche. Sabaté no pudo cerrar los ojos ni un instante.

Era más que evidente que *el Gallego* meditaba una mala jugarreta y su aviesa intención se apercibía hasta en la manera de mirar a sus compañeros.

Por la tarde, mientras Sabaté descansaba tumbado al pie de un arbolito, *el Gallego* se acercó a su lado, sacó un cuchillo, y, con un gesto nervioso acompañado de un gruñido, cortó una rama, parando el cuchillo a poca distancia de la cabeza de Sabaté, mientras miraba a María sardónicamente. Esta se quedó sin aliento, pero trató de disimular, de la mejor manera posible, el miedo que la atenazaba. A partir de entonces Sabaté y María nunca estuvieron juntos ni muy alejados de su peligroso amigo.

La tensión en el grupo aumentaba a cada hora que pasaba y el ambiente era francamente irrespirable. Sabaté no se atrevía a dormir por miedo a ser sorprendido y estaba visiblemente cansado. María le propuso que le dejara a ella la metralleta y que reposara unas horas, pero Sabaté se negó rotundamente.

Aprovechando una ocasión en que *el Gallego* se alejó

para hacer sus necesidades, Sabaté y María tuvieron una breve conversación en voz baja:

—*Nos va a matar* —dijo María.

—*Sí, esto no me gusta* —contestó Sabaté—. *Para recuperar el dinero no reparará en nada.*

—*¿Qué hacemos? Debemos separarnos de él antes de que nos mate* —insistió María.

—*No sé. Ya lo pensaré.*

—*Pues, piénsalo pronto, que las cosas están tomando mal cariz.*

Antes del anochecer, Sabaté hizo comprender a María que, cuando él se lo indicara, debía desarmar inmediatamente al *Gallego*.

En esta situación de angustia todavía transcurrieron dos días. María, mientras tanto, había observado atentamente donde *el Gallego* guardaba sus cuchillos, pues llevaba tres diferentes. La chica interrogaba constantemente con la mirada a Sabaté, pero éste fingía no ver sus preguntas mudas ni intentaba darle ninguna explicación.

Al anochecer de ese segundo día, cuando el grupo se disponía a comer antes de emprender la etapa nocturna, *el Gallego* cometió por primera vez el error que Sabaté acechaba constantemente. Cogió la cantimplora con las dos manos y se puso a beber; siempre lo hacía con la mano izquierda para tener libre la otra. Sabaté no dejó perder la ocasión tan esperada. Se incorporó de un salto mientras le apuntaba con la pistola:

—*¡No te muevas! ¡Deja las manos en alto! Al menor movimiento te acribillo. ¡Levántate sin bajar los brazos!* —gritó *el Quico*.

La intervención de Sabaté cogió tan desprevenido al *Gallego* como a María, pero ésta no tardó en reaccionar y también se levantó. Oyo la voz de Sabaté que decía:

—*¡Desármalo!*

María se acercó por la espalda y le quitó la pistola y los tres cuchillos que tanto pánico le causaban. Arrojó las armas a los pies de Sabaté y siguió registrando los bolsillos del *Gallego*.

—*¡Déjale!... ya basta* —dijo Sabaté.

—*¿Qué hice para que me trates así?* —preguntó *el Gallego*.

—*Lo sabes perfectamente. No necesitas explicaciones. Otra vez que quieras marcharte con el dinero tendrás que pensarlo mejor.*

El hombre protestaba, contaba una y otra vez la historia de la Guardia Civil. Cayó de rodillas y se puso a sollozar pero sin verter una lágrima. Estaba convencido de que había llegado su última hora.

Sabaté, que llevaba varias noches sin dormir, ciego de fatiga, todavía tuvo la inmensa paciencia de écharle un sermón. Le explicó lo que el otro ya sabía, que el dinero no debía servir para su beneficio personal, que estaba destinado integralmente a la lucha antifranquista. Con palabras que le salían del corazón intentó hacerle comprender cuan canallesca había sido su conducta. Le exhortó a portarse en lo sucesivo como un HOMBRE. Le dijo que la última metralleta que quedaba la utilizaría en defensa de los tres, le advirtió que su paciencia había llegado al límite y que no le perdonaría un nueva traspiés.

—*Compréndelo bien* —dijo Sabaté— *debería matarte como a un perro rabioso que eres, sin embargo no lo haré. Con mi vida defenderé la tuya hasta dejarte sano y salvo en Francia; si sólo tenemos un trozo de pan lo repartiremos. Pero, no lo olvides... al menor ademán sospechoso te quito la vida. Pórtate bien que de mí no tendrás la menor queja.*

*El Gallego* seguía protestando y, de rodillas, iba acercándose poco a poco a Sabaté, que se había sentado

en un árbol cortado. Sabaté se levantó y, con gesto imperioso, le intimó a que hiciera lo mismo.

Se prepararon para proseguir el viaje. Sabaté ajustó la sobaquera del *Gallego* al cuerpo de María y le entregó la pistola. El se guardó los cuchillos.

María cruzó la vista con *el Gallego* y la mirada que vio en sus ojos la hizo estremercerse.

*El Gallego* hizo el resto del viaje entre sus dos compañeros, a cierta distancia de ambos, pues llevaba un garrote para ayudarse a caminar.

Sabaté les dijo ques sólo faltaban dos etapas para llegar a la frontera. Iba muerto de sueño. Sus ojos, ya de por sí profundamente hundidos en las órbitas, parecían puntos miscroscópicos. Aunque libre del temor de recibir un tiro por la espalda, temía todavía que el astuto sujeto intentara alguna de las suyas. Pero aquel día *el Gallego* tuvo un gesto humano. El estado de agotamiento de Sabaté era tan grande que caminaba como un sonámbulo y tropezaba con el menor obstáculo. *El Gallego* arrojó su garrote a un barranco y le dijo:

—«*Quico*»... *duerme tranquilo, te lo ruego, aunque sólo sean dos horas*...

Sabaté durmió cuatro. Se despertó de buen humor. Al distribuir la comida que quedaba Sabaté se quedó un momento indeciso y luego lanzó un cuchillo al *Gallego*. Este no pudo reprimir una sonrisa.

La última noche de marcha sólo quedaba medio bote de leche condensada que Sabaté reservaba para María. Ya faltaba muy poco para llegar a la línea fronteriza. Sabaté, señalando un río que se veía desde el monte les dijo:

—*Es el Muga*... *la frontera*...

Hacía un frío intenso, pero la proximidad de la meta daba alas a los tres fugitivos.

Al pisar tierra francesa, todos, olvidando por un instante los sinsabores del camino, se cogieron de la mano y brincaron como niños. Habían salido de Barcelona el día 6 y era el día 19 de febrero. Trece días completos a través de la montaña.

Sabaté estaba ahora en un terreno que conocía mejor que su bolsillo y les iba contando las diversas aventuras que por allí había corrido, la colectividad campesina que había intentado crear, las carreras por el monte perseguido por los perros de la gendarmería, su detención...

El grupo sólo comió ese día unas castañas medio secas con sabor de florecido. Al anochecer *el Gallego* estaba enfermo. Sabaté y María le ayudaron a llegar a un caserío próximo. Llamaron a la puerta y Sabaté, en catalán, pidió albergue a un hombre de unos 50 años de edad que abrió la puerta. El campesino miró a los llegados con lástima y les hizo entrar. Instaló un sitio para María al lado de la chimenea donde chisporroteaba un buen fuego y dijo a su mujer que les preparara cena y cama. Mientras comían, *el Quico* explicó a los anfitriones que era guía y que había pasado a dos hermanos que querían trabajar en Francia.

María, al día siguiente, fue a buscar la documentación que, siempre que pasaban a España, dejaban en la última base del territorio francés.

El último detalle de este largo episodio demuestra que *el Gallego* ya había premeditado su actitud en Francia, pues el dueño de la casa donde se guardaba la documentación dijo a María que el ex guerrillero no había querido dejar la suya.

Sabaté, antes de separarse de su maquiavélico amigo, le entregó 25.000 pesetas y 40.000 francos.

—*Ahora márchate* —le dijo—, *que no te vuelva a ver jamás.*

Así fue.

XII

# LA MUERTE

Una vez más *el Quico* había logrado burlar todo el dispositivo policíaco movilizado en Cataluña para darle caza. Lo que no imaginaba era lo que le esperaba en tierra francesa.

La represión desencadenada en la región catalana, consecutiva a su actuación, seguía su curso y era más violenta y tenaz, precisamente, debido a su fuga. Pero, como veremos, el brazo de la policía española era suficientemente largo como para tocarle a través de los Pirineos.

Como ya sabemos, Angel M..., por mera imprudencia, fue a parar a los calabozos de la vía Layetana. Día y noche fue interrogado en los locales de la 6ª Brigada Regional de la División de Investigación Social, dependiente de la Jefatura Superior de Policía. Los inspectores César Rodrigo Rodriguez[1] y

(1) Nacido el 12 de abril de 1916, ingresó en el Cuerpo el primero de julio de 1941. Agente de segunda clase en 1949, ascendió rápidamente todo el escalafón.

Jesús Martín García[1] lograban hacerle firmar una larga declaración en la que abundaban los detalles sobre la actuación del *Quico*, no solamente en España, sino en Francia. Con lo que dijo Angel, la policía logró desmantelar una buena parte de la Organización en Cataluña, como ya hemos visto, y ahora iban a intentar destruir a Sabaté fuera de las fronteras españolas.

Con las declaraciones de Angel se redactaba un informe que era enviado a las autoridades francesas y éstas podían cursar órdenes inmediatamente a los servicios competentes. He aquí el texto de dichas instrucciones:

«*A la Dirección de «Renseignements Généraux».*

«*Objeto: Depósito de armas en los Pirineos Orientales.*

«*Resumen: Según informaciones fidedignas, un depósito de armas (metralletas, pistolas, granadas) ha sido constituido por españoles en las cercanías de la Preste (P.O.).*

«*Uno de nuestros informadores, generalmente fidedigno, señala la existencia de un depósito de armas en la región de la Preste.*

«*Este depósito se encuentra en la proximidad inmediata, debajo de un montón de piedras o un murete del mas* Graboudeille, *a 4 o 5 km al Oeste de la Preste (cota 603/13) Mapa de E.M. escala 1:50 000.*

«*Se compone de metralletas Thompson y Sten, pistolas Colt y Star, granadas ofensivas, explosivos y municiones.*

---

(1) Nacido el 27 de marzo de 1916; ingresó el Cuerpo el 29 de julio de 1944. Asistió a los interrogatorios en calidad de Secretario habilitado.

«*El mas está ocupado por dos personas conocidas con el nombre de Juliette y Michel.*

«*Con toda probabilidad, este depósito de armas fue creado por Francisco Sabaté, que se denomina jefe de los grupos «Especificos» de la C.N.T.E. (apolítica), pero más conocido como francotirador de la organización y que trabaja generalmente por su cuenta.*

«*Desautorizado por la C.N.T.E., su ación, sin embargo, es tolerada por razón política, pero sobre todo por el miedo que inspira el interesado, cuyos métodos punitivos expeditivos son particularmente conocidos.*

«*Agregaremos que Sabaté ha sido varias veces condenado en Francia, que ha sido expulsado, confinado y que sigue siendo objeto de una ficha indagatoria.*

«*El mas* Graboudeille *lo utiliza también como base para cruzar clandestinamente la frontera española. Adjuntamos dos diseños suministrados por el informador donde se señala la posición y configuración del Mas* Graboudeille» (1).

---

(1) He aquí texto original francés: « **A la Direction des Renseignements Généraux, objet : Dépôt d'armes dans les Pyrénées-Orientales.**

**Résumé : Selon des renseignements de source sûre, un dépôt d'armes (mitraillettes, pistolets, grenades) aurait été constitué par des Espagnols aux environs de la Preste (P.-O.).**

**Un de nos informateurs, en général sûr, nous signale l'existence d'un dépôt d'armes dans la région de la Preste.**

**Ce dépôt serait situé dans les parages immédiats sous un amas de pierre ou une murette du mas Graboudeille.**

El día 9 de enero de 1957, a mediodía, unos 15 gendarmes de Prats-de-Mollo y de otras brigadas, tomaban posición discretamente alrededor del *Mas Graboudeille*. Dirigía la operación el suboficial de gendarmería Boulbes. Cuando los gendarmes llegaron al mas, Michel Guisset salía del mismo. Informado verbalmente de la misión que se les había encomendado, el propietario negó la existencia del depósito de armas y se puso a la disposición de la fuerza.

Los alrededores del mas fueron registrados minuciosamente por medio de un detector de minas. En un muro de contención próximo al edificio, sobre el cual pasaba un camino de caballerías y cuya base daba a un pequeño patio, al cual sólo podía llegarse por el piso bajo

---

**à 4 ou 5 km. à l'Ouest de la Preste (cote 603/13), carte d'E.M. à 1/50.000.**

**Il comprendrait un certain nombre d'armes dont des mitraillettes Thompson et Sten, des pistolets Colt et Star, des grenades offensives, des explosifs et des munitions. Le mas serait occupé par deux personnes connues sous le nom de Juliette et Michel.**

**Selon toute probabilité ce dépôt d'armes a été mis en place par Francisco Sabaté qui s'intitule chef des groupes « Specifiques » de la C.N.T.E. (apolitique) mais connu surtout comme franc-tireur de l'organisation, travaillant en général pour son propre compte.**

**Désapprouvé officiellement par la C.N.T.E. son action est toutefois tolérée par raison politique mais surtout par peur de l'intéressé dont les méthodes punitives expeditives sont particulièrement connues.**

**Ajoutons que Sabaté a été plusieurs fois condamné en France, qu'il a été expulsé, astreint à résider et fait toujours l'objet d'une fiche de recherches.**

**Le Mas Graboudeille lui servirait également de base pour ses passages clandestins de la frontière franco-espagnoles. Ci-joint deux croquis fournis par l'informateur précisant la position et la configuration du Mas Graboudeille ».**

de la casa, los gendarmes observaron, a 1,75 m de altura, un saledizo muy visible. Retiraron las piedras sobresalientes y encontraron una cavidad protegida contra las infiltraciones de agua con una pizarra. Dentro había una lata de petróleo vacía, de 50 litros, dispuesta horizontalmente debajo del camino. Del recipiente los gendarmes extrajeron diversos paquetes que contenían:

1 metralleta *Sten* calibre 9 mm.

1 pistola ametralladora *Mosch* automática.

2 pistolas *Colt*.

1 caja de cartuchos de 9 mm.

Unos tres kilos de municiones diversas dentro de una bolsa.

4 cargadores de metralleta *Sten*.

4 cargadores de pistola ametralladora *Mosch*.

3 cargadores de pistola.

Fundas para pistolas, cargadores y otros equipos. Todo estaba en perfecto estado de conservación.

El propietario del mas declaró entonces ignorar la existencia del depósito de armas, pero fue detenido y llevado a Céret.

Sometido a varios interrogatorios, con la fotografía de Angel M... a la vista, los dibujos del *mas* que éste había hecho, las declaraciones con muchos pormenores sobre él y su familia, confesó conocer la existencia del depósito y fue encarcelado en espera del juicio correspondiente.

Una orden de detención fue expedida contra Francisco Sabaté Llopart por tenencia ilícita de armas y municiones de 1ª y 4ª categoría.

*El Quico* se encontró, pues, con varios problemas importantes a la vez: su orden de detención, conflicto orgánico con el M.L.E.-C.N.T. en el exilio por la consti-

tución de los *Grupos Anarcosindicalistas*[1], la obligación de ayudar moral, material y jurídicamente a los compañeros detenidos en Cataluña.

La actividad de Sabaté queda resumida en un informe del 8 de septiembre[2] que cursó a la militancia de la C.N.T. y de la F.A.I. en el exilio. He aquí lo esencial de dicho informe:

> «*En estos últimos años, con acuerdos a sin acuerdos, la Organización Confederal y Especifica del exilio abandonó la lucha de acción en España.*
>
> *Un grupo de compañeros, que luchaba ya en el interior hacía varios años de acuerdo con la Organización del exilio, decidió continuar la lucha, por su cuenta y riesgo, constituyéndose en* Grupos Anarcosindicalistas.
>
> *Nuestra lucha comenzó muy despacio debido a los muchos inconvenientes con qué tropezábamos pero, poco a poco, fuimos organizando, tomando contactos con compañeros deseosos de llevar a cabo algo positivo.*
>
> *Tarrasa, que siempre tuvo justa fama de revolucionaria, tenía formado un pequeñísimo grupo de*

---

(1) En julio de 1956 se había celebrado el VII Pleno Intercontinental de la F.A.I., aprovechando que se celebraba en Toulouse el VII Pleno Intercontinental de Núcleos del M.L.E.-C.N.T. En el Pleno de la F.A.I. se discutió el caso de los **Grupos Anarcosindicalistas** y a él asistió María, como miembro de los mismos, pero con duras penas pudo hacer uso de la palabra. El Pleno aprobó la siguiente resolución: **Se condena la actitud de los Grupos Anarcosindicalistas en el exilio.**

(2) Sabaté cursó a la Organización tres informes con las siguientes fechas: 15 de agosto, 1º de septiembre y 8 de septiembre de 1957. Nos limitamos a reproducir una parte del tercero por ser el que resume su actividad y propósitos.

*compañeros con los cuales tomamos contacto. Eran veteranos y conocidos militantes de la C.N.T. Estos compañeros estaban aislados y nunca tuvieron contacto con la C.N.T. en el Exilio. Nos pidieron ayuda y les proporcionamos cuanto pidieron. Con el material que les proporcionamos ampliaron su radio de acción a los pueblos limítrofes a Tarrasa.*

*A primeros del año 57 hubo varias detenciones en Tarrasa. Entre los detenidos figuraban dos compañeros y una compañera que precedentemente se habían presentado en el Comité Nacional de Toulouse para ser recibidos como Delegación del Interior. El Comité Nacional se negó a recibirles. Cuando por fin el Comité Nacional se decidió a escucharles ya habían regresado a sus fábricas y talleres.*

*Debido a nuestras actividades confederales y anarquistas, de propaganda y de organización, la policía detuvo a 43 militantes y simpatizantes.*

*Nuestras gestiones jurídicas y nuestro apoyo moral y material hacia ellos no cesó ni un solo instante, en la medida de nuestras posibilidades.*

*A pesar de que fue una tarea difícil, debido a los pocos elementos con qué contamos, conseguimos a las tres semanas relación directa con los detenidos y la lista de todos sus nombres. Personalmente entregamos la lista de los detenidos al Secretariado Intercontinental. Antes ya se les había informado de la caída de estos compañeros. Podemos afirmar que siete meses después aún no se había prestado el más mínimo apoyo material ni moral a dichos presos. Al contrario, pudimos comprobar que sembraron el confusionismo entre la militancia del exilio sobre la caída de dichos militantes.*

*No obstante, con nuestros esfuerzos hemos conseguido 38 liberados provisionales a los siete meses de detención. Abogados de Francia se trasladaron a Madrid*[1] *dando satisfacción parcial a nuestros anhelos.*

*Queremos señalar también que algunos compañeros desaprensivos intentan difamar nuestra conducta en este problema, llamándonos atracadores, malhechores, lo mismo que hace el enemigo franquista. Estos últimos para justificarse ante el mundo, nuestros compañeros para justificar su inactividad y cobardía.*

*Proseguimos y proseguiremos nuesta lucha de cara a España y en España, ya que consideramos que la inercia es la muerte del espíritu revolucionario. Haremos que la voz del anarquismo llegue a todos los rincones de España, lo mismo que la solidaridad hacia nuestros hermanos cautivos y perseguidos*».

Hemos reproducido lo esencial de este informe porque pone claramente de manifiesto la discrepancia total que existía entonces entre el M.L.E.-C.N.T. en Francia y *el Quico*, en momentos particularmente difíciles para él en territorio galo.

---

(1) He aquí el texto de una carta del 9 de agosto de 1957 enviada por el abogado francés Jean-Baptiste Biaggi:

**Cher Sabaté,**

**Je tiens à vous faire part des bonnes nouvelles que je viens de recevoir de mes amis et confrères espagnols au sujet des questions qui nous préoccupent.**

**Après l'intervention de l'avocat de Madrid avec les avocats de Barcelone, ils ont réussi certaines libertés de vos amis.**

**J'espère vous voir le plus tôt possible. Dans cette attente, je vous prie de croire, cher ami Sabaté, en mes sentiments bien dévoués.**

Pero Sabaté era hombre de palabra y responsable y, antes de resolver sus propios asuntos, se preocupó de los hombres que habían caído en España. A su informe podemos agregar que para la ayuda y defensa de dichos compañeros entregó 300.000 pesetas, casi todo lo que quedaba de *Cubiertas y Tejados*.

De todas maneras, la circular citada y la situación particular de Sabaté en Francia puso punto final a ese intento de organización de *Grupos Anarcosindicalistas*.

*El Quico* no solamente aceptaba tener que vivir en España al margen de la ley, sino que no podía concebir que fuera de otra manera, pero encontrar la misma situación en Francia le parecía menos comprensible. Aconsejado por los abogados, se resignó a presentar recurso contra la sentencia dictada por el tribunal de Ceret.

Sabaté, si hubiera querido, podía haber alegado que dicho depósito de armas no era de su propiedad, e incluso hubiera podido aportar pruebas convincentes, pero *el Quico*, con responsabilidad militante, se limitó a confesar que el depósito lo había constituido él para incrementar la lucha contra el régimen franquista.

La causa fue nuevamente juzgada, pues, en su presencia, en el Tribunal Civil de 1ª Instancia de Céret el 12 de noviembre de 1957.

El tribunal reconoció circunstancias atenuantes, pero también tuvo en cuenta que Sabaté ya había sido condenado por un *delito* similar el 6 de octubre de 1949 y con ello dictaminó una pena de ocho meses de cárcel y otros cinco años de confinamiento. Detenido en la propia Audiencia, pasó a la cárcel de Perpiñán y días después fue transferido a la de Montpellier.

Salió en libertad el 12 de mayo de 1958, libertad muy relativa pues fue confinado a Dijón por un período de cinco años.

Este período de encarcelamiento consumió extraordinariamente a Sabaté. Estaba amilanado, más que por el sufrimiento físico por la ingratitud de sus compañeros de Organización que, manifiestamente, se desinteresaban de su suerte.

Salió de la cárcel herido en cuerpo y alma y *derrotado* se dirigió hacia la ciudad de destierro que le habían asignado en el propio destierro: Dijón.

José Lluis Facerías regresó a Francia en febrero de 1957. Quería incorporarse de nuevo a España. Durante varios meses tuvo contactos con los Comités orgánicos, con compañeros aislados, con el propósito de que se elaborara un plan coherente de lucha en España. Sus propósitos, lo mismo que la vez anterior, no dieron el menor resultado. Menos si cabe, pues pudo ver la lucha que existía entre la Organización y el propio Sabaté.

Facerías quiso ponerse en contacto con *el Quico*, pero éste, todavía resentido de la disputa de 1956, lo evitó constantemente y se negó a hablar con él. Fue una verdadera desgracia que los dos hombres no llegaran a entrevistarse, pues sin duda se hubieran aclarado muchas cosas, o por lo menos Facerías no hubiera emprendido el camino de España en las condiciones que lo hizo.

A Facerías, sus amigos le habían preparado el embarco hacia América, donde contaba con amistades sólidas que ansiaban abrazarle. Pero no: España era para Facerías —como par Sabaté— una llama fascinadora.

Sin embargo, esta vez, su actitud demostraba cierto desaliento. El siempre tan prudente, no reparaba en cometer imprudencias: se dejaba ver por todas partes,

no disimulaba su presencia, no le importaba que todo el mundo supiera que iba a marcharse a España.

Facerías, con el italiano Goliardo F... y un español, Luis A. V..., pensaba cruzar los Pirineos el 15 de agosto, aprovechando la festividad de la Asunción. Pero las autoridades franquistas ya estaban al corriente de su estancia en Francia y, probablemente, de su propósito de pasar a España. El 15 de agosto, pues, el paso fue imposible, se había reforzado considerablemente la vigilancia y las patrullas se habían multiplicado a lo largo de la zona de infiltración que pensaba utilizar Facerías. Dos días estuvo el grupo acechando la *línea* hasta que consiguió cruzarla sin novedad. Pero la alerta ya estaba dada. El grupo llegó con sorprendente rapidez a Barcelona.

El viernes 30 de agosto de 1957, Facerías tenía cita en la confluencia de las calles del doctor Urrutia y Pi y Molist con el paseo de Verdún, casi enfrente de la puerta de entrada del manicomio de San Andrés. Facerías acudió a la cita ignorando que sus dos compañeros de grupo ya habían sido detenidos. Como de costumbre, antes de la hora, Facerias había visitado todo el sector, en un taxi, para comprobar que todo estaba tranquilo. Pero la policía había aprendido mucho y modificado sus métodos. Por experiencia sabía cuán difícil era sorprender en la calle a hombres del temple de Facerías o Sabaté, y esta vez no había montado ningún dispositivo visible. Ni un solo coche, ni un agente disfrazado, ni una camioneta de transporte estacionada, nada, nada en absoluto...

Sin embargo, todas las casas de los alrededores habían sido ocupadas y todas las ventanas con vista al lugar de la cita estaban erizadas de armas automáticas cuidadosamente disimuladas.

Cuando llegó Facerías crepitaron los fusiles. La primera salva hirió a *Face* en un tobillo y le fracturaron la tibia y el peroné.

Malherido, sacó su pistola *Walter P. 38* —su arma preferida— y con mil dificultades y sin distinguir a sus agresores —ni siquiera sabía de donde procedían los disparos— se apoyó con la barriga en un pequeño parapeto que existía en la esquina del paseo de Verdún. El instinto de conservación le dio fuerzas para impulsarse y dejarse caer como una piedra a un solar para escapar al fuego de sus disimulados enemigos. Como una masa cayó desde cuatro metros. El golpe fue terrible pero no perdió el sentido.

Pero la policía había previsto esta vez todas las eventualidades. Apenas Facerías tuvo tiempo para empuñar una bomba de mano, sin duda para hacerse volar con ella, cuando fue, nuevamente, blanco de sus asesinos. Facerías había caído para siempre, con la mano crispada en la granada.

Cuando se aproximaron las fuerzas, armadas hasta los dientes, la sangre de Facerías empapaba el terreno que hoy día ocupan nuevas construcciones. El cadáver fue trasladado al Hospital Clínico. Nueve impactos presentaba el cuerpo de nuestro amigo, varios de ellos mortales de necesidad.

En su cartera encontraron toda su fortuna: 1.000 francos y 500 pesetas. Su tarjeta de identidad llevaba el nombre de José Rius Soler. En sus bolsillos cinco cargadores de pistola.

En ese importante servicio intervinieron —según el comunicado publicado por la Jefatura de Policía, como si se tratara de una acción de guerra— numerosos funcionarios de la plantilla barcelonesa adscritos a la Brigada Social operando a las órdenes directas del jefe superior Juan Estévez y del comisario Pedro Polo Borre-

guero, al igual que un destacamento de la Guardia Civil a las órdenes del general Juan Luque Arenas[1].

La muerte de Facerías había sido preparada, como tantas otras, desde Francia. Cuando Sabaté fue detenido el 12 de noviembre de 1957, apenas dos meses y medio después de la muerte de Facerías, la policía —después de preguntarle irónicamente si Facerías era amigo suyo— le dio sorprendentes detalles de su caída. Le dijeron quién, cómo y cuándo pasó a España e incluso el lugar preciso por donde cruzó la frontera: por Lamanère (Pirineos Orientales).

*El Quico,* como hemos dicho, salió de la cárcel el 12 de mayo de 1958 y fue a parar a Dijón donde se le asignó residencia obligatoria. Entró a trabajar en la empresa de calefacción central MAUVAIS & CHEVASSU.

La cárcel le había afectado muchísimo, pero, ya en libertad, empezó a revivir. Comprobó que, a pesar de los rumores insidiosamente propalados, le quedaban múltiples amigos fieles. Poco a poco fue estableciendo contactos: París, Lyón, Clermont Ferrand, etc. Hizo caso omiso del confinamiento y viajó de un lado para otro, participó en reuniones de militantes y defendió, en todo momento, su criterio respecto a la orientación de la lucha en España.

No ha faltado gente que ha tildado a Sabaté de insociable o exclusivista. Estas opiniones procedían

---

(1) Considerado como un especialista en las cuestiones de represión social, fue nombrado Secretario General de Seguridad en septiembre de 1951, en sustitución del teniente coronel Alfonso Romero de Arcos, que desempeñaba el cargo desde septiembre de 1949.

siempre de personas que ignoraban al hombre o que obedecían a intereses extraños. Sabaté, siempre que actuó *por su cuenta* lo hizo forzado, pues en su vida tropezó con harta frecuencia con espíritus demagogos y fariseos agazapados. Encontró mucha gente amante de las frases pulidas y deseosa sobre todo de prolongar la siesta. Tropezó constantemente con el «no queremos líos», voluntad de sometimiento a las autoridades de la nación «que tan generosamente había acogido a los refugiados», actitud de renuncia que permitió que se extendiera la insinuación y hasta se hicieran cómplices de la calumnia. Sabaté no renunció nunca.

Precisamente por no ser un exclusivista, renegado por los Comités, cual nuevo Judío errante, iba en peregrinación de compañero en compañero, siempre esperanzado con que alguien tuviera proyectos a actividades antifranquistas en los cuales él pudiera participar. Sabaté preguntaba incansablemente:

—*¿Tenéis algo preparado de cara a España? ¿Puedo ayudaros?*

El sueño dorado de Sabaté era precisamente dejar de ser un francotirador, poder participar en una actividad común que tendiera a derrocar el franquismo. La despedida de Sabaté era siempre la misma:

—*¡Podéis contar conmigo!*

Pero Sabaté encontraba generalmente discursos aburridos en vez de proyectos meditados. Palabras de prudencia que él no comprendía. No podía concebir que tanta gente pensara en vivir *prudentemente* cuando al otro lado de los Pirineos agonizaba un pueblo.

*El Quico* encontró compañeros que, como él, vivían con un deseo análogo y con el mismo descorazonamiento, derivado de la impotencia, al ver la orientación que tan firmemente había tomado la Organización libertaria en su conjunto.

A falta, en fin, de apoyo orgánico, Sabaté fue preparando una nueva etapa de actuación en España con los escasos medios que logró reunir entre algunos compañeros. El mismo construyó originales instrumentos ofensivos e imaginó otros, más complicados, que realizó con la colaboración de diversos amigos. En la campiña cercana a Dijón experimentaba sus artefactos, con resultados más o menos satisfactorios, y que la mala suerte le impidió poner a prueba contra la tiranía franquista.

Pero desde la cárcel de Montpellier Sabaté arrastraba la enfermedad. En el otoño de 1958 su estado se había agravado. Una úlcera gástrica motivó su ingreso urgente en el Hospital Regional de Dijón, donde fue operado el día 3 de noviembre.

*El Quico* aceptó ser operado cuando verdaderamente no existía otro remedio. Tres veces había acudido al hospital para ello y otras tantas veces, en el último momento, decidía marcharse con la vana esperanza de que un tratamiento apropiado lograría curarle. Francisco temía la operación, sobre todo por la anestesia. Le resultaba insoportable pensar que iba quedar inconsciente en manos de personas que dispondrían de su cuerpo y de su vida sin que él tuviera la menor posibilidad de reacción. Esta idea le era intolerable. Por otra parte, sin que fuera una obsesión, pensaba que los agentes franquistas intentarían asesinarle y que su inmovilización, subsiguiente a la operación, les daría tal oportunidad.

Cuando se decidió la intervención quirúrgica, Sabaté se encontraba entre la vida y la muerte. El 31 de octubre tuvo que ser trasladado urgentemente al hospital. Estaba tan débil que, a pesar de la urgencia, los médicos tuvieron que retrasar la operación tres días, para que recuperara algunas fuerzas.

*El Quico* hizo prometer a sus amigos que, mientras estuviera inconsciente, no le dejarían solo ni un instante.

Pero sus amigos, por razones de trabajo, no podían prometerle tal cosa y entonces decidieron telefonear a Toulouse, donde se encontraba su compañera Leonor, pensando que nadie mejor que ella podría permanecer al lado de Sabaté el tiempo que fuese necesario.

Por teléfono se pusieron en contacto con su mujer y ésta declaró que se trasladaría a Dijón.

Leonor llegó el día 2 de noviembre a Dijón y se presentó en el hospital donde explicó al *Quico* que eran sus amigos quienes la habían llamado y que en la calle Belfort (sede del *Movimiento Libertario*), en Toulouse, le habían entregado 50.000 francos para que pudiera hacer el viaje.

Sabaté, ante estas palabras, reaccionó vivamente. Se incorporó y sacó de debajo de la almohada 60.000 francos que el mismo día le había entregado su patrón en concepto de trabajos efectuados. Dándole el dinero a Leonor le dijo:

—*¡Toma! En cuanto regreses a Toulouse se los devuelves. No quiero nada de ellos.*

Al día siguiente Sabaté pasó al quirófano, la operación fue un éxito y Leonor, tal como habían previsto, paso 24 horas sin moverse de la cabecera del enfermo. Sus amigos pasaron con él todo el tiempo que tuvieron disponible.

A los quince días el hospital comunicó a Sabaté que le iban a dar de alta y como no tenía familia declarada en Dijón lo enviarían a pasar la convalecencia a un asilo de ancianos.

Uno de sus amigos, para evitarle ese nuevo disgusto, lo aceptó en su casa. A los dos o tres días la herida empezó a supurar, pero Sabaté no quiso ni tan siquiera oir hablar de volver al hospital. Fue la compañera de su amigo quien le cuidó abnegadamente. La sólida cons-

titución de Sabaté hizo que recuperara rápidamente la salud. En diez dias aumentó cuatro kilos, de los muchos que había perdido, y con ellos llegó el buen humor y el optimismo.

A mediados de diciembre Sabaté comunicó a sus amigos que con tanto cariño le habían atendido que ya se sentía con fuerzas suficientes para valerse solo y que ya había permanecido demasiado tiempo inactivo. Quería ocuparse de nuevo, sin perder un instante, de las cosas de España y para ello necesitaba una independencia total para no comprometer a nadie. Sabaté volvió, pues, a una pequeña habitación amueblada, en el nº 2 de la calle Fontaine-Sainte-Anne, que había alquilado a Mme. PETIT en octubre de 1958 y comenzó de nuevo sus visitas a París y otras ciudades de Francia.

Por esas fechas recibió una carta de Angel M..., que purgaba 30 años en las cárceles españolas, que le causó un gran disgusto. Ya hemos dicho que la represión en Cataluña después del atraco a *Cubiertas y Tejados* fue consecuencia directa de la detención de Angel. Sin embargo, Sabaté se había ocupado de su defensa e incluso le había enviado repetidas veces dinero a la cárcel. En la carta, Angel le decía que mientras él se pudría en las mazmorras franquistas, Sabaté vivía alegremente en Francia. Ante acusación tan injusta, Sabaté se limitó a fruncir el ceño y declarar a sus amigos:

—*¿Veis como no puedo abandonar?*

Poco tiempo después Sabaté había constituido un grupo para regresar a España.

Antes de emprender el camino de la frontera franco-española Sabaté deseaba pasar unos días tranquilo con sus hijas que estaban en Toulouse y, para ello, el 24 de diciembre de 1958 dirigió una demanda al Ministro del Interior, por medio del Prefecto del departamento de Côte d'Or, adjuntando un certificado facultativo que

atestiguaba la necesidad que tenía *el Quico* de pasar unos días de convalecencia con su familia. Su ilusión quedó desvanecida poco después —el 13 de enero de 1959— al serle comunicada la decisión ministerial que decía:

> *«Tengo el honor de comunicarle que considero totalmente inoportuno el retorno de ese extranjero al departamento del Alto Garona y, con mayor motivo, porque el acceso de este departamento le está vedado por la ordenanza de prohibición de residencia dictada contra él el 8 de abril de 1958, en ejecución del fallo de la Corte de Apelación de Montpellier del 18-12-1957 que le condenó a 6 meses de cárcel y a 5 años de prohibición de residencia.*
>
> *«Sírvase avisar al interesado de esta decisión»... etc. etc.*

La policía francesa no le perdía ni un momento de vista, pero Sabaté seguía ocupándose activamente de su proyecto de regresar a España.

Su trabajo como montador de calefacción, que desempeñaba en Dijón con regularidad y seriamente —sus viajes los hacía durante los días de descanso—, hubiera podido sin duda disimular su actividad clandestina si no se hubiera llamado Sabaté, pero era Sabaté, y nadie ignoraba de lo que era capaz ese hombre...

Todos sus amigos le aconsejaron que no tomara ninguna decisión antes de que se celebrara el X Pleno Intercontinental de Nucleos del M.L.E.-C.N.T. anunciado para el mes de agosto (1959) en Toulouse. Anulado éste por disposición prefectoral, celebróse más tarde en Vierzon (Cher) entre los días 9 y 13 de septiembre. Sabaté, con la esperanza de que en el Pleno surgiera una nueva orientación, asistió asiduamente a las reuniones preliminares locales, fue delegado al Pleno Regional y compartió con muchos compañeros la ilusión de que la

ASESINARON A UN INSPECTOR DE POLICIA. — Francisco Sabaté Llopart (a) "Quico" y José Luis Facerías, autores del asesinato de inspector del Cuerpo General de Policía, D. José Félix Gómez, y Lázaro Arnaiz, en la secretaría de Montjuich, en Barcelona, hecho delictivo del que informamos ayer. (Foto Cifra.)

FRANCISCO SABATE EN LOS PIRINEOS (1957)

ROGELIO MADRIGAL TORRES

MARTIN RUIZ MONTOYA

unidad confederal —de la que era fervoroso partidario— se lograra en el comicio esperado.

Sabaté estuvo en Vierzon como espectador. Siguió con atención el desarrollo de las tareas; habló con unos y otros, y todos —con razones más o menos idénticas— le daban la misma respuesta: espera... espera...

Concluyó el comicio y en definitiva ¿qué? Sus acuerdos fueron algo así como el parto de los montes. Otro año perdido —decíase Sabaté[1]—. Y con tenacidad reanudó sus gestiones acá y allá, oyendo por todas partes el sempiterno eco: espera. . espera...

Pero lo terrible del caso es que esta vez, aunque hubiera querido, Sabaté no podía esperar. De nuevo había salido a relucir el caso de Peage de Roussillon y, tras haber abtenido dos autos de sobreseimiento, se le quería inculpar por tercera vez. Los repetidos recursos presentados por sus abogados fueron rechazados. El último de dichos recursos, desestimado por la Fiscalía de Lyón el 5 de noviembre de 1959, le colocaba en una situacian delicada: tendría que comparecer de nuevo ante los tribunales. He aquí la transcription de la notificación[1]:

*El Fiscal del Tribunal de Apelación de LYON.*

*Según el articulo 617 del Código de Procedimiento Penal, se informa mediante esta carta certificada a SABATE LLOPART Francisco, acusado de tentativa de robo con agravantes y homicidio voluntario,*

---

(1) La unidad del M.L.E. se cimentó en Limoges en agosto de 1960, en el I Congreso Intercontinental de la C.N.T. de España en el Exilio. En noviembre de 1960 se celebraba en París, en el Teatro Alhambra, un mitin para sellar la reagrupación confederal que presidió el veterano Cipriano Mera.

*domiciliado en Dijón (Côte d'Or), 2 rue de la Fontaine Sainte Anne, en casa del Sr. Petit,*

*que la Sala de lo Criminal del Tribunal de Casación, en fallo del 5 de noviembre de 1959,*

*rechazó el recurso extraordinario presentado contra el fallo de fecha 20 de febrero de 1959 del Tribunal de Apelación de LYON, Sala de Acusación.*

*La Fiscalia del Tribunal de Apelación.*

*LYON, 7 de diciembre de 1959.*

*EL FISCAL*[1]

Sabaté estaba verdaderamente harto y no tenía la menor intención de dejarse encarcelar de nuevo en Francia. Algunas personas le aconsejaron que embarcara hacia América.

—*¿Desde cuándo América se encuentra al lado de España?* —contestaba Sabaté.

Así, pues, dio por terminado el compás de espera. Estaba pertrechado y contaba con amigos entusiastas dispuestos a acompañarle. Dejaba otros en Francia dis-

---

(1) **Le Procureur Général près la Cour d'Appel de LYON.**

**Vu l'article 617 du Code de Procédure Pénale, informe par la présente lettre recommandée**

**SABATE LLOPART Francisco, inculpé de tentative de vol qualifié et homicide volontaire,**

**demeurant à Dijon (Côte-d'Or), 2, rue de la Fontaine-Sainte-Anne, chez M. Petit**

**que par arrêt du 5 Novembre 1959, la Chambre Criminelle de la Cour de Cassation,**

**a rejeté le pourvoir formé par lui contre l'arrêt en date du 20 Février 1959 de la Cour d'Appel de LYON, Chambre d'Accusation.**

**Au Parquet de la Cour d'Appel**
**LYON, le 7 Décembre 1959**
**LE PROCUREUR GENERAL**

puestos a acudir a su llamada cuando hubiera establecido las primeras bases.

No obstante, Sabaté, a pesar de su característica prudencia, desestimó —como ocurrió con Facerías y tan caro lo pagó— la importancia y eficacia de los servicios de información franquistas y las relaciones interpolicíacas a través de las fronteras. Cabe señalar que entonces se encontraba en Francia el ex jefe de la Brigada de Servicios Especiales, Pedro Polo Borreguero, hombre que, como sabemos, estaba especializado en la persecución de los anarcosindicalistas, que a la sazón estaba como adjunto en la Embajada de España de París.

Se le advirtió de ese peligro, pero... ¿qué podía hacer *el Quico?* En sus viajes y entrevistas tomaba las precauciones más elementales. Incluso cuando regresaba a Dijón siempre le esperaba en la estación una persona con un billete de andén, para que no se pudiera probar que había salido de la ciudad. No era bastante. Con la medida de confinamiento que pesaba sobre Sabaté, los agentes franquistas podían encontrar, directamente o por persona interpuesta, todas las condiciones necesarias para conocer sus pasos y prepararle en el momento oportuno un recibimiento adecuado en la frontera.

El día 17 de diciembre de 1959 Sabaté, camino de España, llamaba por teléfono a un amigo de París:

—*Un fuerte abrazo a todos. Gracias y hasta la próxima, si nos volvemos a ver...*

A fines de diciembre un compañero de Dijón recibía una carta de Narbona, de escritura y firma desconocida, donde se decía que, debido al mal tiempo, Sabaté suspendía su viaje a España hasta la primavera. Esta carta fue siempre un enigma.

El 5 de enero de 1960 las ondas transmitían la muerte de Sabaté y de los cuatro compañeros que le acompañaban.

*El Quico* cruzó la frontera a finales de diciembre por Coustouges. Sus acompañantes eran: Antonio Miracle Guitart, de 29 años[1], Rogelio Madrigal Torres, de 27 años[2], Francisco Conesa Alcaraz, de 39 años[3] y Martín Ruíz Montoya, de 20 años[4].

La Guardia Civil, con tiempo suficiente, había preparado en la frontera un recibimiento digno de Sabaté. Había organizado apostaderos y vigilancia en todos los montes de la zona, cruces de carreteras y caminos, entradas y salidas de los pueblos. Todas las casas de campo aisladas estaban bajo vigilancia. Por grupos de tres los civilones permanecían en alerta noche y día.

Tropas de refuerzo, para hacer frente a cualquier eventualidad, estaban acantonadas en Besalú, Beuda, Albañá. Otras patrullas recorrían incesantemente la región. Los masoveros, carboneros, leñadores, etc. habían sido advertidos de la obligación de señalar inmediatamente la presencia de cualquier persona desconocida.

---

(1) Nació el 20 de noviembre de 1930 en Brafín (Tarragona). Residía en Clermont Ferrand donde trabajaba de peón de albañil.

(2) Nació el 5 de noviembre de 1933 en Hospitalet de Llobregat (Barcelona). Residía en Dijón donde trabajaba de albañil. Pasó a Francia en 1956 después de desertar del Ejército español en Seo de Urgel.

(3) Nació el 21 de diciembre de 1921 en Barcelona. Residía en Lyón donde trabajaba de chófer. Pasó a Francia en 1950.

(4) Nació el 13 de abril de 1939 en Provins (Sena & Marne). Era francés y residía en Lyón.

El día 30 de diciembre el grupo fue localizado por los márgenes del río Manol, afluente del Muga.

Al día siguiente, una pareja a caballo, apostada en una montaña que dominaba todo el valle, vio que en la masía *Casot de Falgás,* cerca de Besalú, humeaba la chimenea y los guardias sabían que la casa de campo estaba deshabitada. Uno de los civilones fue a indagar y cuando llegaba cerca del caserío fue recibido con una ráfaga de metralleta. El guardia se dejó caer del caballo haciéndose el muerto y pudo ver como cinco hombres huían y se internaban en el monte. No cabía duda: era *el Quico* y su grupo. Durante unos días los cinco hombres extremaron las precauciones para intentar hacer perder su pista, pero no podían imaginar el enorme dispositivo que se había montado para impedir a toda costa que llegaran a Barcelona.

El domingo 3 de enero el grupo fue localizado de nuevo. Los guardias que estaban de servicio en la ermita conocida por Castillo de la Mota, muy próxima a Gerona, observaron a eso de las once de la mañana, con sus potentes prismáticos, entradas y salidas en el *Mas Clara,* caserío de la Mota, término municipal de Sarriá de Ter, entre Bañolas y Gerona, donde sabían que sólo vivía un matrimonio: Juan Sala Matas y Balbina Alonso.

Los guardias comprobaron que había más gente. Por la indumentaria de los desconocidos dedujeron que se trataba del grupo perseguido. Una hora después la casa estaba cercada. El caserío estaba adosado a la falda de una loma boscosa. En la parte delantera había una amplia era descubierta, donde era difícil poder pasar inadvertido. Los guardias, cuando llegaron, cautelosamente, a tiro de fusil, dispararon sin previo aviso contra tres hombres que estaban delante de la casa. Uno de ellos cayó como herido por el rayo, los otros dos pudieron refugiarse en la vivienda. Uno de ellos era Sabaté, había recibido un

balazo en una pierna. Inmediatamente se organizó la resistencia en el caserío. El ama de la casa, al cerrar con precaución los postigos de las ventanas, recibió un balazo en una mano. La batalla era sin cuartel.

Se inició un tiroteo entre sitiadores y sitiados. Nuestros amigos, para ahorrar municiones, utilizaron una escopeta de caza de los payeses y todos sus cartuchos. Pero los atacantes no se decidían a dar el asalto en pleno día ante la resistencia que encontraban. Un Guardia Civil, Jesús Gonzalez Otero, había resultado herido. Sabían que el grupo estaba irremediablemente perdido, cercado por un cordón infranqueable de guardias civiles armados hasta los dientes.

El combate, con más o menos intensidad, se prosiguió hasta entrada la noche. Los cuatro amigos esperaban con impaciencia que desapareciera la luna para intentar una salida desesperada. A eso de la una, gruesos nubarrones cubrieron el cielo y dejaron la noche oscura como boca de lobo. Era una suerte, el momento deseado. *El Quico*, durante el día, había preparado la escapatoria y para ello había hecho un agujero en el piso para poder llegar al establo que se encontraba en la parte inferior y evitar la entrada de la casa que estaba perfectamente batida.

*El Quico* y sus amigos consideraron que había llegado el momento de jugarse el todo por el todo. Achucharon a una vaca que salió trotando en las tinieblas. Las armas de los sitiadores fueron orientadas hacia el ruido que hizo el animal y lo acribillaron a balazos. Al mismo tiempo dos del grupo salían corriendo en dirección contraria para cobijarse en la maleza del monte, pero allí estaban también los fusiles de los civilones que no dejaban el menor hueco para escurrirse y ambos cayeron cosidos a balazos.

Sabaté intentó la salida pero sin correr, al contrario, tumbado en el suelo y a rastras, silenciosamente, fue avanzando centímetro a centímetro hacia los primeros matorrales. Pero los civilones estaban agazapados a pocos metros. Inmóvil, casi sin respirar, oyó que alguien se dirigia hacia él, también a rastras, diciendo:

—*No tiréis, que soy el teniente... No tiréis, que soy el teniente...*

Efectivamente, era el teniente de la Guardia Civil Francisco Fuentes, quien, sin saberlo, se dio de narices con *el Quico*. Este casi a bocajarro, le descerrajó un tiro matándole en el acto. Los demás guardias no podían saber de que arma procedía el disparo. Entonces Sabaté tuvo una inspiración inmediata. Se puso a avanzar en la dirección de donde había venido el guardia repitiendo las palabras que había oído:

—*No tiréis, que soy el teniente... No tiréis, que soy el teniente...*

Con esta astucia logró Sabaté franquear las tres líneas de civilones que, al mando del teniente coronel jefe de la 131 Comandancia de la Guardia Civil, Rodrigo Gayet Girbal, cercaban la masía.

El día 4, cuando las primeras luces del alba restablecían los contornos al paisaje, los sitiadores encontraron el cadaver del oficial y los tres pertenecientes al grupo perseguido. Pero faltaban en la cuenta otros dos. Después de algunos disparos contra el caserío para ver si todavía existía reacción, y al comprobar que no tenían respuesta, se envió a una pareja para que diera el asalto protegida por el fuego de sus compañeros. Los dos guardias penetraron sin dificultad en la masía. El matrimonio, aterrorizado, se había acurrucado en una habitación. Los guardias comenzaron a visitar todas las dependencias. En el fondo de la casa había un horno. Los uniformados, que no estaban dispuestos a correr más riesgos, arrojaron

dentro un par de bombas lacrimógenas. A los pocos minutos salía de la negrura del horno una sombra, ciega y medio asfixiada. Una ráfaga mortal acogió su aparición. El cuarto del grupo caía lleno de plomo. Pero, por más que registraron, no pudieron dar con el quinto. Tuvieron que rendirse a la evidencia: ¡Sabaté se había escapado! *El Quico* se había deslizado entre las mallas tendidas por más de cien hombres.

Cuando se comunicó a la superioridad el resultado de la operación se dio inmediatamente la orden de perseguir, sin perder un segundo, al fugitivo.

Un detalle digno de señalar es la llegada precipitada del ex polizonte Eduardo Quintela, que había sido Comisario Principal y jefe de la Brigada Político Social de Barcelona, a la sazón jubilado y retirado en Galicia. Cuando Quintela se enteró que su viejo enemigo se encontraba sitiado en Sarriá de Ter, acudió apresuradamente con su perrazo «Blood Hound»[1] para participar en la caza de montería que se había organizado. Quintela no quería perder el placer de asistir a la captura o muerte del hombre que, en toda su carrera, le dio más quebraderos de cabeza y más veces le cubrió de ridículo. Creyó que había llegado el momento de saborear la venganza.

Los sabuesos de dos patas habían perdido la pista, y hasta el perro «cazador de sangre», con su olfato extraordinario, daba vueltas como alma en pena sin saber que rastro seguir. Probablemente porque Sabaté, en sus correrías por el monte, nunca se olvidaba de llevar consigo una bolsa de pimienta para neutralizar precisamente el eventual seguimiento con perros.

---

(1) En realidad es el nombre inglés de la raza canina llamada en Francia: **Chien de Saint-Hubert.**

Aunque *el Quico* había ganado unas horas de ventaja, su situación era de las más críticas. Por los dueños del caserío los guardias supieron que Sabaté estaba malherido: una bala le había abierto limpiamente un surco en el cuello, otra le había herido en la nalga izquierda y una tercera se había quedado alojada en una pierna haciéndole sufrir enormemente. ¿De dónde sacaba fuerzas Sabaté para seguir huyendo?

El día 5, antes de despuntar el alba, *el Quico* penetraba sigilosamente en la estación de Fornells de la Selva, a unos 12 km al sur de Gerona. Probablemente no sabremos nunca cómo pudo llegar hasta allí. A las seis y media salía de Gerona un tren correo, llegado de Port Bou, que paraba en todas las estaciones hasta Massanet. Sabaté permaneció escondido hasta que el tren se puso en marcha y entonces subió a la máquina pistola en mano, ante el asombro del maquinista Pedro García Marcos y del fogonero Joaquín Puig. Sabaté les tranquilizó, pidiéndoles que le dieran algo de comer pues estaba muerto de hambre. Los dos ferroviarios le tendieron los bocadillos que llevaban y Sabaté los comió vorazmente, luego les dijo como si se tratara de la cosa más normal del mundo:

—*Ahora, ocuparos de la máquina. ¡No paréis hasta Barcelona!*

Los dos hombres creyeron estar viendo visiones. Un hombre armado les conminaba a no parar hasta Barcelona.

—*¿Hasta Barcelona?...*

El maquinista le explicó que tal cosa era imposible, pues, en Massanet, se cambiaba la locomotora de vapor por una eléctrica y que, de todas maneras, debían respetarse las señales del recorrido...

Sabaté no insistió. Bastante sabía él que su orden era irrealizable. Sus palabras obedecían al afán de llegar a todo trance a Barcelona, *su* Barcelona...

En Massanet-Massanas, como estaba previsto, el tren maniobró para cambiar de máquina. Cuando ya estaba a punto de salir hacia Barcelona, la máquina de vapor cruzaba por otra vía, en marcha atrás, a la del tren. Fue en ese momento que *el Quico* saltó de una para introducirse en la otra.

Pero en Massanet se habían quedado el maquinista y fogonero de la primera y éstos se apresuraron a contar la extraordinaria aventura que habían vivido.

Sabaté no se hacía ilusiones. Aunque les había rogado que no mencionaran su presencia, estaba convencido que en la próxima estación le iban a preparar un recibimiento de gala.

Eran cerca de la ocho de la mañana cuando el tren llegaba a la vista de San Celoni. A unos 1.500 m de la estación, Sabaté, que oteaba la vía, al llegar a una curva ordenó al maquinista que redujera la velocidad. Obedeció el conductor y segundos después aceleraba con un *viajero* menos.

Desde Fornells de la Selva, *el Quico* había logrado avanzar hacia Barcelona unos 45 km, pero la ciudad de sus sueños todavía estaba muy lejos. No podía casi andar. La pierna presentaba síntomas inconfundibles de infección. La fiebre le oscurecía la vista. Sin la maldita herida de la pierna Sabaté hubiera podido salvarse. Allí mismo empezaban las estribaciones de la Sierra de Montseny, unos cuantos kilómetros y se hubiera podido perder en sus laderas frondosas, en sus magníficos bosques de pinos, alcornoques, encinas, hayas, robles, cas-

taños, arces y hasta abetos, que tantas veces *el Quico* había admirado. Sabaté conocía sus senderos, sus lugares infranqueables, allí... en la Sierra... podía escapar a todo un ejército.

Pero esta salvación, que Sabaté tenía al alcance de la mano, le estaba vedada. Sabía que estaba perdido irremediablemente si no encontraba muy pronto un médico que le atendiera.

San Celoni estaba a la vista. Renqueando, exhausto, llegó a la entrada del pueblo. Un labriego estaba ocupado en enganchar un carro. Se dirigió a él y le pidió algo de beber, algo que le calmara la sed ardiente provocada por la fiebre. El hombre le ofreció una botella de vino que *el Quico* vació casi de un trago. Como el carretero se dirigía al centro de la población, Sabaté le rogó que le dejara montar con él. El hombre accedió. Ya en el centro de San Celoni se despidió. A una anciana que le inspiró confianza preguntó donde estaba la casa del médico, el único del pueblo.

La viejecita le dio las señas —calle de José Antonio— pero le advirtió que, a esas horas, no debía estar en casa. por si acaso le aconsejó que preguntara en el domicilio del chófer, que vivía delante de la casa del médico y que podría darle las indicaciones pertinentes.

El médico, como había previsto la señora, estaba ausente. Entonces llamó a la casa de enfrente, en el nº 26, pero *el Quico* se equivocó de puerta. Le abrió un tal Francisco Berenguer Roca, de 33 años. Al ver que un hombre de tan mala facha le preguntaba por el chófer le contestó de mala manera que allí no vivía. *El Quico*, más muerto que vivo, exclamó:

—*¡Lo mismo da! Déjeme entrar para que pueda descansar un poco.*

Berenguer se opuso y le empujó. Al hacer ese gesto su mano tropezó con la metralleta que Sabaté llevaba

disimulada debajo de la ropa. Muerto de miedo, Berenguer se agarró instintivamente al arma sin querer soltarla. Los dos hombres, forcejeando, anduvieron unos cuantos metros, hasta la esquina de la calle de José Antonio con la de Santa Tecla.

Mientras tanto, la noticia de la posible llegada de Sabaté a San Celoni había sido comunicada a la Guardia Civil y ésta, a su vez, había advertido al Somatén[1] de la localidad para que acudiera a la estación como refuerzo. En la estación se habían enterado que *el Quico* había saltado en marcha cerca del pueblo y guardias civiles y somatenistas habían decidido organizar patrullas par las calles de San Celoni.

Una de las patrullas estaba constituida por el cabo somatenista y secretario local de la Central Nacional Sindicalista (C.N.S.) Abel Rocha Sanz, otro somatenista llamado José Sibina Morull y un sargento de la Guardia Civil, Martínez Collado. Estos, al pasar cerca de la calle de José Antonio, oyeron los gritos de socorro del energúmeno que estaba luchando con Sabaté. La patrulla se dividió y mientras Rocha acudía por un lado de la calle, el sargento y Sibina rodeaban la manzana para tener a Sabaté entre dos fuegos. *El Quico,* para deshacerse de Berenguer, con la energía que le quedaba le dio un mordisco en una mano y casi le arrancó un dedo. Pero Abel Rocha ya estaba disparando y la primera bala, en vez de hacer blanco en *el Quico,* hirió a Berenguer. Sabaté, todavía jadeante, no tuvo tiempo para montar su metralleta *Thompson,* de calibre 45, que como ya hemos dicho llevaba disimulada bajo la ropa, pero

(1) Vieja milicia civil armada, propia de Cataluña. Fue reorganizada durante la dictadura del general Miguel Primo de Rivera (1923-1930) por el general Severiano Martínez Anido, Ministro de la Gobernación de la dictadura.

disparó rápidamente con su *Colt*, hiriendo al somatenista en el muslo de la pierna derecha, cerca de la rodilla. Este, desde el suelo, descargó su fúsil automático contra Sabaté y le hirió a su vez. Al mismo tiempo Sabaté recibía por la espalda la bala del Guardia Civil que segó su vida. Su cadaver todavía fue blanco de todo el cargador del somatenista.

Así, pues, el 5 de enero de 1960, a las ocho y media de la mañana, concluía la agitada existencia de Francisco Sabaté Llopart, con el cuerpo acribillado. Murió, sin duda, como él quería y a nadie mejor que a él se le puede aplicar aquella frase de los antiguos todavía llena de belleza a través de los siglos: *Para un hombre con dignidad, el menoscabo causado por la cobardía es más doloroso que una muerte que, animado por la esperanza común, se afronta con coraje y que ni tan siquiera se siente* [1].

Triste pero digno fin de la vida de un hombre que no quiso adaptarse a la poltronería del ambiente y que puso en juego todo cuanto estuvo a su alcance para borrar la mancha que el siniestro régimen de Franco ha puesto en la historia de España.

El cuerpo de Sabaté fue enterrado, fuera de la *tierra santa*, en el cementerio viejo de San Celoni.

El médico forense, al hacer la autopsia del *Quico*, comprobó un hecho que ponía en evidencia cuán poca gloria podían reclamar los que habían acabado con Sabaté. Las balas del somatenista y del Guardia Civil habían *matado a un muerto*. La herida de la pierna se había gangrenado y aunque, cuando el *Quico* llegó a San Celoni, hubiera sido internado en un Hospital y se

---

(1) Tucídides: **Historia de la guerra del Peloponeso.**

le hubiera atendido con todos los medios de la ciencia moderna, hubiese sido demasiado tarde, ya no tenía salvación, su muerte estaba sellada.

Cuando la noticia de su muerte llegó a Barcelona, la gente se negaba a admitir la realidad de sus desaparición. Creyeron que se trataba de una maquinación policíaca. Para el pueblo, ciertos hombres son inmortales. Podía oirse con sorpresa de labios de obreros catalanes, como si se hubiera propagado una consigna:

—*Ya vendrá «el Quico» para desmentir a esos embusteros...*

No, Francisco Sabaté, *el Quico,* no volverá, no verá la España nueva que le honrará como a un símbolo de la lucha nunca terminada en pro de la emancipación del hombre.

## XIII

# COLOFON

La muerte de Francisco Sabaté ocupó durante bastantes días la atención de la prensa internacional. Por primera vez la muerte de un anarquista tenía un eco semejante. ¿Qué influyó para ello? Sin duda la forma *cinematográfica* de la fuga de Sabaté cercado por la Guardia Civil. Sus cuatro compañeros —Miracle, Madrigal, Conesa y Martín Ruíz— murieron casi en el anonimato.

Los comentarios de los periódicos a través del mundo coincidieron al principio con la interpretación franquista: «la muerte de un bandolero». Luego fueron comprendiendo que en Sabaté el calificativo de «bandido» no era muy apropiado y fueron cambiando de orientación pero plagando los artículos con múltiples errores. Entre las muchas tonterías que circularon, una, por ejemplo, era la de pretender que Sabaté fue a España para vengar a sus hermanos. La prensa confederal en el exilio podía haber rectificado todos los disparates publicados, pero, al contrario, lo que hizo fue ampararse en ellos y propagarlos. Sus compañeros de Organización en el exilio se liaron la manta a la cabeza y escribieron las más imperdonables barbaridades.

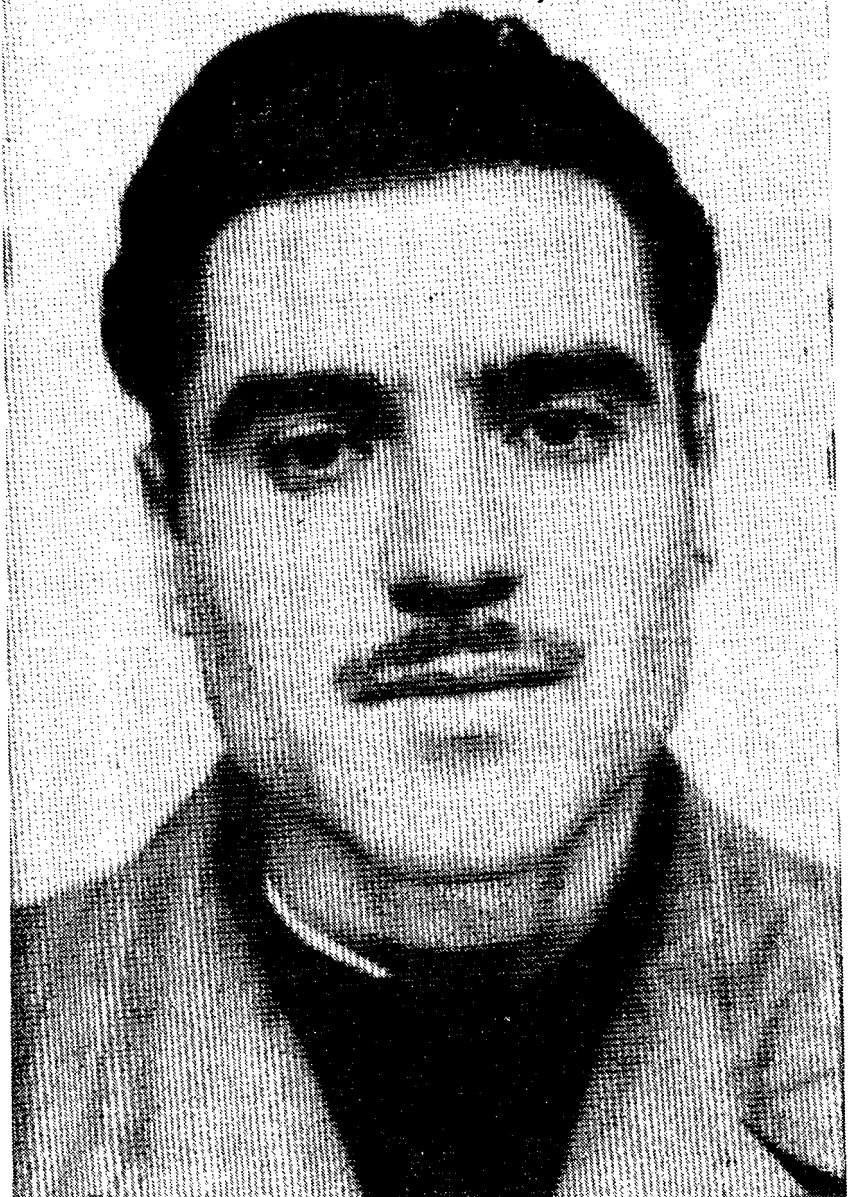
Así, por ejemplo, una veterana anarquista[1], bien situada para poner las cosas en claro, tuvo el atrevimiento de publicar en el semanario *C.N.T.* —que ella dirigía— del 17 de enero de 1960, lo siguiente:

> «*No quiero pensar en Sabaté situándome en el plano implacable de los que lo juzgarán en razón de los perjuicios que su actuación haya podido causar a la C.N.T., ante cuyas decisiones se rebeló, pretendiendo muchas veces —acto inadmisible en alguien que haya formado parte de sus cuadros— sustituirse a ella. No quiero tampoco hacer de él un héroe, un nuevo Empecinado, otro Durruti.*
>
> «*No podrán juzgarle ni los tribunales del franquismo, ni otros tribunales severos: los de una conciencia colectiva que no le perdonará fácilmente el haberse insubordinado contra ella* (sic), *el haber pasado por encima de normas y acuerdos.*
>
> «*No quiero ver, en su obsesión, en la voluntad irrazonada e irrazonable que le llevó a España contra toda lógica y contra todo interés individual y colectivo, más que algo que puede absolverle ante muchos ojos; por lo menos ante los míos: la desesperación de su alma; el deseo desenfrenado de vengar a sus hermanos muertos, idea que se había convertido en él en una obsesión tan grande, tan fuerte, que toda consideración pasaba a segundo término*».

Las barbaridades publicadas por la prensa en general podían achacarse con justa razón a la ignorancia, los de

---

(1) La dirección del semanario **C.N.T.** estuvo a cargo de José Peirats, durante un período de seis años, hasta el mes de diciembre de 1959. Federica Montseny sucedió a Peirats en la dirección de **C.N.T.** a partir del nº 763 (13 de diciembre de 1959). **(N.D.E.)**



CONFEDERACION
NACIONAL DEL TRABAJO
DE ESPAÑA EN EL EXILIO

COMISION DE RELACIONES
DE LA REGION PARISINA

PARIS 6 Janvier 1960.

C.N.T. A.I.T.

A la suite de nouvelles tendancieuses,au sujet de notre regretté camarade,Francisco SABATER Llopart;nous tenons a signaler,qu'il était bien un militant d'Accion Anarcho-Syndicaliste,et,nullement un "BANDIT",comme certaines Agences de Presse et Emisions de Radio,ont bien voulu le laisser entendre durant ces derniers 48heures.

Francisco SABATER,était un Gladiateur de laLIBERTE!!.

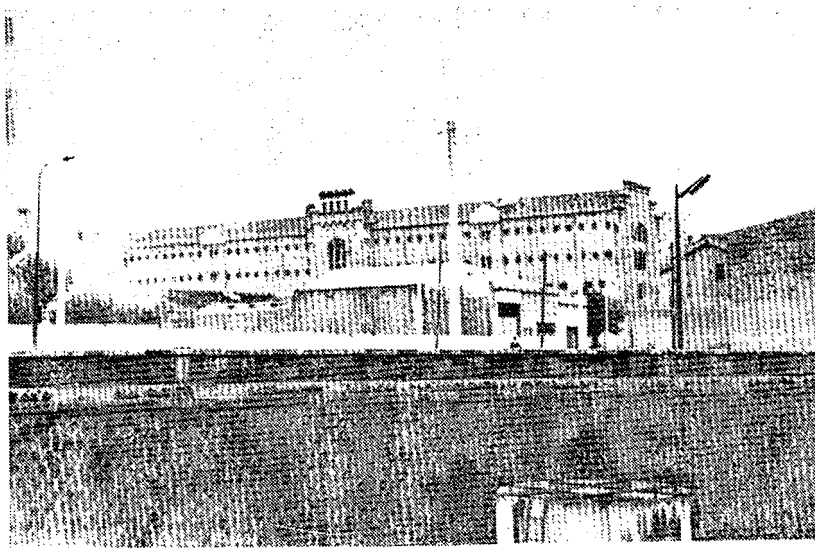
Il a succombé en face de forces fascistes de Franco, pour la Liberte de l'Espagne!!.

Pour la Commission Regionale.
Le Secretaire.

C.N.T. DE ESPAÑA EN EL EXILIO
C. de RR
DE LA
ZONA NORTE
SECRETARIA
A.I.T.

**FOTOCOPIA DEL DOCUMENTO POR EL CUAL LA C.N.T. RECONOCE A SABATE COMO MILITANTE DE LA ORGANIZACION**

(MUSEO DE ARMAS DE LA GUARDIA CIVIL DE MADRID)



LA CARCEL MODELO DE BARCELONA
SACADA POR SABATE

la directora de *C.N.T.*, acumuladas a placer en tan pocas líneas, podían atribuirse a cualquier cosa menos a la ignorancia...

Que duda cabe que a Sabaté le dolía la muerte de sus hermanos, pero ese dolor, no solamente no constituía el móvil de su combate sino que ni tan siquiera intervenía lo más mínimo en él: no era la venganza lo que animaba al *Quico*, sino el amor apasionado de la justicia. Pretender lo contrario equivalía no sólo a desfigurar su caracter generoso, sino a caer de lleno en la impostura. Francisco Sabaté, como hemos intentado demostrar a lo largo de estas páginas, se entregó a la lucha mucho antes que sus hermanos perecieran y prosiguió en ella tal cual había comenzado: con la ilusión de ver la insurrección del pueblo español y el derrocamiento de la despótica regencia franquista.

En *Solidaridad Obrera* de Paris del 21 de enero de 1960 —otro órgano confederal— se publicaba un artículo con la fotografía de Sabaté pero sin decir ni una sola palabra sobre él. Se llegaba al colmo de la hipocresía. El articulero se dedicaba a refutar tontamente une frase que Sabaté había pronunciado —según la prensa— antes de morir: «¡Viva la muerte!». La vida y muerte del *Quico* se limitaba a la última frase que resumía el artículo y que bien podía significar un último insulto:

> «*El anarquista lucha por la vida de todos y pierde la suya en caso extremo. Pero jamás cometerá la bellaqueria de gritar ¡Viva la muerte! como un general totalitario cualquiera*».

El colmo del impudor podía atribuirse a *C.N.T.* del 7 de febrero de 1960 al publicar un artículo —firmado por un amigo de Miracle, uno de los muchachos que murieron con Sabaté—, y que decía:

> «*Aún quedan muchos jóvenes, aún quedan muchos anónimos que pueden ser pasto de tiburones.*

*Jóvenes que, por su misma juventud, por la magnanimidad con que la juventud se da a las causas nobles, pueden ser fácil masa moldeable en manos de malvados y Capitanes Araña».*

En fin, al cabo de unos días, los periodistas más escrupulosos —de la prensa burguesa se entiende— se inclinaron con respeto y resaltaron con viva simpatía la silueta guerrillera de Sabaté, el hombre de la resistencia libertaria, el enemigo nº 1 del régimen franquista.

Fueron los compañeros de París los únicos que tomaron la decisión de reivindicar públicamente, aunque con mucha discreción, la calidad militante de Francisco Sabaté[1], honor que nadie quiso conceder al malogrado José Lluis Facerías, asesinado en condiciones menos espectaculares. Fue *Solidaridad Obrera* de París, también, la que abrió una suscripción para las familias del *Quico* y sus cuatro compañeros de grupo.

En España —como era lógico— el servicio policíaco fue explotado con bombos y platillos. La prensa recogió amplias informaciones facilitadas por la Jefatura Superior de Policía y por la Dirección General de Seguridad. Unas y otras hablaban del *terrible bandolero* que fue Francisco Sabaté Llopart.

El mejor *artículo necrológico* lo escribió en realidad Felipe Alaiz de Pablo[2] ocho años antes de morir Sabaté. He aquí lo que decía Alaiz en el nº 368 de *Solidaridad Obrera* de París del 15 de marzo de 1952:

*«Equivocados o no, impacientes o no, de fama y renombre histórico, tal vez más predispuestos senti-*

---

(1) La reivindicación orgánica de Sabaté fue hecha por la Comisión Regional de París y se publicó en el nº 773 de Solidaridad Obrera del 14 de enero de 1960.

(2) Periodista y escritor anarquista. Falleció en París en la primavera de 1959.

*mentalmente que dispuestos en frío a un nihilismo cerrado, despreciativos probablemente para la masa pasiva y rebañega por la que se sacrifican y de la que no tienen ni esperan ayuda, con más apego al anonimato en ocasiones que a acumular reverencia de raíz redentorista —pues las religiones se fundan en el sacrificio espectacular de uno solo en favor de la pasividad y de la comodidad del resto— los activistas dan la vida de cara al peligro y pagan con su persona».*

*«Los insistentes sucumben a manos del Estado terrorista mientras los ideólogos terroristas pero pasivos y las masas creyentes en el terror se conservan a salvo de cualquier peligro aplaudiendo a los combatientes aislados, pero jamás dispuestos los inhibidos a participar ellos mismos en la lucha directa».*

Felipe Alaiz no sabía entonces, no podía saber, la evolución de ciertos *inhibidos* que justificarían más tarde *sus teorías* despreciando a esos combatientes aislados.

# INDICE


*Prólogo* ..... I
*Propósito* ..... V
I Sabaté ..... 1
II La Guerra Civil ..... 13
III La segunda guerra mundial ..... 31
IV Esperanzas ..... 35
V Confusión ..... 41
VI Acción ..... 49
VII Problemas en Francia ..... 65
VIII Terror en Barcelona ..... 75
IX Exterminio ..... 97
X Complicaciones ..... 107
XI Desesperanza ..... 115
XII La muerte ..... 175
XIII Colofón ..... 207
*Indice* ..... 213

IMPRIMERIE LA RUCHE OUVRIERE
Paris — 10, rue de Montmorency (3e)
Dépôt légal 1er trimestre 1972

# LA GUERRILLA URBANA EN ESPAÑA

Entre las diversas formas de lucha de los pueblos del Tercer Mundo contra las fuerzas que los oprimen, la *guerrilla urbana* ocupa en muchos países un puesto preferencial. En Uruguay, Argentina, Brasil, Filipinas, Argelia, etc, son o han sido, escenarios donde ha surgido una nueva estrategia de combate liberador, la guerrilla en las grandes urbes, que ha sustituido a la tradicional guerrilla rural. Esta lucha tiene como principal finalidad fomentar el clima insurreccional que debe permitir derrocar a la tiranía. En España existieron precursores aislados, desfigurados por la prensa y actualmente casi olvidados. Los militantes anarquistas desarrollaron en la Península este tipo de acción desde la victoria del franquismo hasta una fecha reciente. Fue una lucha silenciosa, ignorada e incomprendida. En este libro, a través de la vida de uno de los defensores de la libertad más consecuentes, Francisco SABATE, que llegó a convertirse en el ENEMIGO NUMERO UNO DEL REGIMEN FRANQUISTA, se intenta esbozar lo que fue la lucha de estos idealistas.

SABATE, Francisco, *El Quico,* militante anarquista. A los 15 años se afilió a la *Confederación Nacional del Trabajo* (C.N.T.). Participó en España en el movimiento insurreccional de enero de 1932 y luego, con el grupo de afinidad *Los Novatos,* de la *Federación Anarquista Ibérica (F.A.I.),* en los movimientos revolucionarios de enero y diciembre de 1933 y octubre de 1934. En 1936, después de aplastar la sublevación fascista en Cataluña, origen de la Guerra Civil que durante tres años asoló España, partió al frente de Aragón con la columna de milicianos de la C.N.T.-F.A.I. *Los Aguiluchos.* SABATE se exiló en Francia en 1939. A partir de 1945 fue un guerrillero de la libertad y durante 15 años consecutivos prosiguió la lucha contra el franquismo. El 5 de enero de 1960 murió en combate en San Celoni (Barcelona).